

A mi hijo y a mis cuatro nietos con cariño.

## MARIPOSAS EN DICIEMBRE

Desde la muerte de su madre, hacía quince años, no había vuelto a su pueblo natal. Sus estudios de medicina, sus amistades y su trabajo, le habían atrapado fuera de su entorno. Se especializó en tanatología, para dedicar su vida a enfermos terminales.

Cuando llegaban las vacaciones de agosto se desconectaba de su trabajo en una clínica madrileña y se marchaba a un balneario levantino, siempre el mismo, y hacía lo que él llamaba: «Una cura de soledad para recargar pilas».

Allí se olvidaba de todo y de todos; nunca decía donde iba, desconectaba el móvil y se dedicaba a descansar, comer bien, dormir lo que le pidiera el cuerpo y, sobre todo, leer. Leía cuanto cayera en sus manos: autores clásicos o modernos, periódicos, revistas... Todo.

Al volver, sus enfermos le esperaban para contarle sus desesperanzas, su tristeza, sus dolores, sus últimos deseos antes de dejar este mundo, y él tenía que estar con el ánimo vibrante para consolar, escuchar, calmar, despedir... Una dura tarea, casi de apostolado, que le dejaba exhausto.

Pero esta vez, quizá por una llamada interior, por un presentimiento o por un palpito de su corazón, había renunciado al balneario para visitar el pequeño pueblecito de la costa asturiana que lo vio nacer. Tenía la certeza de que no podría descansar como en el balneario, pero notaba una urgente necesidad de retornar a su infancia. Recorrer las calles donde jugó de niño, saludar a sus paisanos y respirar el airecillo marino que se filtraba a través de las ventanas de la casa familiar.

En cuanto coronó el Puerto de Leitariegos, paró el coche, se bajó y acercándose a la orilla de la carretera extendió la vista al valle por donde serpenteaba un río, oculto entre frondosa arboleda. El día era claro; ni una nube que restara brillo al sol. Miró a lo lejos y saboreó el paisaje asturiano mientras un suspiro de satisfacción se escapaba de su pecho. Un circo de montañas, salpicadas de manchas verdes, se extendía ante él. En el fondo, el agua helada de una pequeña cascada brillaba bajo los rayos del sol. El lejano ladrido de un perro era la única nota discordante en aquel silencio; los cencerros y mugidos de las vacas de un prado cercano, lo transportaron a la niñez. Cuántos recuerdos dormidos a través de los años y cuánta vida desperdiciada en el asfalto de la gran ciudad.

Con la piel erizada y los ojos húmedos, entró de nuevo en el coche y lo puso en marcha. Condujo despacio, disfrutando del paisaje, escuchando su melodía, oliendo su humedad. De vez en cuando, hacía un alto para beber en algún manantial y siempre, recordando y comparando.

Era una persona de aspecto agradable, alto, bien proporcionado, pelo castaño algo largo, ojos azules soñadores y una inteligencia privilegiada.

Vestía ropa deportiva, su preferida cuando no estaba en la clínica. Allí, hacía gala de una gran pulcritud: camisa, corbata, traje, perfectamente rasurada la barba y la bata de un blanco impoluto. Pero, durante las vacaciones, su vestimenta se reducía a vaqueros, camisas de cuadros y calzado deportivo; se rasuraba la barba cada tres días, se acostaba temprano y se levantaba entrada la mañana.

A media tarde enfocó el tramo final de su viaje hacia la costa, donde se hallaba el pueblo y la casa familiar.

Cuando subía la Cuesta del Cantarín, los recuerdos se hacían más vívidos: el huerto del Sr. Jacinto, el pinar de Manín, las tierras del Marqués... Después, una revuelta en el camino y La Casona del Indiano.

De aquí partían sus recuerdos más felices. Aparcó el coche y se bajó acercándose a la verja que rodeaba la extensa propiedad de la familia Romeral. Extendió su mirada a lo largo de aquel imponente cerramiento de hierro forjado, coronado por puntas de flecha, bolas doradas y reparó en su deterioro a causa del tiempo y la falta de cuidados. Arrimó la cabeza a los barrotes como hacía de pequeño y contempló su interior tan abandonado como la verja; en la escalinata principal había crecido la hierba, y el jardín, sin los setos de flores que con tanto esmero cuidaba su padre, estaba lleno de hojarasca. «¡Si mi padre lo viera...!» comentó para sí. Y allí, en medio de tanto abandono, de tanta decrepitud, se alzaba imponente la que en tiempos había sido la más suntuosa residencia de los contornos.

Su mirada fue trepando por la desconchada pared hasta pararse en la ventana del primer piso. Un niño de ojos tristes, pálido y ojeroso, lo contemplaba a través de los cristales. Ramiro se sobresaltó, aunque tenía la certeza de que aquella visión era solamente producto de su imaginación.

Poco a poco, allí quieto, comenzó a recordar las veces que contempló, desde el mismo lugar, el interior del jardín y aquella ventana donde un niño enfermizo y delicado se asomaba de vez en cuando. Recordó la primera vez que tuvo acceso a la intimidad de aquel hogar y cómo comenzó su amistad con el «hijo de los señores».

Tenía seis años y sus padres trabajaban en la casa; su madre en la limpieza, su padre era el jardinero. La escuela estaba en mitad del camino de la «Cuesta de la Fuente» y siempre iban juntos

hasta allí. Sus padres seguían hasta la colina para cumplir con su tarea y Ramiro se quedaba en la escuela atendiendo las explicaciones de don Ramón, el maestro.

Pero un día Ramiro no entró en la escuela y, cuando sus padres se perdieron de vista en lo alto, subió con cautela detrás de ellos y se pegó a la verja escudriñando el interior. Escuchó el ruido de la máquina corta césped. «Está lejos en la otra parte de la casa. Padre no me verá». Su cabeza cabía justo entre los barrotes y hasta le parecía que había logrado introducirse en el interior del jardín. Repasó una y otra vez aquel enorme y grandioso caserón y al mirar hacia una ventana del primer piso lo vio. Era un niño de su edad que lo contemplaba a través de los cristales. Se miraron un rato, con mirada inquisitiva y penetrante. Luego cayó el visillo de la ventana y el «niño de la casa» desapareció.

Desde entonces, las escapadas a La Casona del Indiano fueron frecuentes y, cuando terminaba la clase de la tarde, se acercaba hasta allí para verlo.

Llegaron a comunicarse con una especie de diálogo sin palabras, solamente con la mirada. Alvarín le enseñaba, a través de los cristales, algún juguete y Ramiro el último dibujo que había hecho en clase. Un día, cuando su gata parió, le llevó dos gatitos y los soltó en el jardín. Fue la primera vez que vio a Alvarín sonreír.

—¡Pobrecillo! —oyó decir a su madre por la noche—. Me ha dicho que le lleve un biberón para criar a dos gatitos que le han regalado.

—¿Por qué pobrecillo? —argumentó su padre—. Tiene todo lo que un niño puede desear.

—Tiene todo menos cariño y a mí me da mucha pena. Está siempre solo. La señora hace demasiada vida de sociedad y no tiene tiempo para él. Este niño tenía que estar jugando con otros de su edad —fue la respuesta de Matilde.

Aquella conversación hizo que Ramiro sintiera la necesidad de hablar con él, de jugar, de pasear, de enseñarle la vida al aire libre y no detrás de los cristales de una ventana.

—¿Por qué no me lleváis mañana para jugar con él? —propuso Ramiro.

Sus padres se echaron a reír. ¿Cómo iba a entrar en la Casona el hijo de unos empleados a jugar con el hijo de «los señores»?

—Doña Clotilde no querrá.

Juan era uno de esos servidores fieles a los deseos de sus amos; sabía el carácter seco y distante de doña Clotilde y que no permitiría la entrada de Ramiro en la casa y menos para jugar con su hijo. «Quiero dejar una cosa bien clara —decía a la servidumbre nada más entrar a su servicio—. Tendréis dos días a la semana para ver a vuestros familiares, pero son normas de esta casa que no pueden ellos entrar aquí; única excepción si estáis enfermos.»

Las visitas a «su amigo» eran diarias y cada vez más largas, pero siempre separados por la verja y los cristales de la ventana. Algunas veces se hablaban a voces pero, la lejanía y el bronco sonido del cercano mar chocando contra las rocas del acantilado que bordeaba la casa, reducían sus palabras a un movimiento de labios. Sin embargo se entendían bien. Era una mímica de sentimientos.

Mímica que se veía interrumpida cuando salía «la señora». Y otras «el señor». Tuvieron que pasar muchos años para que Ramiro conociera sus nombres. En casa los llamaban «la señora» y «el señor».

«El señor», don Santiago Romeral, era muy alto y corpulento; tenía la cara siempre tan colorada que Ramiro pensaba que le daba vergüenza todo; el pelo tan blanco que al brillarle con el sol parecía nieve. Ojos pequeños y grises subrayados por abultadas bolsas; nariz demasiado pequeña y labios finos siempre sonrientes. Era el heredero de una gran fortuna que había sabido aumentar a lo largo de los años. Tendría unos cuarenta años, pero el pelo blanco le hacía aparentar más. De porte distinguido y trajes hechos a medida por los mejores sastres de Oviedo, era querido y respetado por la gente del pueblo que tantos beneficios recibía de él.

En cuanto a doña Clotilde, «la señora», mucho más joven que su marido, de estatura media, algo rellenita pero de formas regulares, tenía un carácter serio que imponía respeto; no se hacía merecedora del cariño popular. Siempre perfectamente peinada y maquillada, vistiendo marcas caras y muy enjoyada, estimulaba la admiración de Ramiro hasta el punto de que sus sueños «para cuando fuera mayor» se reducían a dos deseos: estudiar medicina y casarse con una mujer como «la señora».

Cuando la verja de entrada se abría y ella salía en su deportivo, protegiendo los ojos con gafas ahumadas que la envolvían en cierto misterio, mirando al frente ajena a lo que ocurriera a su alrededor, Ramiro abandonaba a Alvarín para seguir a su madre con la mirada hasta que se perdía en la revuelta del camino.

A veces escuchaba desde su dormitorio, conversaciones entre sus padres.

—Si estuviera más en casa, al tanto de todo, él sería más fiel —decía Matilde.

—Yo creo que le gustan las faldas, haga lo que haga ella —argumentaba Juan.

—Me parece que ella no lo pasa tan mal como puede parecer —estaba claro que para Matilde esta mujer no gozaba de sus simpatías.

—¡Donde las dan las toman! —contestó riendo su padre.

Entonces Ramiro se ponía furioso y soñaba con ser mayor para tener una esposa así y llenarla de atenciones. Él le sería fiel y se dedicaría a ella solamente.

Cierto día, doña Clotilde paseaba por el jardín mientras Ramiro esperaba, desde la verja, la aparición de su «amigo» en la ventana. Ella se le quedó mirando a través de sus gafas ahumadas,

muy seria y, antes de que pudiera preguntarle nada, Ramiro salió corriendo hasta perderse en la lejanía. Notó algo desagradable en su semblante, como si le reprochara estar allí. Fue una gran desilusión; su sueño dorado se desvanecía en un momento. ¡No! Su mujer ideal tenía que ser tan dulce como su madre, no podía tener una expresión tan fría.

Luego vinieron varios días sin acercarse a la «Casona». No podía. Pensaba en su amigo y le daba pena de él. Pero aquella mirada de «la señora»... Por fin se decidió a volver.

La ventana estaba vacía y Alvarín no se asomó a ella. Ni al día siguiente, ni al otro. Había pasado una semana y no pudo por menos que preguntar a sus padres:

—¿Dónde está Alvarín? ¿Por qué no se asoma a la ventana?

Sus padres se le quedaron mirando extrañados y fue entonces cuando les confesó sus visitas a la verja y su «amistad» con el niño.

—Está muy enfermo. Se ha resfriado y tiene fiebre. Cuando se ponga mejor les diremos a los señores si quieren que juegues con él —propuso su madre

—Pero mujer, ¿como va a ir a jugar con Alvarín? La señora no lo permitirá. Ya sabes cómo es — Juan, más diplomático y menos práctico que su mujer, no pensaba que fuera una buena idea la propuesta de ella.

—A ese niño le hace falta salir de su jaula de oro y la compañía de un chico animoso como Ramiro. Además, ya estás oyendo, se conocen a distancia.

Y así surgió la intromisión del hijo de los empleados en la casa, para jugar con Alvarín. Fue don Santiago, más campechano y menos afectado que su mujer, quien dio el visto bueno a la proposición del jardinero.

Nació entre ellos una amistad tan grande que, todas las tardes, al salir de la escuela, se reunían para hacer los deberes. Alvarín los que le ponía su profesor particular y Ramiro los que le mandaba don Ramón. Enseguida se destacó la inteligencia de Ramiro que más de una vez resolvía los problemas a su amigo. Don Santiago los observaba a hurtadillas y se reía escuchando sus conversaciones sobre temas diversos. Algunas veces se encerraba con ellos en el cuarto de estudios y les decía: «Hablemos entre hombres». Así, en una de tantas conversaciones «de hombres», tuvo acceso a los sueños de ambos. A la pregunta «¿Qué queréis ser de mayores?», cada cual expuso sus deseos.

—Yo quiero vivir en un lugar cálido, donde no haya niebla, ni inviernos tan largos y fríos como aquí, donde no llueva. Donde se vean mariposas en diciembre. Me casaré y tendré muchos hijos — eran los deseos de Alvarín aquejado siempre de fuertes catarros.

—¿Y tú, Ramiro, también quieres ver mariposas en diciembre? —preguntó divertido don Santiago.

—A mí no me importa el frío. Me gustaría estudiar medicina pero en casa no pueden pagarme la carrera. Seré jardinero como mi padre. Me gustan mucho las plantas.

Don Santiago se quedó mirándole y, con ternura, le revolvió el pelo con los dedos.

—De momento portaos bien y haced las tareas del colegio. Luego ya veremos lo que se puede hacer.

Los fines de semana eran ideales para los dos niños. Doña Clotilde, aunque exteriormente no lo demostraba, ya se fiaba del hijo de los empleados porque sabía que era un chico sensato y prudente. Nada le podía pasar a su hijo en su compañía ni correría ningún peligro, porque Ramiro no era un niño alocado. Por lo tanto, se les permitía recorrer el inmenso jardín y hasta salir fuera de la propiedad. Así fue como Alvarín saboreó las mieles de la libertad. Aquellas escapadas fuera de la verja de La Casona eran como un sueño para él. Un sueño que había alimentado día a día a través de los cristales de su ventana. A veces, cuando estaba aislado de todo contacto con otras personas que no fueran los sirvientes de la casa, se preguntaba qué harían otras gentes, a qué jugarían otros niños... Con Ramiro estaba descubriendo un mundo nuevo, maravilloso, divertido y sano. Cuando llegó el buen tiempo, las correrías hasta el pinar de Manín le llenaron de júbilo. Ramiro conocía las aves por sus gorjeos, por su aspecto, por sus vuelos; trepaban a los árboles para ver sus nidos. Seguían con cautela la incubación de los huevos hasta verlos eclosionar. Luego estaban pendientes del primer vuelo de los pajarillos para impedir que se lanzaran del nido antes de tiempo y cayeran al suelo quedando a merced de los depredadores...

Era un mundo que su profesor no le había enseñado porque el sabor de la libertad no se aprende en ningún libro. Por eso Ramiro llegó a ser para él algo sublime. En un mes había aprendido más que en sus casi ocho años de vida.

Los continuos catarros de Alvarín eran cosa del pasado. Su palidez había dado paso a un color saludable y su apatía ante una mesa llena de manjares a cual más apetitoso, se había transformado en un hambre atroz que devoraba cuanto le ponían delante.

Doña Clotilde veía con agrado la transformación que su hijo experimentaba, pero era demasiado rígida para demostrar agradecimiento. Sin embargo, aunque en un principio no le gustó la idea de las relaciones de su hijo con el de los empleados de la casa, ahora se daba cuenta que había sido un acierto admitirlo.

Aquella amistad, sincera y entrañable perduró a través de los años, hasta que...

—Buenas tardes —aquella voz hizo salir de su ensimismamiento a Ramiro y lo devolvió al presente. Miró hacia la verja de entrada: un hombrecillo salía de La Casona con una cadena y un enorme candado en la mano.

Ramiro reconoció enseguida al dueño de aquel saludo y acercándose a él le contestó:

—Buenas tardes... ¡Si es el señor Jacinto, el gaitero! —dijo mientras le tendía la mano, dedicándole su mejor sonrisa.

—¿Me conoces? —el señor Jacinto, extrañado, correspondió al saludo con una mano desagradablemente húmeda y floja, mientras escudriñaba las facciones de Ramiro. Pero el cambio en esos quince años era demasiado pronunciado—. Creo que no te conozco... ¿Eres de algún pueblo de por aquí?

—Soy Ramiro, el hijo de Juan y Matilde —Ramiro no había perdido la sonrisa y esperaba la reacción del gaitero. Sabía muy bien la simpatía que había tenido siempre a sus padres.

—¡Ramirín! ¡No puedo creerlo! —se abrazó a él dándole unas fuertes palmadas en la espalda— ¿Y cómo por aquí?

—Este verano quiero pasarlo en el pueblo —Ramiro se quedó mirando la cadena y el candado que tenía el gaitero en la mano y señalándolos preguntó:

—¿Cuida usted La Casona?

—Vengo a ventilarla de vez en cuando. Pero es una pena que esté así —luego mirando con descaro a Ramiro y estudiando la reacción que su pregunta ejerciera en él siguió—. ¿Hace mucho que no os veis?

Ramiro se sintió molesto. No había venido allí para responder a preguntas indiscretas y trató de llevar la conversación hacia otros derroteros.

—Todavía no he llegado a mi casa. No sé cómo me la encontraré. Supongo que mi prima la habrá mandado a limpiar como le dije.

Pero el señor Jacinto no era hombre que cambiara fácilmente de tema si el que tenía entre manos le iba a proporcionar aclaraciones sustanciosas. Hacía mucho tiempo que había pasado todo, pero aún la gente seguía haciendo cábalas diversas sobre lo ocurrido.

—Decía... —de nuevo el gaitero insistía, creyendo tener perfecto derecho a enterarse de todo; mientras hablaba no dejaba de mirar fijamente a Ramiro, observando cualquier gesto que reflejara su cara ante la invocación de aquellos recuerdos. Ramiro se sentía nervioso y miraba alternativamente al gaitero y hacia la casa. Ese pasaje de su vida, tan doloroso, estaba enterrado, o así lo creía él. Pero el Sr. Jacinto se empeñaba en convencerle de lo contrario—. Pienso que ella ha tenido toda la culpa. Álvaro cambió mucho desde entonces. En el pueblo se ha dicho...

—Señor Jacinto. No he venido aquí para escuchar cuentos de chismosas ni a satisfacer la curiosidad de nadie.

Ramiro estaba alterado y aunque deseara conocer lo que se había dicho en el pueblo, prefirió no darle opción al gaitero para seguir con lo que era tan desagradable para él. Había sacado las llaves del coche y jugueteaba con ellas nervioso. Miró al gaitero, luego a la mansión y, señalando el coche dijo:

—Voy a seguir mi camino. ¿Quiere que le lleve hasta su casa?

—Sí, claro. Uno ya es viejo y, aunque no es mucha la distancia, se agradece ir en coche.

El Sr. Jacinto se dirigió hacia la verja de entrada y, después de cerrarla, la trabó con la cadena y colocó el candado. Ramiro lo observaba con tristeza. Aquella imponente entrada, con el escudo familiar esculpido en granito en una de las columnas laterales, se abría con mando a distancia. Fue uno de los arreglos modernos y prácticos que don Santiago había introducido. Otro fue el acristalamiento de la galería del cuarto de juego de Álvaro.

—Es una responsabilidad para mí; pero alguien se tenía que encargar —rezongó el Sr. Jacinto entrando en el coche.

Ninguno de los dos volvió a hablar de la familia Romeral, pero cada uno hubiera deseado saber lo que el otro tenía en la cabeza.

Cuando se enfilaba la pendiente de la Cuesta de la Fuente, el pueblo ofrecía una vista panorámica que Ramiro recordaba muy bien; con el campanario de la iglesia sobresaliendo por encima de las casas, el mar al fondo y una bonita puesta de sol que llenaba de tonalidades el cielo.

—¿Quién está ahora de cura? ¿No seguirá don Pío? —preguntó.

A Ramiro no le importaba nada en absoluto quien estuviera de cura, pero le pareció que el gaitero iba demasiado contrariado y serio y no quería que se quedara con tan mal recuerdo del primer día en que se vieron después de 15 años; la amistad que tenía con sus padres y lo amable que había sido siempre con ellos, requerían una actitud más cordial por su parte.

—No, don Pío murió hace cuatro años. Ahora está uno de estos curillas modernos que no llevan sotana. Tú lo ves por la calle y no sabes que es el cura.

Ramiro se rió al recordar la curiosidad que tenía de pequeño por saber lo que llevaban los curas debajo de la sotana. Exteriorizó aquellos recuerdos para derribar la muralla que parecía haberse levantado entre los dos.

—Un día se lo pregunté a mi madre —explicó al señor Jacinto— «¿Llevan bragas como las mujeres?» La respuesta de mi madre fue un ataque de risa.

Los dos reían y como parecía que esto hacía olvidar las anteriores indagaciones, Ramiro continuó:



—En una ocasión me mandaron mis padres a encargar una misa para los abuelos y al llegar a casa de don Pío, lo encontré en el jardín plantando unos rosales. Se había arremangado la sotana hasta la cintura y dejaba ver unos pantalones normales. Yo me quedé mirando absorto y cuando el cura se percató de mi presencia me preguntó: «¿Qué miras, Ramiro? ¿Nunca has visto un cura plantando rosales?». Yo salí corriendo porque, ¿cómo le iba a decir que lo que no había visto, es lo que tiene un cura debajo de la sotana?

Riendo a carcajadas, llegaron a la plaza, donde vivía el gaitero. Ramiro paró el coche y antes de salir el Sr. Jacinto se le acercó para decirle con gran misterio:

—Antes de que termine el mes de agosto tú y yo tenemos que hablar. Hoy te has quedado con la impresión de que quería enterarme de lo que no me importa, pero no es así. Cuanto se refiera a la familia Romeral me interesa. Siempre les he tenido un gran aprecio lo mismo que a tus padres. Creo que Álvaro necesita nuestra ayuda y..., ¿sabías que estuvo aquí hace diez años? Él solo.

Las últimas palabras «Él solo», tan recalcadas como las dijo el gaitero, dejaron a Ramiro estupefacto. «¿Qué ocurre?, ¿Cuál es esa ayuda que necesita Álvaro? ¿Qué sabe el gaitero que no sé yo...?»

Ramiro atravesó la plaza intentando reconocer antiguos rincones, pero todo estaba muy cambiado. «Ultramarinos Natalia», ya no se llamaba así; ahora era «Supermercado Carmelo». «¿Moriría Natalia? ¿Quién sería el tal Carmelo?». El bar de Pepín y el salón de baile, seguían igual. La casa de «Manín» estaba muy reformada. «Cómo se nota donde hay dinero». El ayuntamiento recién pintado. «Ya podían cambiar la bandera; el azul parece gris. ¿Quién estará de alcalde?».

Siguió por la Calle del Puerto, al final de la cual estaba la casa familiar. En la calle bullía una inusual animación. Él la recordaba tranquila, con sus desgastados adoquines, sin aceras y una hilera de viejas casas a ambos lados. Era el barrio de pescadores, el más humilde del pueblo. Al final estaba el embarcadero y a la derecha la lonja. Desde la lonja salía todas las mañanas el carro de Joaquín «el pescadero», lleno de cajas de pescado variado y tirado por un percherón que levantaba chispas en los adoquines al pisar. Joaquín, «el pescadero», atravesaba el pueblo tocando una corneta y gritando: «¡Pescadito freeesco, recién sacado de la maaaaar! ¡Pescadilla, jureles, salmonetes!».

Las mujeres salían a la puerta de sus casas con fuentes, para ver la mercancía y «Nicolás», el percherón, se detenía sin que su dueño tuviera que darle ninguna orden. Ramiro se quedaba embobado admirando la sabiduría del animal y la potencia de sus anchas patas. Joaquín y «Nicolás» atravesaban el pueblo, uno al lado del otro, como dos buenos amigos; subían la Cuesta de la Fuente, hacían otra parada en La Casona del Indiano y seguían hacia pueblos limítrofes del interior, alejados de la costa. Un día de junio, hace dieciséis años, al volver de uno de sus recorridos, Joaquín se encontraba mal; se acostó y no volvió a levantarse. El «clac, clac» de los cascos de «Nicolás» sobre los adoquines de la Calle del Puerto, sonaron por última vez el día que transportó el féretro con los restos mortales de su amo hasta el cementerio. Luego se silenciaron para siempre. Sin embargo, Ramiro todavía podía oírlos.

Condujo despacio, mirando a ambos lados, sin apenas reconocer las antiguas casas de sus compañeros de juegos.

Ahora la calle estaba asfaltada, con amplias aceras. Entrelazados plátanos de sombra la conservaban fresca. Las casas, igual de pequeñas pero muy reformadas, convertían la antes destartada calle, en la arteria principal y lugar de paseo. Ramiro no daba crédito a lo que veía. Llegó al final y giró a la derecha; la lonja, la casa de Pedrín «el tuerto» y la suya, mostrando el mismo abandono que La Casona del Indiano; solo que allí no se notaba tanto. Siempre había sido una casa humilde y su deterioro pasaba inadvertido.

Salió del coche y se quedó absorto mirando hacia la colina de la derecha. De forma escalonada se habían construido un número indeterminado de apartamentos que eran los que daban vida al barrio.

—¿Le gusta el pueblo?

Aquella voz aguardentosa y fuerte le resultó familiar. Se volvió y en efecto era él.

—Señor Pedrín, ¿cómo le va?

El señor Pedrín se quedó mirando a Ramiro con su único ojo (el otro se lo sacó una vaca de una cornada cuando era niño). Como no lo reconocía, observaba descaradamente a la persona que tenía delante sin articular palabra. Luego dirigió su ojo hacia la matrícula del coche.

—Madrid —fue todo su comentario.

Volvió a mirar a Ramiro que sonriente sacó la llave de su casa y se disponía a entrar. Una amplia sonrisa se dibujó entonces en la cara arrugada del «tuerto», mostrando más mellas que dientes.

—Pero, ¿no me digas que eres aquel rapacín que tiraba piedras a mis gallinas?

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces —contestó Ramiro riendo.

—¡Caguen la mar!, muchacho. Dame un abrazo.

El señor Pedrín se abalanzó sobre Ramiro y le estrujó entre sus potentes brazos, mientras de su cuerpo se escapaba un surtido de olores que iban desde leche agria, hasta sudor de varios días, hierba cortada y cuadra. Era bajo de estatura y muy fornido. Su aspecto desaliñado le daba cierto aire de pobretón, que no coincidía en absoluto con la realidad. Parecía emocionado pero Ramiro sabía que era una persona sumamente egoísta; solo se quería a sí mismo. Recordó el día que «el tuerto» se casó. Tenía treinta y cinco años y en el pueblo se hacían apuestas sobre lo que duraría aquel matrimonio. La novia, nacida en un pueblo de la montaña, era la mayor de siete hermanos; su padre, minero de profesión, aportaba a la economía familiar una pensión que recibía por haber adquirido silicosis en la mina, insuficiente para tanta familia. Pedrín, «el tuerto» disponía de dinero. ¿Qué más daba que le faltara un ojo?. La pobre muchacha pensó que podría comer caliente todos los días y además ayudar a su familia. Pero el carácter de Pedrín era insoportable. A los primeros días de casados con una aparente felicidad, siguieron otros de tortura para la esposa que, a cambio

de sus desvelos por llevar el hogar adelante con amor y armonía, recibía toda clase de improperios y malos tratos. Habían pasado seis meses cuando decidió volver a su casa.

Ramiro la vio entrar un día en su casa y llorar abrazada a su madre: «No puedo estar ni un día más en esta casa. Ayer me pegó brutalmente y temo perder a mi hijo en una de estas palizas», decía la infeliz llorando. Y embarazada se marchó al día siguiente, sin despedirse de nadie; solamente a mi madre confió el secreto de su embarazo. Desde entonces Pedrín «el tuerto» se volvió taciturno y más desagradable de lo que ya era.

Veo el pueblo muy cambiado —dijo Ramiro señalando la Calle del Puerto. Luego mirando hacia la colina de los apartamentos continuó—. ¿Y eso?

—Eso, amigo mío, es el progreso —Pedrín dio énfasis a sus palabras—. Las ha construido el alcalde y no veas lo que ha ganado el pueblo. Ahora están muy de moda las casas rurales y esto se llena de gente.

—Pues a ver cuando compra una bandera nueva. La que hay en el ayuntamiento da pena verla.

—Déjate de banderas. Nuestro barrio ha dado un cambio muy beneficioso para los que vivimos aquí. Tu casa, ahora vale lo que no te imaginar.

—No está en venta señor Pedrín. Si me disculpa voy a entrar. Llevo todo el día al volante y estoy cansado.

—¿Has visto La Casona del Indiano? —sin esperar respuesta siguió—. Tú has estado muy unido a la familia Romeral. ¿Te acuerdas cuando ibais Álvaro y tú a nidos?

—Como si fuera ayer. A don Santiago le debo todo lo que soy —Ramiro no quería continuar; ya había tenido bastante con el gaitero—. Señor Pedrín, hablaremos otro día; voy a estar todo el mes de agosto.

—De acuerdo. Me alegro de verte muchacho.

Ramiro entró en la casa. Los postigos de las ventanas estaban entornados y la oscuridad la había mantenido agradablemente fresca. Olía a limpio, pero aquel olor no era el mismo que quedaba cuando la limpiaba su madre. Era un olor a detergentes modernos y no a lejía y jabón «Lagarto» como antes. La recorrió con tristeza. «¿Por qué no estáis aquí? ¡Todo sería tan diferente!».

Dolores había sacado cuanto le trajera recuerdos dolorosos. «No quiero ver el dormitorio de mis padres, ni las herramientas de jardinería, ni las labores de mi madre, nada que me recuerde mis días

con ellos», le había dicho por teléfono a su prima. Pero no pensaba que los recuerdos no estaban en la casa ni en las cosas, sino en su corazón; no podría librarse de ellos tan fácilmente.

En una de las paredes de la salita, había quedado una marca rectangular de algo que estaba colgado. Ramiro recordaba la foto que había allí. Era la que le hizo a sus padres un fotógrafo ambulante, antes de nacer él. Su madre, casi una adolescente, muy guapa con el vestido de los domingos y su padre muy joven y con un gran bigote.

Su habitación estaba como antes. Sobre la cama una colcha de ganchillo de un blanco immaculado. Un pequeño pupitre que le hizo su padre y un estante vacío. La ventana daba a la parte de atrás, encima del huerto donde había un enorme níspero.

Desde allí se disfrutaba de una extensa vista del mar. Ramiro abrió la ventana y se asomó. El níspero estaba cargado de fruta y el huerto lleno de maleza. En el mar varios barcos rompían la monotonía de un azul profundo. «No conozco a ninguno», pensó con pena. Antes los conocía en la distancia, casi sin ver su forma ni sus colores; solamente por la estela que dejaban en el agua.

Por la bocana del puerto entraba un yate grande. «¿De quien será?». Aspiró profundamente. Necesitaba que el yodo del mar calara en sus pulmones. «¿Cómo he podido estar tanto tiempo sin venir a casa?».

—¡Ramiro! ¿Qué tal amigo? Ya me han hablado de tu llegada y venía a verte.

Alguien le llamó desde la calle que bordeaba el huerto. Ramiro reconoció a uno de sus mejores amigos de la infancia. Al que más quería, sin contar a Álvaro, y con el que más se peleaba.

—¡Eh, Roque! ¡Qué sorpresa! Entra, la puerta está abierta.

Se saludaron con auténtico cariño y se sentaron en la salita. Se miraban, extrañados de los respectivos cambios, y casi no encontraban palabras. Hubo unos minutos de silencio, emocionados y tensos. Los dos tenían una parte de su vida que no querían recordar. Una tragedia que, lejos de separarlos, los había unido más estrechamente.

—Lo siento —dijo al fin Ramiro— Acabo de llegar y no te puedo ofrecer ni una cerveza.

—No importa. Con volver a verte ya tengo bastante. No sabes cuanto me he acordado de nuestros juegos, de nuestras peleas.

Los dos se reían con los ojos húmedos por la emoción.

—Es que tú eras un gallo de pelea —comentó Ramiro riendo.

—Sí. ¿De qué me servía? Siempre me sacudías tú.

Ramiro repasó con la vista el enorme cuerpo de su amigo, sus bíceps, sus anchas espaldas, y chasqueando los dedos contestó:

—Pues ahora te pienso respetar. ¡Cualquiera se mete contigo! —y agregó— Mira, ahora acabo de llegar y dentro de un momento voy a saludar a mis primos. Mañana tenemos que vernos despacio y recordar nuestros tiempos. Te invito a almorzar. He visto un restaurante en el puerto. ¿Qué tal es?

—No he ido nunca pero hablan bien. Es del alcalde. Se está haciendo de oro, el tío.

—A propósito: he visto un yate muy bonito entrando...

—También del alcalde —contestó Roque sin dejarle terminar—. Ya te digo que se está forrando. Y los apartamentos de la colina, ¿los has visto?

—Sí, «el tuerto» es muy feliz porque dice que circula el dinero como nunca.

—Así es. Además don Zacarías, el alcalde, ha comprado embarcaciones de recreo para hacer pequeños viajes por la costa y se le llenan de gente. Yo pienso que está muy acertado. El pueblo, ya sabes; antes no era nada y ahora ha progresado una barbaridad.

—¿Don Zacarías? —preguntó intrigado Ramiro.

—Sí. Vino aquí hace nueve años de médico, le gustó el pueblo y enseguida empezó a pensar en transformarlo y darle vida. Es de Llanes y según dice, aquí quiere que lo entierren. Te lo presentaré mañana; seguro que vais a congeniar.

Los dos amigos se volvieron a abrazar antes de separarse. Luego, cada uno quedó con sus pensamientos. Pensamientos que no podrían evitar cada vez que se encontraran. Ramiro se volvió a la salita y mirando el cerco que había dejado el retrato de sus padres, recordó aquel día siniestro, cuando su vida y la de su madre se habían derrumbado.

Era la época de la codorniz. Juan y Fermín «el cazador», padre de Roque, al igual que los hijos, eran grandes amigos y muy aficionados a la caza; salieron una mañana con la intención de traer unas codornices y algún conejo. Al día siguiente, los dos matrimonios y los dos hijos se reunirían bajo el níspero para degustar, en buena armonía, un rico guiso de caza.

A las siete de la tarde no habían regresado y las dos esposas comenzaron a impacientarse. A las ocho llegó una pareja de la Guardia Civil a casa de Juan. Matilde los recibió en la puerta, con las manos en los oídos para no escuchar lo que le iban a decir. A pesar de los años transcurridos, Ramiro oía todavía los gritos angustiosos de su madre y recordaba aquel momento como algo irreal. Tenía tan solo diez años pero aprendió pronto la cruel realidad de la vida y la muerte.

Según contaron los guardias, a Fermín se le disparó accidentalmente la escopeta y mató a su amigo. Fermín estaba detenido hasta que se aclarara el caso.

Ante las declaraciones de Matilde, Fermín fue puesto en libertad a la semana siguiente. Pero el hombre que llegó al pueblo era una sombra siniestra; no quería salir de casa, ni ver a nadie, ni hablar con nadie. Así estuvo cuatro días. Una tarde, cuando Roque regresó de la escuela, encontró a su padre colgado de una viga.

Ramiro se estremeció y trató de ahuyentar de su cabeza esos recuerdos. Entró de nuevo en su habitación. Colocó su ligero equipaje y salió para comprar algunos víveres y bebidas.

Entró en «Ultramarinos Natalia», ahora «Supermercado Carmelo». Nadie conocido. Nada le recordaba el antiguo establecimiento de Natalia. En «Ultramarinos Natalia», podías encontrar toda clase de artículos; desde aperos de pesca hasta productos alimenticios, pasando por ropa y calzado. El olor de la antigua tienda fue lo primero que echó en falta Ramiro en el nuevo establecimiento. Era una mezcla de queso de Cabrales, alpargatas, humedad y desinfectantes. Tenía un pequeño escaparate donde se amontonaba el género y se entremezclaban las cosas más variadas.

Ramiro miraba desilusionado la nueva tienda, con tanto orden y sin oler a nada, cuando de la trastienda salió una muchacha pizpireta y alegre.

—¿Qué le pongo?

—Pues un poco de todo: leche, cervezas, pan, embutido, «cabrales», jamón...

—O sea. Que acaba de llegar y necesita de todo, ¿no es así?

Ramiro se quedó mirando y admirando tanto desparpajo y no pudo por menos que echarse a reír.

—Eso es. De todo.

La muchacha le fue llenando un cestillo con habilidad y poniendo artículos que a Ramiro no se le habían ocurrido. Tenía práctica y desenvoltura y la dejó hacer.

Cuando le estaba sumando la cuenta le preguntó por Natalia:

—¿Ha muerto? Era muy mayor cuando estuve la última vez.

—¡Uf! ¿Cuándo fue eso? Yo no sé quien es la tal Natalia.

—¿Cuánto tiempo llevas en el pueblo?

—Tres años solamente. Soy sobrina del alcalde. Vivía en Valencia con mis padres, pero mi tío me trajo para que atendiera el súper.

—¿También el súper es del alcalde? —preguntó admirado Ramiro.

—No, el súper es de Carmelo —contestó, como si todo el mundo tuviera la obligación de saber quién era Carmelo.

Cargado con dos enormes bolsas llegó de nuevo a su casa, enchufó la nevera y puso a refrescar las bebidas. Se acicaló un poco y marchó a casa de Dolores.

Dolores y Marcelo le esperaban para cenar.

Dolores era la típica asturiana de mejillas coloradas, anchas caderas, brazos poderosos, besos sonoros de niñera cariñosa y ademanes rudos; olía a leche recién ordeñada y masa de pan; hablaba muy alto, como cuando reñía a las vacas si se desviaban del camino. Pero aquel corpachón, casi mas ancho que alto, guardaba un alma limpia y noble; nada malo podía venir de ella. Ramiro le tenía un gran cariño.

Marcelo, alto y tan exageradamente delgado que, con su caminar doblado hacia delante, parecía que se iba a partir; la palidez de su tez le confería un aspecto enfermizo aunque disfrutaba de una envidiable salud y trabajaba sin descanso de sol a sol, llevando las vacas al prado, segando la hierba, cuidando los establos y la cochiguera, ordeñando las vacas y un sin fin de tareas más. Nunca había necesitado atenciones médicas; cuando se constipaba, que era su único padecimiento, Dolores le preparaba infusiones de agua caliente con menta, limón y miel y se restablecía rápidamente.

Dolores y Marcelo vivían, como digo, en el camino del faro, tan cerca de este que, los días de niebla, la potente sirena sonaba dentro de la casa haciendo retumbar los cristales. Era un lugar prominente desde donde se divisaba gran extensión de océano. Formaban un matrimonio muy unido. Pasaron los primeros años de matrimonio anhelando la llegada de un hijo. Poco a poco se conformaron con su destino y llenaron sus corazones con el cariño que recibían y prodigaban a todos los niños de la familia. Entre todos, Ramiro siempre fue el predilecto. Por eso, cuando les anunció que venía a pasar las vacaciones, a Dolores se le llenaron los ojos de lágrimas y Marcelo empezó a hacer planes para disfrutar de su compañía.

—Siempre le gustó la pesca. Sacaré una licencia para él e iremos a la presa de arriba. Ahí abunda la pesca.

A Marcelo se le iluminaba la cara, pensando en el niño que correteaba a su lado por la ribera, y los deliciosos almuerzos en el prado, con una amena conversación casi de hombres.

—Ten en cuenta que la última vez que pescó contigo era apenas un niño. Ahora es un hombre y no sabemos cuales son sus aficiones. Hace quince años que no ha vuelto y...

—Será el mismo, ya lo verás. Solo que más hombre.

Habían preparado la mesa en la sala. Ellos solían comer en la cocina.

Cuando Ramiro entró, Marcelo se abalanzó hacia él y agachándose ligeramente, le estrujó entre sus fuertes brazos. Luego lo apartó para mirarlo de arriba abajo, volvió a abrazarlo y le dio fuertes palmadas en la espalda.

—¡Vaya!, ¡vaya! ¿Conque este es aquel pequeñín que correteaba a mi lado y me «molía» a preguntas?

—Los pequeñines, aunque vivan en la ciudad, también crecen —dijo Ramiro riendo.

—¡Si supieras la de veces que te he echado de menos mientras pescaba solo, sin tener con quien hablar!

Dolores le echó los brazos al cuello, empinándose sobre las puntas de los pies, y le dio dos sonoros besos.

Los recuerdos y los comentarios entre los tres fueron una sucesión de divertidas anécdotas que convirtieron aquella primera cena en una reunión entrañable.

—¿Te acuerdas la vez que te caíste al río y, al oír el chapoteo, pensé que habías cogido una pieza grande...? Luego, cuando iba corriendo con el copo para ayudarte a sacarla, te encontré metido hasta la cintura —reían a carcajadas mientras Marcelo seguía—, y tú te enfadaste porque me reí.

—¿Y la vez que se te enganchó el anzuelo en el fondo y me llamaste a gritos...? «¡Corre, corre!, ¡ayúdame Marcelo...! Es una trucha tan grande que no puedo con ella».

Dolores reía con ellos y de vez en cuando también aportaba su granito de arena en aquella sucesión interminable de recuerdos.

Pero hubo un momento en que todos se pusieron tensos. Fue cuando preguntó Dolores:

—¿Qué sabes de Alvarín?



Marcelo miró a su mujer, con el ceño fruncido, extrañado por la inesperada pregunta. Ramiro bajó la vista, hizo rayas con el tenedor en el mantel, bebió un sorbo de vino y mirando a sus primos respondió:

—No sé nada de él. Hace tiempo que perdimos el contacto.

—¡Qué pena...! Eráis como hermanos —Dolores no se daba cuenta de su impertinencia.

—Bueno, mujer. Deja eso ahora —intervino Marcelo.

Sí, era cierto; habían sido como hermanos. Ramiro sabía de sobra cuándo y por qué se habían distanciado. Muchas veces estuvo a punto de llamarlo por teléfono para saber de su vida, pero siempre se interponía el recuerdo amargo de la traición, y los años pasaban haciendo aquel distanciamiento más profundo. Al volver al pueblo y ver La Casona, los deseos de ver a su amigo se hicieron tan intensos que estuvo a punto de llamarlo, pero desistió. «Ha pasado demasiado tiempo».

Ramiro miró a Dolores, luego a Marcelo. Ellos solo querían su bien; tenían derecho a inmiscuirse en su vida. Era con los únicos que podía sincerarse y debía hacerlo. Miró de nuevo a Dolores y comenzó:

—Todo terminó hace años y ya no creo que tenga solución. Lo recuerdo más veces de lo que podéis imaginar pero es él el que se portó mal y el que tendría que dar el primer paso —miró a sus primos intentando encontrar aprobación en su mirada, pero no la halló—. Posiblemente todo el mundo, incluso vosotros, piense que soy un rencoroso, pero poneros en mi lugar.

—No es eso, hijo —dijo Marcelo—. Es que yo miro por ti. El rencor no hace más que daño a la persona rencorosa. Hay que saber perdonar y olvidar.

—Eso es lo que hago, Marcelo, tratar de perdonar. Pero me cuesta mucho olvidar.

Ramiro estaba enfadado. Esperaba apoyo en sus primos y no lo encontró. Marcelo se dio cuenta de la contrariedad de Ramiro e intentó decir algo, pero Ramiro no le dio opción.

—Y hablando de otra cosa —dijo—, ¿cuándo vamos a pescar? Lo estoy deseando.

—Prefieres río o mar —Marcelo agradeció el cambio de conversación y dio un suspiro de alivio. Dolores empezó a recoger la mesa. Ninguno de los dos estaba de acuerdo con aquel obstinado hermetismo de Ramiro porque sabían que sufría cada vez que pensaba en su amigo y en los hermanos que estuvieron siempre.

—La verdad prefiero mar —contestó ilusionado—. Hace tantos años que no veía mi mar Cantábrico que estoy deseando mecirme en él y olerlo.

—Pues no se hable más: ¡Al mar!

Quedaron en ir el sábado siguiente.

—Ven todos los días a almorzar y a cenar si quieres —le dijo Dolores con su voz chillona.

—Gracias Dolores. Vendré algún día que otro. Ya te avisaré.

Camino de su casa, Ramiro fue recordando cuando conoció a Dely y lo mucho que la amó. Fue durante una interesante conferencia en la Facultad de Medicina sobre «Aptitud del médico ante un enfermo terminal». A la conferencia acudieron médicos y enfermeras; entre ellas, sentada al lado de Ramiro, estaba Candelaria, una bella canaria de ojos negros, tez morena, dentadura muy blanca, sonrisa fácil y cuerpo perfecto. Cuando sus miradas se cruzaron, Ramiro sintió en su interior como un tirón, algo inexplicable que no había sentido hasta entonces. A las primeras, torpes y nerviosas palabras de presentación, siguió una serie de citas para verse, para almorzar, para pasear, para hablar. Primero conversaciones relacionadas con la medicina, después de las respectivas familias y los lugares de procedencia y más tarde de amor. Ella trabajaba en una clínica madrileña. Ramiro ya ocupaba el puesto en la sección de enfermos terminales. Nada se podía interponer en su camino para ver cumplidos sus sueños de matrimonio.

—Buenas noches —el saludo sonó a su espalda y cuando se volvió vio a la persona que menos deseaba encontrar en aquel momento.

—Buenas noches, Sr. Jacinto —saludó con el ceño fruncido.

—Mira —traía en su mano un papel que entregó a Ramiro—, este es el teléfono de Álvaro. Llámalo y charla con él. Se alegrará de oírte.

Ramiro tomó el papel de mala gana y sin decir nada siguió su camino. El gaitero se quedó mirando mientras se alejaba, moviendo negativamente la cabeza. «Qué muchachos más tozudos, con lo que se querían»

«Nunca le llamaré, nunca. Es él el que tiene que dar el primer paso pero no será capaz», «No, no será capaz y yo no pienso llamar por mucho que se empeñe el gaitero»

Y con aquel rencor que no podía dominar, dejó la nota en el escritorio de su habitación y siguió pensando en el desagradable momento cuando Dely le dijo que estaba embarazada de Álvaro. «¡De Álvaro!, su mejor amigo». Dely vino aquel verano al pueblo. Ramiro ardía en deseos de presentársela a su madre y para que estuviera más cómoda se hospedó en La Casona del Indiano, invitada por Álvaro. Cuando Ramiro terminó sus vacaciones, ella decidió quedarse unos días más en La Casona. «¿Qué hay de malo? Queda en casa de mi mejor amigo».

Tardó dos meses en volver a Madrid, a pesar de las insistentes llamadas de Ramiro. Cuando volvió le confesó que estaba embarazada.

—No sé cómo ocurrió —decía—, pero los dos nos enamoramos sin darnos cuenta. Lo siento, pero nos tenemos que casar enseguida.

Nunca más volvió a ver a su amigo ni tuvo ninguna explicación por su parte. Quizá fue esto lo que más le dolió.

«No. Yo no llamaré».

Con este pensamiento se quedó dormido.

El sábado amaneció un día claro y soleado. «Buen día para ir a pescar», pensó Ramiro. Caminó hasta el embarcadero donde había quedado con Marcelo. Él ya había llegado y estaba preparando el barco, colocando la cesta con la comida, la lata con el cebo, los chubasqueros, revisando el bote de auxilio y preparando las líneas con los anzuelos.

Recibió a Ramiro con una amplia sonrisa.

—¿Qué tal has dormido? —y sin esperar respuesta continuó—, tenemos un magnífico día de sol.

—Ya lo creo. A ver si los peces salen a tomarlo.

Se embarcaron hasta la primera señal, desde donde se veía perfectamente el pueblo, y en lo alto La Casona del Indiano, bañada por los primeros rayos del sol naciente. Marcelo comenzó a examinar a Ramiro.

—Vamos a ver qué recuerdas de mis enseñanzas. Dime las marcas para la primera parada.

—Veamos —dijo Ramiro poniéndose de pie en el barco y oteando el horizonte en derredor; luego comenzó a señalar con el brazo extendido—. Tenían que verse en línea el faro y La Casona..., comenzar a verse el pino del acantilado norte sin llegar a verse la playa... Creo.

—Muy bien, has aprobado el examen.

Los dos rieron y, después de lanzar el ancla para mantener la nave en el punto deseado, comenzaron a preparar el cebo en los anzuelos. Lanzaron las líneas y mientras caía algún pez hablaron, como lo hacían antes, de mil cosas. Pero Marcelo notaba una gran diferencia entre aquel niño de conversaciones cargadas de inocencia y este hombre de conversaciones profundas y serias. Así fue transcurriendo la mañana con mucha charla pero poca pesca.

—Mira —propuso Marcelo—, vamos a almorzar, que ya es buena hora, y luego nos vamos a la roca verde. ¿Te parece?

—Perfecto. Además, ahí no hay examen porque la tienes que buscar con el sonar.

Se alejaron mar adentro hasta que el pueblo desapareció de la vista. Tampoco se veía la Casona, ni el faro. Nada más que mar y cielo. Sonó la radio y la voz potente de Dolores que preguntaba:

—No se os ve, ¿dónde estáis?

—En la roca verde. Antes no hemos encontrado pescado. No te preocupes que, antes de que anochezca volveremos a casa —la tranquilizó su marido; luego dirigiéndose a Ramiro y guiñando un ojo continuó—. Voy a desconectar la radio porque es muy pesada y no hará más que llamar hasta que nos vea de nuevo.

Nadie podía imaginar lo que iba a ocurrir en pocas horas y la imprudencia que supuso tener la radio fuera de servicio.

La pesca se daba bien y los dos hombres estaban absortos en esta tarea sin reparar en el mar que comenzaba a erizarse. El barco se movía demasiado cuando decidieron recoger las líneas y comenzar a guardar los aparejos, para emprender el camino de regreso a casa. Desde el oeste las encrespadas olas se acercaban a ellos formando una peligrosa montaña de agua alrededor del barco. El cielo había adquirido un tinte negro, presagio de una tormenta que no tardó en descargar sobre ellos. Marcelo se metió en el puente para poner el motor en marcha pero la suerte les había vuelto la espalda. El motor no quería funcionar. Miró a Ramiro que contemplaba sus movimientos asustado.

—No te preocupes. De otras más peligrosas he salido —dijo para darse ánimos a sí mismo—. No obstante, pongámonos los chalecos debajo del chubasquero.

Marcelo sabía de sobra que, a la deriva, no tenían ninguna probabilidad de salir de allí, porque la marejada los empujaba mar adentro y el peligro se multiplicaba. Hizo muchas más intentonas de arrancar el motor pero todo inútil.

—Puso a funcionar la radio pero había demasiadas interferencias y no se escuchaba nada. No obstante lanzó un SOS por si alguien podía oírle. Luego, como buen marino que se resigna a su suerte, miró a Ramiro y dijo a gritos para ser oído:

—Tenemos que terminar de inflar el bote y después solo nos queda una cosa, hijo: rezar.

No hizo más que decir esto, cuando un golpe de mar zarandó el barco inclinándolo de tal manera que los dos hombres fueron lanzados al mar. A poca distancia había quedado el bote de goma y Ramiro se apresuró a asirse a él. Marcelo apareció a poca distancia tosiendo y escupiendo agua. Las inmensas olas hacían que todo resultara muy difícil. Ramiro remó con fuerza hacia Marcelo hasta

que consiguió subirle al bote. Intentaron acercarse al barco que se alejaba de ellos a gran velocidad, mar adentro. Decidieron dejar los remos y no gastar energías inútilmente. Varias veces el bote volcó y ellos cayeron al mar. Escupían el agua tragada y volvían a respirar hondo temiendo desesperados el momento que cayeran, y ya no tuvieran fuerzas para volver al bote. Sobre sus cabezas se escuchó el ruido de un motor, pero no vieron de donde procedía.

—Es el helicóptero de la Cruz Roja —comentó esperanzado Marcelo—. Nos están buscando.

Luego, solo el rugido del mar que se hacía mas lúgubre según avanzaba la noche.

Estaban empapados y tiritaban de frío. Se acurrucaron uno junto al otro para darse calor y trataban de hacer contrapeso para evitar el vuelco del bote. Las olas pasaban por encima de sus cabezas y el bote era un tiovivo a merced del fuerte oleaje.

Avanzó la noche oscura, sin luna ni estrellas; solo una masa negra que se movía y rugía a su alrededor y el terrible frío que hacía castañetear los dientes.

Poco a poco fueron perdiendo la sensibilidad en los pies, en las manos y en todo el cuerpo. Después nada más.

Parecía que el mar estaba en calma, iluminado por una luz de amanecer. Creyeron escuchar el motor del helicóptero de rescate. Notaron como si alguien los sacara del bote y como si les quitaran la ropa mojada. «Están deshidratados», «Viven de milagro», «¿Los ha visto ya el médico...?», «¿Dónde los habéis encontrado?»

Pasaron dos días en el hospital de Oviedo, con la llorosa Dolores al lado. Luego volvieron al pueblo donde les esperaba una emotiva acogida de todos los convecinos.

Antes de bajar del taxi que los llevaba, Marcelo y Ramiro se miraron, sonrieron y se abrazaron.

Ramiro entró en su casa y fue directamente al escritorio de su habitación. Tomó el papel que había dejado allí, abrió el móvil y marcó el número de teléfono que estaba allí escrito. Esperó emocionado para escuchar al otro lado: «Dígame».

—Dígame —repitió. La voz se oía como si saliera de la habitación de al lado. Era una voz clara, dulce y con un leve tono metálico. Pero a Ramiro no le era familiar.

—Por favor —interrogó tras unos breves segundos de incertidumbre—. ¿Don Álvaro Romeral?

—Lo siento, señor. No se encuentra en casa.

Ramiro quedó nuevamente silencioso. No quería hablar con ella; era a él al que quería saludar. Pero Álvaro no estaba y no parecía correcto colgar sin preguntar...

—¿Y la señora?

—Está mejor, gracias. Tampoco está en este momento. Ha salido a dar una vuelta por la playa; la señora vendrá pronto.

—¿Ha estado enferma? —preguntó extrañado.

—Sí, señor. Algo delicada; pero a pesar de su edad se conserva bastante bien.

—¡Ah! ¿Se refiere usted a doña Clotilde?

—Sí, claro —la voz de la doncella se hizo más tensa y menos dulce—. Es la única señora que hay en la casa.

—Perdón —Ramiro no comprendía nada, pero no quería ser informado por la doncella—. ¿Me puede decir cuando podré hablar con don Álvaro?

—Ha dicho a la señora que vendría pronto porque tienen una cena. Quizá a las siete ya esté aquí. ¿Quién le digo que ha llamado?

—No se preocupe. Hacia esa hora volveré a llamar.

Ramiro cerró el móvil y se quedó mirándolo como si el pequeño aparatito le pudiera resolver sus muchas interrogantes. Entonces recordó que se había llevado la grabadora para ir comentando los acontecimientos vividos en el pueblo. «Así luego, cuando esté de nuevo en Madrid, podré saborear mejor estos días. Será como estar aquí otra vez».

Encendió la grabadora y comenzó su grabación:

«Llevo en mi pueblo natal doce días pero hasta ahora no he sentido la necesidad de poner en marcha la grabadora. Sin embargo, creo que es el momento oportuno porque, en breves momentos, voy a reencontrarme telefónicamente con mi amigo Álvaro. Me llena de emoción ya que, al llegar aquí, fue a la primera persona que he añorado. Bueno, las primeras fueron mis padres. Tengo que decir a Dolores que vuelva a colocar su retrato donde estaba; aquel en que están tan jóvenes y guapos.

»Acabo de hablar con la doncella de la casa tinerfeña de Álvaro y la verdad es que no comprendo nada de nada. Ya me he enterado que doña Clotilde vive y que ha estado delicada. Que Álvaro goza de buena salud pero... ¿Qué ha sido de Candelaria? ¿Cómo es que no está en la casa? Cuando hable con Álvaro me enteraré de todo. ¿Y el niño o los niños?

»He roto la costumbre de muchos años de no usar el móvil en todo el mes de agosto y, para una vez que lo hago, me deja zozobra, malestar y extrañeza. Me pregunto si ha sido un acierto escuchar la llamada del pasado y venir al pueblo. Lo he encontrado todo tan cambiado que mis recuerdos de niño se difuminan entre tanto progreso; el deterioro de La Casona como el de mi propio hogar, me han llenado de tristeza y, para colmo, he estado a punto de ahogarme en mi adorado mar Cantábrico. ¿Merecía la pena este viaje para pasar por esto? Pero, por otra parte, si logro retomar mi amistad con Álvaro, lo daré todo por bien empleado».

»Vamos a ver: son las cinco; hasta las siete que vuelva a llamar, hay dos horas que he de emplear en algo; tengo que distraer la cabeza, pero, ¿de qué forma? Aquí no hay más distracción que ir al bar a echar la partida, cosa que no es de mi agrado, o salir a pasear. ¡Ah!, ya sé. Me voy hacia La Casona. Será bonito hablar por teléfono con mi amigo mientras contemplo su mansión.

»Me iré con el coche para que quien me vea piense que marchó de viaje. Si saben que camino hasta La Casona vendrán a fisgar lo que hago.

»¿Dónde puse las llaves del coche? Ya, claro, dentro del maletín, como siempre.

»¡Qué sucio está! Lógico, llevo diez días sin lavarlo; hasta ha sido el urinario de todos los perros del pueblo, no hay más que ver cómo están las ruedas.

»¡Vamos, vamos! Arranca de una vez... ¿No te gusta la humedad, verdad? Estás hecho un señorito de asfalto; pues hay que acostumbrarse a todo, amigo mío. ¿No me ves a mí?

»El pueblo está desierto. Atacados por el sopor que proporciona el calor, estarán aborregados echando la siesta. Mejor para mí. Desde allá arriba, al lado de La Casona, entre el sonido del mar y el cántico de los pájaros, hablaré con mi amigo. Una duda me asalta desde que tomé la determinación de llamarlo. ¿Le gustará hablar conmigo después de tanto tiempo?

»Voy a beber en la fuente como cuando era niño. Mi padre me hacía un cuenco con sus dedos arqueados y embalsaba el agua entre las manos juntas para que yo bebiera. Recuerdo el olor a tabaco de sus dedos y lo deliciosa que me sabía el agua tan fresca.

»Sigue estando igual de fresca, pero mis manos no huelen a tabaco; aquel agua sabía mejor.

»Ya estamos. Pararé aquí, a la sombra del roble, para que este señorito no se caliente demasiado. Me apetece dar una vuelta a la mansión porque la parte de atrás solo la he visto desde el mar. La ventana del dormitorio de doña Clotilde está muy desconchada y un cristal astillado, la del dormitorio de don Santiago se conserva mejor. Recuerdo lo que me extrañaba que durmieran en habitaciones separadas. Mis padres dormían en la misma habitación y en la misma cama. El mirador, donde jugábamos cuando la lluvia no nos dejaba salir, está en ruinas; necesita una buena

reparación. Ahí está el cuarto de estudio con su pequeño balcón dando al norte; allí estudiábamos y hacíamos planes para nuestras correrías por fuera de la propiedad.

»En el cobertizo de la cochera hay muchos nidos de golondrinas; se lo diré a Álvaro. Cómo se ve que no les molesta nadie. Desde el acantilado me llega el estruendo del mar; aquí teníamos prohibido venir. Nos lo había prohibido doña Clotilde: “Es peligroso, os podéis caer al mar”. Claro que si por ella fuera no tendríamos acceso a nada; en mi vida he visto mujer más medrosa. Sin embargo, don Santiago era todo lo contrario: “Deja a los chicos, mujer. Ellos saben cuidarse”.

»Don Santiago, ¡qué excelente persona! A él le debo mi carrera de medicina. Mañana iré al cementerio y le pondré unas flores; a mis padres también.

»Recuerdo el día que nos preguntó qué queríamos ser de mayores: “Yo lo que quiero, contestó Álvaro, es vivir en un lugar cálido, donde no haya humedad, ni frío, donde se vean mariposas en diciembre”. ¿Y tú? Me preguntó. “A mí me gustaría ser médico, pero en casa no me pueden pagar una carrera”.

»En mi casa no, y menos después de morir mi padre; pero ahí estaba don Santiago. Nuestra economía hubiera mermado enormemente si no fuera por nuestro ángel salvador; fue él quien pagó mis estudios y el que mandaba a mi madre una mensualidad para que no se resintiera la economía familiar; por desgracia murió antes de que terminara medicina. Creo que él sabía que estudiaría con ahínco para no defraudarle. Siempre confió en mí. Siento la emoción de haber perdido dos padres y una madre.

»Todavía son las seis. ¡Qué largo se hace el tiempo cuando se espera algo con tanta impaciencia!

»Le tengo que preguntar a Álvaro si en Tenerife se ven mariposas en diciembre, como él quería.

»Las seis y media. Me sudan las manos. ¿Es posible que esté nervioso? ¿O lo que me pasa es que estoy impaciente? Si es así, ¿por qué no hice esto antes? ¿Por qué no llamé alguna de las muchas veces que estuve a punto de hacerlo? He tenido que ver la muerte de cerca para recapacitar.

»Me sentaré al lado del coche a la sombra del viejo roble. El sol todavía está demasiado alto. Algunas nubes bajan lamiendo los picos más altos de las estribaciones de la cordillera Cantábrica, allá donde se funde con los Picos de Europa.

»En el prado de las tierras del «Marqués» está Germán cuidando las vacas; aunque no lo veo, escucho sus improperios a las vacas que le desobedecen: “¡Ven pacá, maldita! ¡Chaaate pallá Mora!”. Hasta el estallido de los palos en el lomo de los pobres animales se oyen perfectamente. “Cusco”, su perro, ladra sin causa aparente. Quizá adivina mi cercana presencia. Soy para él un forastero que ha llegado al pueblo hace unos días y los perros ancianos le han enseñado que tiene que ladrar a todos los extraños.

»Contemplo desde aquí una bonita vista del “Prau la Pena” y se perfila el sendero del oso que desciende hasta el río; la gente decía que había muchos osos que atacaban al ganado, que comían la



miel de las colmenas y que entraban en las casas del llano en busca de gallinas y otros animales. Yo nunca vi ninguno.

»Pero el prado que me tuvo atemorizado durante muchos años fue el “Prau de los Bufones”. Es el que está más abajo, sobre el acantilado. Mi temor comenzó cuando desapareció del pueblo Benitín, el hijo de Paca, que tenía, como yo, cinco años. Durante varios días se le buscó por todos lados y nadie daba con él. Batidas de vecinos, la Guardia Civil y grupos de voluntarios de la comarca, rastrearon la zona y Benitín no apareció. Luego vinieron los comentarios: que si vieron un coche con una pareja, que si el oso grande salía de noche, que si había tráfico de niños para el comercio de órganos. De pronto, ocurrió un hecho que cambió el rumbo de los comentarios, dando una macabra solución a la desaparición del pequeño: una vaca que pastaba en el “Prau de los Bufones” desapareció de repente delante de las narices del pastor. Fue entonces cuando se dieron cuenta de los enormes agujeros que, diseminados por todo el prado, se hundían hasta el mar. Eran traicioneras excavaciones que el fuerte oleaje de aquella zona había ido socavando en la roca caliza que sostenía el prado. Con la hierba alta no se veían. El cadáver de la vaca apareció tres días después flotando a varios kilómetros mar adentro. La hierba del prado se cortó y se cercaron los agujeros. Pero la sola idea de Benitín cayendo por alguno de ellos me llenaba de horror y soñaba, noche tras noche, que era yo el que caía.

»Un mirlo acaba de posarse en el roble y está lanzando al aire sus trinos. También se oyen otras aves, y los cencerros de las vacas en la lejanía, y el sonido profundo del mar... Estos son los sonidos de la vida campesina, de la vida sana, de la vida sin complicaciones. Aquí se está más cerca de Dios.

»Me callo para que queden grabados y, cuando en Madrid llegue a casa después de ver cómo la muerte me gana batallas de antemano perdidas, con el sonido continuo de la gran ciudad taponando mis oídos, los escucharé de nuevo, cerraré los ojos y estaré de nuevo en Asturias.

»Las siete ¡Por fin!».

Ramiro cerró la grabadora y tomó el móvil. Marcó el número de Álvaro y esperó contestación.

—Dígame —era la misma voz, algo metálica y serena, de la primera vez.

—Por favor, ¿ha llegado ya don Álvaro?

—No señor. Aún no ha regresado.

—¿Y la señora?

—Sí, la señora sí.

—¿Podría hablar con ella? , por favor.

—¿A quién debo anunciar?

Ramiro se quedó pensando si era buena idea hablar con doña Clotilde. «Ella ha sido siempre tan distante conmigo; se puede decir que nunca gocé de sus simpatías y mucho menos de su cariño».

—Señor, ¿a quién anuncio? —se impacientó la doncella.

—A Ramiro García

—Un momento, por favor.

Aquellos segundos de espera le parecieron a Ramiro una eternidad. «Pienso que no le ha dado ninguna alegría que llame después de tanto tiempo».

La doncella entró en la sala donde doña Clotilde esperaba la llegada de su hijo. Cuando le anunció que la llamaban por teléfono, hizo un gesto de desagrado, reprochando a la doncella que no le hubiera preguntado primero si quería hablar. Porque doña Clotilde seguía siendo con el servicio, tan exigente como siempre. «Para eso se les paga, para que sepan hacer las cosas como les gusta a los señores». Pero en esta ocasión ya no había remedio. «Me guste o no tengo que contestar». Arrancó el auricular de las manos de la doncella al tiempo que esta le decía que era don Ramiro García.

El auricular se quedó paralizado a medio camino entre las manos de la doncella y el oído de doña Clotilde. Lo tapó con la mano preguntando intrigada quien decía que llamaba y la doncella le repitió: don Ramiro García.

Entonces abrió desmesuradamente los ojos, luego los cerró, para terminar frunciendo el entrecejo. Hizo señas con la mano para que se fuera la doncella y contestó:

—Ramiro. ¡Que raro oír tu voz después de tanto tiempo!

A Ramiro aquellas palabras le resultaron lejanas y frías, sin la menor emoción. «Espero que con Álvaro no sea igual».

—Doña Clotilde, ¿qué tal está? Me ha dicho la doncella que ha estado algo delicada.

—Cosas de la edad —hizo una pausa—. Los años no perdonan.

—¿Pero ya está bien? —Ramiro no acertaba a encauzar una conversación más lógica para rellenar los años transcurridos. Ella hizo caso omiso de su pregunta para interrogar a su vez en un tono cortante y desagradable:

—¿Cómo es que llamas después de tanto tiempo en que no te has acordado de nosotros?

Ramiro se mordió los labios. «Si algo tiene esta mujer es la sinceridad; sinceridad a consta de hacer daño como me lo está haciendo»

—Estoy en el pueblo y precisamente enfrente de La Casona y... —«¿Qué le voy a decir? Ramiro ándate con cuidado o lo estropearás todo». —... Me acordé de todo aquel tiempo. De usted, de don Santiago y, sobre todo de Álvaro. ¿Qué tal está?

—Bien

Después de esta contestación tan escueta, Ramiro se preguntaba por qué no esperó a hablar primero con el hijo e ignorar a la madre. Pero ya no había vuelta atrás.

Doña Clotilde sabía que tenía los triunfos en la mano y que había conseguido poner nervioso a Ramiro. Le molestaba todo de él y recordó la forma en que se introdujo en su casa; nunca comprendió por qué consintió que Álvaro siguiera a Ramiro en sus juegos; ni por qué no se opuso a que su marido le costeara los estudios y le pasara una pensión a la madre.

Nunca se le ocurrió pensar en el cariño que se tenían los muchachos y lo que se ayudaron uno al otro.

—¿Cuándo llega Álvaro? Me dijo la doncella que...

—Sí, tenemos una cena y no creo que tarde en llegar.

—¿No me pregunta por La Casona?

—Sabes que nunca me ha gustado vivir allí. La Casona del Indiano es demasiado grande, está en un pueblo y es fría hasta en verano, sin contar con la humedad que la envuelve casi siempre. Álvaro se pasaba los inviernos con bronquitis, catarros, fiebre... ¿Sabes la temperatura que hace en Tenerife?

Parecía que el ambiente se iba calmando. Pero la actitud descastada de Doña Clotilde se había acrecentado con los años. Ramiro no sabía de qué más hablar y cuando pensaba «tengo que despedirme; ya no sé qué más decir», escuchó el ruido de una puerta al abrirse, un «hola, mamá» y el chasquido de un beso, a lo que doña Clotilde contestó con un «¿sabes con quien hablo?»

—¡Ramiro! ¡No puedo creerlo! —Álvaro le había quitado el auricular a su madre en cuanto escuchó su nombre. Sus palabras, entrecortadas por la emoción, sonaban en los oídos de Ramiro como música celestial.

Ya no existía un pasado donde había habido una traición, ni una bella mujer llamada Candelaria, ni los años de desarraigo e incomunicación... «Estamos de nuevo aquí, juntos, en los alrededores de La Casona, correteando, buscando nidos en el pinar de Manín, bañándonos en la playa, estudiando

en el cuarto del mirador y soñando con el futuro: yo quiero ser médico; yo ver mariposas en diciembre»

El nerviosismo de los primeros momentos se fue serenando; la emoción se transformó en alegría; la conversación se hizo cálida y la antigua amistad floreció de nuevo. Ramiro no preguntaba y Álvaro no le contaba. «No, ese tema ya saldrá más adelante». Los casi quince años de alejamiento no habían existido. Pero Álvaro tenía una cena y no podía hablar mucho tiempo.

Hablaremos mañana, se habían dicho, aún tenemos muchas cosas que contar. Hemos estado muchos años perdiendo el tiempo y tenemos que recuperarlo.

La conversación no podía seguir. «Álvaro tiene un compromiso de cena con otros amigos, amigos nuevos, amigos que de algún modo me sustituyeron a mí. Pero haré que todo vuelva a ser como antes; solamente tengo que saber qué ha sido de Candelaria y del niño que esperaba».

Ramiro se quedó largo rato mirando ensimismado el móvil apagado. Luego lentamente se metió en el coche y, antes de ponerlo en marcha, dejó esta grabación:

«Por fin he hablado con mi amigo Álvaro y he llegado a la conclusión de que he perdido quince años de mi vida por... (Se quedó pensando sin saber qué decir; apagó momentáneamente la grabadora; volvió a encenderla y siguió), por una bobada. Si hubiéramos hablado como dos hombres que éramos, en lugar de comportarnos como chiquillos, quizá esto no habría pasado. Pero, ahora me siento como si estos quince años no hubieran pasado. Voy a ver si consigo que Álvaro venga a La Casona aunque solo sea por unos días. Aquí hablaremos, aclararemos las cosas y él me contará cómo ocurrió todo; porque pienso que no es suya toda la culpa como me contó Dely. Cuando hayamos hablado, con la confianza que siempre hemos tenido, estoy seguro que se derribará para siempre la barrera que nos ha tenido separados. Mañana me llamará a las cuatro».

Cerró la grabadora. Bajó al pueblo y se encaminó al cementerio.

Recorrió el sendero que conduce al panteón de los Romeral, situado al lateral derecho, cerca de la tapia del acantilado. Construido de mármol de Carrara, imponente como todo lo de esta familia. Desde allí se veía la cara sur de La Casona del Indiano. Ya eran muchos los Romeral que había enterrados. El primero, «El Indiano», primer propietario y el que dio el calificativo a La Casona. La mandó construir con el dinero que ganó en América, que fue mucho. Procedía de un pueblo de la cuenca minera asturiana y comentaba: «Como mi pueblo no me gusta porque está en el interior y siempre negro por las minas de carbón, quiero construir en este una gran casa para mí y para mis descendientes; la llamaré La Casona».

Buscó un lugar eminente, compró una gran extensión de terreno y trajo los mejores constructores para dotarla de toda clase de detalles. Su primitivo nombre de La Casona, fue ampliado por la gente

del pueblo, ya que fue un indiano, según llaman en Asturias a los que regresan de América, el que la mandó a construir.

Ramiro conocía de memoria todos los nombres de los antepasados de la saga Romeral, pero a él solo le interesaba uno.

—Don Santiago, he hablado con Álvaro y nuestro cariño no ha variado, solamente estaba confuso pero espero que nos veremos en breve. Mil gracias por todo —dijo a modo de oración.

Luego fue a la tumba de sus padres; una lápida de granito, dos nombres sobre ella y una cruz de cobre en la cabecera. Humilde y sencilla como eran ellos.

Cuando Álvaro colgó el teléfono, miró a su madre que había estado presente mientras hablaba y le dijo que en breve se arreglaría para la cena.

—Pero primero tengo que hacer algo importante.

Abrió el ordenador, buscó «Viajes» y «Líneas aéreas...»

Ramiro tenía pendiente un almuerzo con su amigo Roque. Pero había estado tan ocupado que lo había ido posponiendo. Sin embargo llegó el día de dedicarle unas horas y charlar sobre el pasado, el presente y el futuro. Siempre habían sido grandes amigos. También lo era de Álvaro. Se alegraría de saber que había hablado con él.

A primera hora de la mañana fue a su casa, al otro lado del pueblo.

Era una pequeña vivienda de planta baja; presentaba un aspecto de abandono y no se había contagiado del progreso del pueblo. A Ramiro le pareció que tenía la misma pintura que la última vez que la vio, las mismas persianas enrollables, la misma puerta carcomida por los años. Y, al lado derecho, el pequeño huerto completamente dejado a merced de las hierbas que crecían con altanería en todas direcciones.

Salió a abrir la madre de Roque. Hacía perfecto juego con la casa; vestida de negro, guardando un eterno luto, con un pañuelo a la cabeza, un delantal pardo, medio desdentada, con un número interminable de arrugas en todas las direcciones de su pálida cara y ojos hundidos y apagados. Se

alegró de ver a Ramiro, pero al mismo tiempo que lo abrazaba, los recuerdos vinieron de golpe inundando su corazón de pena; la misma pena que la acompañaba cada día y cada noche, desde el fatídico accidente. Cuando se hubo calmado, dedicó a Ramiro una tierna sonrisa a manera de disculpa, mientras le daba señas de la nueva dirección de su hijo.

—Se casó el año pasado y ahora vive muy cerca de tu casa. En la cuesta que va a la nueva urbanización. ¿Sabes donde te digo? Pasada la lonja...

Mientras daba todas estas explicaciones, señalaba con el brazo extendido hacia el lugar donde se ubicaba la casa de su hijo.

—Es una casa de tres plantas; él vive en el segundo piso.

Ramiro siguió sus indicaciones y llegó a una moderna casa de reciente construcción. Llamó en el segundo piso y salió una mujer agraciada, de unos cuarenta años, tan arreglada que no parecía que se dedicara a la labranza y totalmente desconocida para Ramiro. Preguntó por Roque.

—Él no está en este momento, pero vendrá enseguida. ¿Eres su amigo Ramiro?

—Sí, el otro día cuando nos vimos le...

—Sí ya sé. Él no para de hablar de su amigo de la infancia y de la alegría que tuvo al verte de nuevo —tendió la mano a Ramiro con una amplia sonrisa—. Yo soy Maribel, su esposa.

Ramiro estrechó su mano, blanda y suave, mientras pensaba de donde había sacado Roque aquella esposa que parecía rezumar delicadeza y una elegancia de la que hacía ostentación.

—¡Qué sorpresa! No sabía que estuviera casado hasta que me lo dijo su madre. Me alegro mucho de saludarte.

—Pasa, por favor.

Ramiro la siguió a un saloncito decorado con sencillez, donde se veía la mano de una mujer sumamente sensible. Mientras la seguía, reparó en sus formas proporcionadas y armoniosas y en sus andares elegantes de pasos cortos y lentos.

—¿Te apetece tomar una cerveza o un zumo?

—No, muchas gracias.

—¿Un café?

—No, nada. Venía a invitar a Roque a almorzar, pero ahora que sé que tú existes la invitación te incluye.

La sonrisa se veló por unos segundos del rostro de Maribel; luego, miró a Ramiro. Era una mirada melancólica, como si fuera a decir algo. Ramiro contempló unos ojos tristes en medio de aquella sonrisa que ella trataba de perpetuar en su rostro. Luego parecía nerviosa. Ramiro la contemplaba en silencio sin comprender aquel repentino aturdimiento. Por fin respondió.

—No, hoy no. Supongo que tendréis muchas cosas qué contar y querréis estar solos. Otro día iré.

Iba a decir algo más pero el ruido de la puerta al abrirse la hizo cambiar de conversación:

—Mira. Ahí está Roque.

En efecto, Roque entró en el salón. Después de los saludos y la proposición de un almuerzo juntos, Ramiro hizo la propuesta de que viniera también su mujer. Roque miró a Maribel, pero al ver que no respondía entendió que no quería ir; en realidad él tampoco deseaba su compañía.

—A ella no le apetece... Nos veremos más veces, ¿no? —fue la propuesta de Roque, con la que daba a entender que prefería estar a solas con su amigo.

Ramiro interceptó unas hoscas miradas entre ellos que hablaban por sí solas. Se encontró algo incómodo y se dispuso a marchar.

—A eso de las doce te vengo a buscar —luego dirigiéndose a ella continuó—. Por hoy te libras de nosotros pero otro día vendrás, ¿conforme?

—Conforme —repitió Maribel poco convencida.

Ramiro salió a la calle con la convicción de que su amigo no era feliz en su matrimonio. “¿Pero qué quiere? Es guapa y simpática. Parece buena persona. Entonces, ¿qué ocurre?”.

Tardó poco en averiguarlo. Llegaron hacia las doce y media al Restaurante del Puerto. Se sentaron y pidieron la carta. Hasta ese momento casi no habían cruzado palabras. Parecía como si el simpático y hablador Roque se hubiera vuelto de pronto taciturno y sombrío. Pidieron el menú y se quedaron mirando a la camarera según se alejaba hacia la cocina. Ramiro rompió el silencio:

—¡Vaya, vaya! No sabía que estuvieras casado.

—El día de nuestro encuentro apenas pudimos hablar, por eso no te lo dije —calló un momento y suspiró antes de seguir—. Pero así es. Me casé en enero del año pasado.

—Maribel es muy guapa y tiene clase. Se destaca de las chicas de por aquí. Debes ser muy feliz en tu matrimonio.

Algo en su interior le decía a Ramiro que no debía hacer esta pregunta, pero su intención era hacer hablar a su amigo.

—Sí. Es cierto, se destaca. Pero no te fíes de las apariencias. No somos en absoluto felices. Ni siquiera sé si nos casamos enamorados.

—No te comprendo. Si no estabas enamorado, ¿por qué lo hiciste?

Cuando Roque iba a contestar llegó la camarera con el primer plato; eran unas almejas a la marinera; descorchó el vino, blanco espumoso, sirvió las copas y se alejó de nuevo.

—Lo hice porque me gustó la chica, a pesar de que me lleva tres años, a pesar de que me decía mi madre que no me parecía la mujer apropiada, a pesar de que la gente se sonreía cuando les decía con quien me iba a casar... —se echó hacia atrás en la silla como si de pronto fuera muy dura para sus posaderas; miró a Ramiro tratando de encontrar apoyo en él, pero Ramiro hacía rato que se había arrepentido de haber hecho aquella pregunta y guardaba silencio. Roque siguió:

—Me casé... ¿por tozudez? ¿Por demostrar que era el más listo casándome con una mujer deseada por todos? ¿Por pensar que se iban a morir de envidia cuando la hiciera mía? ¡Yo qué sé! Cometemos imprudencias y tratamos de culpar a otros de nuestras equivocaciones. Nunca queremos reconocer que somos los únicos responsables de nuestras desgracias.

Volvió a callar. Ramiro lo miraba tratando de leer en la mente de Roque lo que no acababa de decir, pero no se atrevía a preguntar porque casi intuía lo que pasaba.

—Comamos —propuso—. Esto huele muy bien.

Degustaron las almejas y seguido les llegó el segundo plato: “merluza a la sidra”.

—Me han dicho que aquí la hacen muy bien —comentó Roque—; por lo menos la merluza es fresca y sabrosa.

Comieron haciendo comentarios de lo bueno que estaba el guiso y pidieron una segunda botella de vino. Así los ánimos se fueron caldeando y las confidencias, con sus congojas, sus sinsabores y sus equivocaciones, se hicieron patentes.

—Sé que opinas, como todos los que no saben la realidad, que soy un estúpido por no conseguir la felicidad al lado de una mujer como la que tengo, pero te diré para empezar, que nuestra separación, de vidas, de camas, incluso de habitaciones, comenzó a los tres meses de casados.



Roque se removió en la silla como si estuviera muy incómodo; miró en derredor, luego a Ramiro que no apartaba los ojos de él y siguió:

—Margarita, la maestra, se tuvo que ausentar porque iba a dar a luz y ella llegó de Ávila como maestra sustituta. Cuando la conocí me pareció la persona más bella del mundo; mi vida empezó a cambiar; estaba todo el día pensando en ella y por las noches soñaba despierto vislumbrando la felicidad que sería tener una esposa como Maribel.

Nos encontramos casualmente un día —siguió hablando Roque con tristeza—. Yo venía del campo, sucio, lleno de sudor y tierra y sentí una gran vergüenza de que me viera así. Pero me saludó y se paró a hablar conmigo como si fuera el hombre más limpio y mejor vestido del mundo. Aquella actitud suya sumó muchos puntos a la romántica imagen que tenía de ella y antes del año estábamos casados.

Al llegar a este punto Roque se quedó mirando a Ramiro como si esperara algún comentario por su parte.

—Bien. Me parece que era lo mejor que podíais hacer estando enamorados. Si yo me hubiera vuelto a enamorar también estaría casado.

—No, no para ahí la cosa —continuó—. A mi madre le extrañó que no viniera nadie de su familia a la boda y en el pueblo se empezó a especular sobre un pasado borrascoso de Maribel. Esto unido a su comportamiento misterioso, hizo que me pusiera a observar. Cuando llegué un día del campo, estaba hablando por teléfono y al oír la puerta colgó rápidamente; le pregunté y negó que estuviera hablando con nadie. Otra vez, llegaba de la calle tan rápida que no me vio, y cuando le pregunté de donde venía, se puso nerviosa y dijo: «De la tienda» ¡A una hora en que la tienda está cerrada! Muchas veces le llegaban cartas y nada más leerlas las destruía. En un momento de descuido conseguí ver un remite y copiar una dirección; era de Ávila. Así es que, sin decirle nada me fui a Ávila. El nombre era solamente unas iniciales. Empecé a sentir unos celos terribles pensando que me había casado con una desconocida, y a imaginar los hombres que habría conocido antes y hasta estaba seguro que seguía manteniendo contacto con alguno de ellos. Por el día estaba distraído. Mira —al decir esto se levantó el pantalón y señaló una tremenda cicatriz que tenía a la altura del tobillo— me la hice, segando la hierba, por estar distraído. Por las noches no podía conciliar el sueño; los fantasmas revoloteaban alrededor de mi cabeza y me estaban llevando a una tremenda depresión; casi no comía.

Si te digo la verdad, cuando llegué a Ávila y estaba llamando al timbre de aquella puerta, detrás de la cual no sabía lo que me iba a encontrar, ya me había arrepentido de hacer aquellas pesquisas a espaldas de Maribel y me repetía una y otra vez que le tenía que haber preguntado a ella, en lugar de inspeccionar por mi cuenta.

Cuando la puerta se abrió, salió una mujer que se parecía a Maribel bastante; me miró y me reconoció por una foto de boda que le había enviado ella; se puso blanca como la cera. Miraba nerviosa hacia el interior de la casa y con temblor en la voz preguntó: «¿Eres Roque?». Estaba ante la hermana mayor de Maribel y la que había prohiado un bebé que su hermana había concebido con un hombre casado. Almorcé en su casa, con ella y su marido, mientras me rogaban que tratara de olvidar, que aquello había pasado hacía seis años, que fue un accidente del que Maribel estaba arrepentida y que tenía derecho a la felicidad. Luego conocí a la pequeña. Aún no he podido olvidar

sus ojillos azules de mirada cándida y triste y odié a Maribel, no sé si por haberme engañado o por deshacerse de una criatura así.

Cada vez que trato de olvidar me encuentro con la mirada de su hija que, después de ser concebida en un rato de placer, fue abandonada.

—Bueno —atajó Ramiro—, abandonada, no. La dejó con su hermana quizá pensando que el hombre con quien se casara la adoptaría.

—Ya he pensado en ello. Pero eso no mejoraría las cosas entre nosotros.

—¿Por qué no? —Ramiro apretó las manos de su amigo que reposaban sobre la mesa— ¿Has pensado que os podría hacer felices tener a la niña con vosotros, ponerle tus apellidos, que te llame papá... Incluso darle más hermanitos?

—Y, ¿has pensado tú en lo que sentiríamos mi madre y yo, siendo el hazmerreír del pueblo? ¿Te das cuenta lo que pensarán de mí, si aparezco con una niña de una relación turbia de mi mujer? ¿Qué respeto le tendrían a ella?

—No lo mires de ese modo. Y deja ya de pensar en el pueblo. Lo que importa es tu felicidad y solamente la lograrás cuando espantes los fantasmas de un pasado que ya no existe ¿No crees que Maribel ha sufrido demasiado dejando a su hija para casarse contigo y que sería muy feliz si la tuviera a su lado?

—Su hermana me ha dicho que llama a diario preguntando por su hija y que muchas veces se echa a llorar.

—Hazme caso, Roque. Sabes lo mucho que te quiero y mi consejo es que afrontes la opinión del pueblo y traigas a esa niña a vivir con vosotros.

Cuando salieron del Restaurante del Puerto, parecía que Roque estaba más tranquilo que a su llegada. Invitó a Ramiro a subir a su casa pero este se disculpó porque eran las tres de la tarde y a las cuatro tenía que hablar con Álvaro.

Al entrar en casa, Ramiro abrió la grabadora y habló:

«He almorzado con Roque. Resulta que está casado. Ha sido una sorpresa; su mujer es muy guapa pero tiene un pasado que Roque no consigue olvidar porque, como recuerdo perpetuo de él, ha quedado una niña; una preciosa niña de mirada cándida y ojos azules. Veré lo que puedo hacer para unirlos. Ahora pensaré en Álvaro».

Cerró la grabadora y se tendió en la cama a descansar mientras esperaba la llamada; el interior de su casa estaba agradablemente fresco, los ojos se le cerraban y a los pocos segundos se había quedado dormido. Cuando se despertó sobresaltado, miró el reloj:

—¡Las seis! —dijo poniéndose en pie de un salto—. ¿Es posible que no oyera el teléfono?

Efectivamente no oyó el teléfono, porque el teléfono no había sonado. Álvaro no llamó a la hora convenida.

A las ocho de la noche fue Ramiro el que marcó el número de su amigo.

—Don Álvaro, por favor.

—No se encuentra en casa y no sé cuando volverá. Si le quiere dejar algún recado...

—Dígale simplemente que le ha llamado Ramiro. Muchas gracias.

Ramiro no podía comprender el olvido de Álvaro. Tomó la grabadora pero la volvió a dejar sin abrirla.

Salió a la calle. Después del relato de Roque, necesitaba distraerse un poco; sin poderlo evitar, estaba con la moral en baja forma. Fue dando un paseo hasta La Casona del Indiano. Era una tarde apacible; corría una suave brisa marina y el olor a yodo inundaba el pueblo. Al pasar por delante del supermercado «Carmelo», la pizpireta empleada le saludó desde la puerta:

—¿Cómo le va? ¿Ya se ha adaptado al pueblo?

—Sí, nació aquí. ¿No crees que es fácil adaptarse?

—¡Ah! A lo mejor se encuentra con mi tío; ha ido hacia el llano.

Ramiro le hizo una señal de despedida con la mano y siguió su camino, subiendo la Cuesta de La fuente. Cuando estaba llegando al llano vio a un desconocido que venía hacia él y se imaginó, por las explicaciones de Teresa, que sería don Zacarías.

—Buenas tardes, ¿es usted el alcalde? —preguntó tendiéndole la mano.

—Hola, ¿qué tal? Y tú eres Ramiro, todo el pueblo comenta la llegada del hijo de Juan.

—¿Soy tan famoso? —comentó Ramiro riendo.

—Aquí todo se comenta, hay demasiado cotilleo y el que llega de fuera, es observado como pieza de museo y acribillado a preguntas. También me han dicho que eres médico.

—Así es.

—Y muy amigo de los Romeral.

—Cierto.

—¿Vas a La Casona?

—No, solamente estaba dando un paseo. Como soy del pueblo también entro en eso del cotilleo —dijo Ramiro riendo—. Así es que dime cómo te va por aquí. Me han dicho que eres de Llanes; esa villa no se puede comparar con mi pueblo.

—Sin embargo a mí me gusta vivir aquí. Es un pueblo tranquilo y bonito.

—Más bonito ahora, y con más vida que ha tenido nunca. Lo estás dejando muy atractivo para el turismo. No me extraña que, año tras año, te sigan votando para la alcaldía.

—La gente aquí es buena y agradecida. Ya sabes que no siempre es así. Otras veces, cuanto mejor haces las gestiones, menos partidarios tienes.

—Atendiendo también la medicina, tendrás bastante trabajo.

—Si, la verdad es que no paro. En los momentos de mayor agobio, mando venir un ayudante para los enfermos leves. Eso me quita bastante trabajo. ¿Por qué no vienes tú a ejercer aquí? Hablan maravillas de tu faceta médica.

—Tienes razón, la gente es buena. Nadie sabe cómo me comporto como médico. Además yo trabajo con enfermos terminales.

La conversación estaba en su apogeo y hubiera seguido, de no ser porque apareció el Sr. Jacinto, el gaitero, que venía de airear La Casona.

—Buenas tengan ustedes —saludó al llegar.

Estaba sudoroso y parecía muy cansado, sin embargo tenía un brillo especial en los ojos. Con él venían dos mujeres; también parecían cansadas. Mientras el Sr. Jacinto hablaba, ellas se sentaron en una roca, abanicándose con el delantal.

—Hola Jacinto, ¿de limpiar? —preguntó el alcalde señalando con el dedo hacia La Casona.

El gaitero pareció contrariado por la pregunta y contestó:

—De airearla como siempre —luego miró a las mujeres que sonreían. Se dirigió a Ramiro para preguntar si sabía algo de su amigo.

—He hablado con él ayer. Está bien.

—Me alegro —respondió, mirando de nuevo a las mujeres que seguían con su sonrisa y siguió—. Bueno, nosotros nos vamos. Ya es hora de cenar.

Cuando el gaitero se fue, Zacarías y Ramiro, decidieron hacer lo mismo.

—Tienes que venir a almorzar a casa para presentarte a mi familia.

—De acuerdo.

Se despidieron. Ramiro siguió su paseo. No le apetecía volver a casa. Se sentó en el tronco de un árbol caído y se quedó mirando al cielo, tan limpio, donde las primeras estrellas empezaban a aparecer. Las sombras se iban haciendo más intensas. La luz del faro comenzó a funcionar y las pequeñas barcas que pescaban el calamar, eran apenas una sombra con un pequeño foco de luz reflejándose en el mar. No se oía más que el ruido monótono y bronco de las olas chocando contra los acantilados y el canto de algún pájaro nocturno. De vez en cuando, un soplo de aire, movía las hojas de los árboles cercanos.

A los recuerdos auditivos de Ramiro, llegaron los ecos bulliciosos de la gran ciudad que no duerme, y se hubiera quedado allí toda la noche disfrutando aquella serenidad.

Eran las dos de la madrugada cuando decidió volver al pueblo.

Ramiro había recorrido las calles de su pueblo natal, había visto su modernización, sus progresos, hablado con sus habitantes, todos más viejos, algunos demasiado cambiados, otros se habían

ocultado bajo un montón de tierra en el cementerio, con una cruz de hierro o madera en un extremo y unas flores secas en el otro, metidas en un tarro de cristal sin agua, sucio y medio roto.

No había conseguido hablar con Álvaro pero él había puesto todos los medios. Si Álvaro no quería volver a renovar la antigua amistad, sus razones tendría. Era cosa de olvidar el tema y dejarlo dormir para siempre.

Pero, de todos los habitantes del pueblo, quien más impresión había causado a Ramiro fue Paca, la madre de Benitín, el niño desaparecido. Se la encontró un día cuando, después de uno de sus paseos, se entretuvo bebiendo en la fuente. Paca pasó por allí, con la mirada perdida, el pelo completamente blanco y desgreñado, las ropas descuidadas y rotas. Al reparar en él, se acercó despacio y, antes de que Ramiro dijera nada, tocándole en el brazo, preguntó:

—¿No habrás visto por casualidad a mi hijo? Salió de casa hace un rato y no lo encuentro.

Ramiro no supo qué decir y negó con la cabeza mientras su piel se erizaba.

—La gente dice que lo vieron por el faro pero no es cierto.

—Puede ser que esté por allí. ¿Lo has buscado en el faro?

—No, allí no está. Benitín es muy obediente y yo le tengo prohibido que se acerque al faro. Es peligroso.

—No te preocupes —dijo Ramiro pasándole un brazo por los hombros—. Estará bien.

—Y tú, ¿quién eres? No eres de por aquí.

—Sí, soy Ramiro; el hijo de Matilde.

—¡Ah! —contestó con los ojos extraviados—. ¿Qué tal está tu madre?

—Bien, Paca. Muy bien.

Paca, de pronto se quedó mirando la cumbre y con una amplia sonrisa empezó a caminar hacia allí, gritando:

—Me querías engañar, ¿eh? No te escondas que ya te he visto...

Ramiro se quedó observando con tristeza aquel despojo de mujer, loca perdida en su eterna búsqueda del hijo desaparecido, pensando que Dios le había hecho un bien al privarla de la razón. Recordó a la Paca, admirada por todos los hombres del pueblo; incluido su padre que estuvo a punto de casarse con ella; la Paca que se arreglaba con esmero; que lucía una bonita y larga melena negra;

la Paca de ojos pícaros y risueños; de boca sensual; de andares de gacela. Aún haciendo un tremendo esfuerzo, no podía relacionarla con la macabra visión que había tenido delante. Le parecía estar en un mundo de muertos. Porque aquella mujer era un muerto viviente.

Con una extraña sensación de vacío en la boca del estómago, se refugió en su casa. Pensaba ir a cenar a casa de los primos. Cada vez que iba no avisaba para que Dolores no se molestara en preparar menús extraordinarios. Se duchó. El placer del agua recorriendo su cuerpo atenuaba la impresión que le produjo la pobre Paca. Cuando se hubo vestido y perfumado volvió a sentirse vivo.

Había comprado una botella de Carlos I. Era el único vicio que tenía Marcelo, y, cuando iba a envolverla, alguien llamó a la puerta. Extrañado, fue a abrir. Jacinto, el gaitero, lo saludó con una amplia sonrisa.

—Sr. Jacinto, ¿qué le trae a estas horas? ¿Necesita algo de mí?

—Que admitas este regalo.

Diciendo esto se apartó y en el umbral de la puerta apareció un hombre, pálido, ojeroso, con barba de tres días y aspecto cansado. Ramiro reconoció al momento a su amigo. Álvaro y Ramiro, Ramiro y Álvaro. El pasado y el presente aunados de nuevo. Se fundieron en un abrazo, sin palabras, sin explicaciones. No hacía falta más que la emoción con la que latían los dos corazones tan cerca el uno del otro. Luego se miraron con los ojos brillantes, y se volvieron a abrazar. El Sr. Jacinto se limpió los ojos con el puño de su camisa y se marchó.

—Vamos, pasa —dijo Ramiro sin dejar de abrazarlo—. Ha pasado demasiado tiempo y tenemos mucho de qué hablar.

—He venido hace un momento y estoy muy cansado. Mi salud sigue siendo tan precaria como siempre.

—¿A pesar de ver mariposas en diciembre? —recordó Ramiro riendo.

—Sí, a pesar de eso, mis bronquios siguen dándome guerra. Muchas veces me dan ganas de tirar la toalla, dejar las pastillas y los medicamentos y acabar de una vez.

—¿Para eso me he hecho yo médico? ¿Para que mi mejor amigo diga que no se quiere curar y no tenga fe en los medicamentos?

Álvaro presentaba un triste aspecto. Aparte del cansancio tenía fiebre y se tapaba el cuello con una bufanda. Pasaron al saloncito.

—¿Tienes frío aquí? —preguntó Ramiro—. Mi casa es más bien fresca.

—Tengo frío en todas partes. Vengo así desde Tenerife.

Ramiro le puso la mano en la frente.

—Espera. Te voy a poner el termómetro. Creo que tienes fiebre.

—¡Eh! No he venido hasta aquí para una consulta médica. Lo importante es que tengo mucho que decirte. Quiero hablar de Candelaria y de...

—Todo eso mañana, cuando estés más descansado. Ahora voy por mi botiquín. Quiero ver qué sinfonía toca la orquesta que tienes ahí —dijo señalando su pecho.

A Ramiro no le gustó nada el silbido de los pulmones congestionados ni los casi treinta y nueve grados de temperatura que tenía su amigo.

—¿Has venido con el coche? —preguntó.

—No. He venido caminando con Jacinto. Es un buen hombre. Se ha estado preocupando de tener La Casona en condiciones para nuestra llegada.

—¿Nuestra? Creí que habías venido solo.

—Ha venido también mi madre. Ya sabes que a ella no le gusta nada estar aquí pero no quería dejarme venir solo. Ha sido un gran apoyo para mí cuando me separé de Candelaria. Porque tengo que contarte...

—Ahora tienes que descansar. Te llevaré con el coche y mañana, a primera hora iré a verte.

—No muy temprano que me he hecho muy dormilón —rió Álvaro, llenando la cara de pequeñas arrugas que casi ocultaban sus ojos, protegidos por gruesas lentes.

—Dime tú la hora.

—Las diez. ¿Te parece bien?

—¿Eso es ser dormilón? Yo aquí me levanto más tarde. Pero en honor a ti, mañana me daré el madrugón.

Los dos rieron y se volvieron a abrazar. Pero Ramiro estaba preocupado por la salud de su amigo. Esperaba que hubiera vencido su antigua dolencia. Sin embargo su aspecto no le gustó nada.

Por el camino fueron haciendo proyectos de los paseos que disfrutarían en cuanto se le pasara la fiebre:



—Y al pinar. Sobre todo tengo muchas ganas de ir al pinar. Allí respirando el aire resinoso siempre me he encontrado bien. Y beberemos en la fuente y...

—Tenemos que recuperar muchos años de distanciamiento —comentó con nostalgia Ramiro—, pero lo más importante por ahora, es acabar con esa fiebre. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—Mientras haga buen tiempo y mi madre no se ponga pesada. No quería que viniéramos. Pero en cuanto recibí tu llamada no pude esperar más. ¿Y tú?

—Yo termino mis vacaciones con el mes.

—¡No me digas que dentro de diez días te vas a marchar!

—El deber me llama. Pero, mientras estéis aquí procuraré venir todos los fines de semana para vernos.

—¿Prometido? —preguntó Álvaro poniendo las venas de la muñeca a la vista de Ramiro.

—Prometido —contestó riendo este, mientras colocaba su muñeca sobre la de Álvaro.

Era un pacto, según ellos decían de pequeños, «de sangre».

Llegaron a La Casona. La cancela estaba abierta y entraron hasta la misma puerta principal. Álvaro se bajó y Ramiro hizo lo mismo.

—Voy a saludar a tu madre —dijo poniendo el brazo por los hombros de Álvaro.

Pasaron al interior. Ramiro se quedó mirando aquel recibidor, tan grande como toda su casa, con la misma admiración que cuando entró por primera vez de pequeño. No tenía ninguna gana de ver a doña Clotilde y sabía que a ella le era indiferente su presencia y sus saludos. Pero por educación la saludó fingiendo un afecto que no sentía. Se acercó con ánimo de darle un beso pero tropezó con la barrera de su brazo extendido y, el saludo se limitó a un apretón de manos.

—¿Cómo has tardado tanto en acordarte de nosotros? ¿Tan mal te hemos tratado?

—¡Mamá! —amonestó Álvaro enfadado por la impertinencia de su madre.

—Nunca me he olvidado, ni me olvidaré de ustedes y de lo mucho que les debo.

—No, a mi no me debes nada. Se lo debes a mi marido —fue la áspera respuesta.

—Mamá. Estamos cansados del viaje y por lo tanto, de mal humor. Lo mejor será que dejemos ir a Ramiro —Álvaro estaba contrariado y violento por el comportamiento de su madre—. Mañana vienes a almorzar con nosotros —propuso a Ramiro.

—No sé si podré. Pero vendré a verte.

—Claro que podrás. No he venido hasta aquí para que me pongas disculpas de compromisos inexistentes.

Ramiro sonrió y se dirigió hacia la puerta, acompañado por Álvaro, después de estrechar la mano de doña Clotilde.

—Tienes que perdonar a mi madre. Es brusca contigo pero en el fondo te quiere.

Ramiro se fue a su casa pensando donde estaría ese fondo donde doña Clotilde albergaba algún leve sentimiento de cariño hacia él. Miró el reloj: «Ya es tarde para ir a cenar a casa de los primos».

Se fue al Restaurante El Puerto y pidió una sopa de pescado, chuletillas de cordero a la plancha y una cerveza.

Cuando fue a pagar le dijo el camarero, señalando hacia otra mesa:

—Está pagado. Le invita don Zacarías.

Ramiro se levantó y fue hacia el alcalde a saludarle. Estaba acompañado por dos señoras.

—Muchas gracias. No los vi al entrar.

—Siéntate con nosotros. Te presento a mi esposa y mi hija Laura.

Las saludó con cortesía mientras hacía una rápida inspección de ambas. La esposa, notablemente más joven que Zacarías, era muy bella. Estaba primorosamente arreglada y tenía una bonita sonrisa que dejaba lucir una dentadura muy blanca; ella lo sabía y sonreía de continuo sin venir a cuento. La hija tendría unos veinte años. Ningún parecido con la madre y sí mucho con el padre: nariz algo grande, cara redonda y colorada, de pómulos salientes y tez morena; pero tenía unos ojos expresivos y dulces que conseguían difuminar sus poco agraciadas facciones. Cuando se levantó para ir al servicio, Ramiro reparó en un cuerpo grácil, de movimientos gatunos y piernas bien formadas, largas y delgadas, que se mostraban sin recato bajo su corta minifalda.

—Si no te gusta esta, tengo dos más —dijo Zacarías riendo, mientras Ramiro se ponía colorado, al verse sorprendido en su indiscreto examen.

—Cualquiera se creerá que estás deseando que se casen tus hijas —añadió la esposa algo molesta por el comentario de su marido—. Ya veremos tu reacción el día que te diga alguna de ellas: «Papá estoy enamorada».

—Pues tendré que aguantarme, como todos los padres.

Cuando volvió la hija, Ramiro se levantó para irse. Se despidió de las damas y aceptó la invitación para ir a almorzar un día con ellos.

Camino de su casa recordó lo desagradable que había sido doña Clotilde con él y lo amable que era el resto de la gente. «¿Por qué me odiará tanto esta mujer? ¿En qué le he faltado?»

Se acostó nada más llegar pero durmió poco y mal. Estaba preocupado por la salud de Álvaro y le dolían las palabras agrias de su madre. Como fantasmas del pasado acudieron a su memoria sus primeras visitas a La Casona del Indiano, sus continuos desplantes, sus miradas hurañas, su forma de tratarlo para que nunca olvidara que era el hijo de unos empleados de la casa. «He hecho cuanto he podido para congraciarme con ella, pero no me admitirá nunca. Sigo siendo el hijo de sus empleados»

A las diez en punto de la mañana, estaba de nuevo en La Casona. Álvaro todavía no se había levantado.

—Sigue con fiebre y le he dicho que se quedara en la cama —explicó su madre señalando la puerta de la habitación donde estaba Álvaro.

No dormía en su antigua habitación. Ramiro fue conducido hacia la habitación que había sido el saloncito de sus juegos infantiles. El que tenía el mirador acristalado dando al mar. Allí había una cama de matrimonio y Ramiro comprendió que habría sido la cama que ocuparon él y Dely cuando se casaron. Cuando Álvaro vio a Ramiro, una amplia sonrisa iluminó su semblante.

—Pasa, pasa. Ya me parecía que tardabas en llegar —dijo señalando un sillón—. Siéntate.

—A las diez en punto. No te quejes —Ramiro miró hacia el mirador y sonrió—. ¿Sabes que siempre que llueve, recuerdo las carreras que hacíamos aquí con las gotas de lluvia en los cristales?

Rieron recordando la cantidad de veces que, cuando no podían salir por causa de la lluvia, se sentaban en la tarima del piso y, mirando las gotas de lluvia que discurrían a lo largo de los cristales, escogían una gota de agua cada uno, para ver cual llegaba la primera al final del recorrido.

—¡Qué tiempos aquellos, Ramiro! Con cualquier cosa nos entreteníamos; luego nos hicimos grandes y nos llenamos de problemas. La vida y los acontecimientos mataron aquellos días inolvidables de nuestra infancia.

—No los mataron los acontecimientos; los matamos nosotros. ¿Por qué nos distanciamos? ¿Por qué echar la culpa a nadie? Nosotros no teníamos que haber roto nuestra amistad por nada ni por nadie.

Empezaban a ponerse serios y Ramiro cambió de actitud.

—Bueno. Vamos a lo que interesa. Pon el termómetro y veamos esos pulmones.

—Ya llegó el doctor y se marchó el amigo.

—Son la misma cosa. No te olvides.

Ramiro comprobó que no había experimentado ninguna mejoría desde el día anterior.

—Vamos a ver —diagnosticó—, mientras dure la fiebre no te moverás de la cama; luego paseos por el jardín, al pinar de Manín a ver nidos y quizá al mar a bañarnos. Mientras tanto, tienes que tomar estas pastillas, una cada ocho horas; toma muchos zumos naturales y come bien. ¿Tienes apetito?

—No come nada —doña Clotilde entró en ese momento para quejarse de la inapetencia de su hijo—. Ya no sé qué ofrecerle para que no esté tan desnutrido. ¿No le podrías recetar alguna vitamina?

Era la primera vez que esta mujer pedía algo a Ramiro y este se encontró extraño y desconcertado.

—Sí. Le voy a mandar un complejo vitamínico que le vendrá muy bien —sacó su recetario y, cuando iba a escribir se quedó parado pensando; después empezó a escribir las recetas—. Es una suerte que ahora el pueblo haya progresado tanto; antes no teníamos farmacia y había que ir a Oviedo.

—¿Te vas a quedar a almorzar con nosotros?

La pregunta de Doña Clotilde extrañó aún más a Ramiro. ¿Qué estaba pasando? ¿Se le ablandaría al fin el corazón y le daría unas migajas de cariño? Ramiro pensaba muchas veces qué era lo que le impulsaba a mendigar el cariño de una mujer que siempre le fue tan hostil. ¿Era como consecuencia de su profesión, que le impulsaba a luchar contra imposibles?

Se quedó ese día y todos los demás mientras Álvaro estuvo sujeto a la cama. Fueron cuatro días solamente, luego vinieron los paseos por sus antiguos lugares de esparcimiento. Cuatro días de aclaraciones, de confidencias y de perdones.

Así se fue enterando Ramiro de todo el calvario que había vivido su amigo al lado de la bella Candelaria; de la falsedad de unos ojos bonitos, de la mentira de una boca sensual, del hastío hacia un cuerpo perfecto. Toda ella, no era más que el estuche de un corazón de hierro, la envoltura de una avaricia sin límites, la fachada de una mujer embustera y egoísta.

La única tarde en todo el verano que llovía a cantaros, fue la elegida por Álvaro, aún convaleciente, para confesar a Ramiro el resumen de todos los años que estuvieron distanciados:

—Aquel verano, cuando tú te fuiste, me extrañó que ella no viajara contigo y así se lo hice ver. «A él no le importa que me quede unos días más aquí», dijo. Yo la respetaba como novia tuya que era. Mi madre enseguida congenió con ella y las dos iban de compras a Oviedo, hacían excursiones; mi madre decía que era la hija que siempre deseó tener y Candelaria sabía obrar a favor de sus propósitos. Un día, en una de sus escapadas a Oviedo, mi madre le había regalado un vestido precioso, la llevó a la peluquería y estaba perfectamente maquillada. Cuando la vi, me pareció que estaba ante una diosa. Cenamos en el jardín. Era una noche preciosa; un cielo estrellado; nada de aire y el ambiente cálido. Bebimos los tres para celebrar la transformación de Dely y ella se mostraba coqueta y melosa conmigo. Mi madre la miraba complacida y, poniendo una disculpa, se fue a acostar pronto dejándonos solos.

Yo no hacía más que recordar que era tu novia y que tenía que mantenerla a distancia, pero el alcohol me estaba traicionando y, cuando pensé que no podría resistir más, me despedí y me fui a la cama. Allí seguía obsesionado con ella; en la oscuridad de mi habitación veía su cara pegada a la mía, sus labios que me besaban y sus palabras comprometedoras; daba vueltas tratando de alejar de mí esas visiones. De pronto, la puerta de la habitación se abrió; en el umbral, recortada contra la claridad exterior, se transparentaba su silueta, dejando entrever sus piernas perfectas. Se acercó y se metió en mi cama diciendo: «Él no tiene por qué entesarse, porque nadie se lo va a decir». No pude resistirme. Era incapaz de pensar.

Álvaro había hablado con la mirada baja, jugando con la puntilla de la sábana. Alzó la vista y por primera vez, desde que comenzó su confesión, afrontó la mirada de Ramiro.

—Se lo que estás pensando: que no tengo disculpa, que la tenía que haber echado. Tienes razón. Eso hubiera hecho un hombre honesto y fuerte como tú. Pero yo siempre he sido un deshecho, una ruina humana.

—No te martirices —fue el forzado comentario de Ramiro—. Eso pasó hace tanto tiempo que ya ha perdido importancia para mí.

Álvaro volvió a bajar la vista a la sábana y siguió:

—Los días siguientes yo estaba abatido. No podía pensar en ti sin notar un dolor agudo en la boca del estómago; no presentía que lo peor aún estaba por llegar. Fue cuando Dely me anunció que

estaba embarazada. Se me derrumbó el mundo y la cobardía me hizo huir de ti en lugar de contarte cómo había ocurrido, porque sabía que, fuera como fuera, yo no tenía perdón de Dios.

Vivimos aquí muy pocos días y, cuando comenzaron los primeros fríos, nos fuimos a Tenerife. El clima me sentaba bien; mi madre estaba encantada por haber dejado La Casona del Indiano y terminé por comprar allí una propiedad. La Casona ya no significaba para mí, más que el lugar de mis enfermedades, de mi aislamiento, de mi mal comportamiento y nada me hacía apetecer la vuelta aquí. Porque los únicos momentos felices los había pasado contigo y no los podía recordar sin notar un dolor insufrible en el corazón.

—¿Qué fue del niño? —interrogó Ramiro para no seguir escuchando tantos detalles que, a pesar del tiempo transcurrido, le hacían daño.

—El niño no existía. Fue una patraña para engancharme. Algo que urdieron entre mi madre y ella para que me tuviera que casar. Cuando me enteré, a los tres meses de casados, comencé los trámites de la separación. Pero a ti ya te había perdido, así es que le dejé a ella la casa donde vivíamos y me compré otra en el Puerto de la Cruz. ¿Conoces el Puerto de la Cruz?

Ramiro negó con la cabeza. En aquel momento le hubiera dado un par de bofetadas para desahogarse y se hubiera marchado. Como si Álvaro adivinara sus pensamientos, le cogió una mano diciendo con la voz entrecortada:

—Si tienes gana de abofetearme, hazlo, pero no me digas que te voy a perder de nuevo.

—No me perderás. Mañana volveré a la misma hora; ahora me vas a disculpar pero me voy ya. Tengo que ir a cenar con mis primos; me esperan hace varios días.

—Sí, lo comprendo. Sé que vas a pensar en todo cuanto te he dicho y quiero que sepas que estoy aquí para recuperar el tiempo perdido, para vernos de nuevo y sobre todo para obtener tu perdón.

—No tengo nada que perdonar. En realidad, te tendría que dar las gracias por librarme de semejante persona.

Ramiro, salió sin despedirse de doña Clotilde. En esos momentos la odiaba y no podía apartar de su cabeza la mentira que se inventó, y que llevó a su propio hijo a ser un desgraciado. Quizá no lo hizo por tener una hija como ella decía, sino por hacer sufrir a Ramiro. Pensaría que era una forma de hacerle comprender donde estaban sus valores y los de su hijo.

Necesitaba un poco de distracción y se fue, como era su idea, a cenar con sus primos. Dolores no tenía nada especial preparado porque no le esperaban.

—Pero, ¿cómo no me has avisado? Me gusta tener una disculpa para hacer algún guiso especial; porque para nosotros dos, no merece la pena.

—Ya lo sabes. Si me aprecias un poco, tienes que venir más a menudo porque, de lo contrario, esta mujer me mata de hambre.

Dolores y Marcelo siempre estaban de buen humor. Eran dos personas positivas que sabían sacar jugo a la vida; no parecía que en aquel hogar hubiera problemas. Para Ramiro, su compañía era relajante. Esa noche necesitaba verlos, estar con ellos, hablarles y contarles la confesión de su amigo.

Dolores era una mujer dispuesta e imaginativa. Igual preparaba un banquete para innumerables personas o improvisaba una cena, como ocurrió en esta ocasión. Cuando los padres de Ramiro tenían invitados, cosa que ocurría muy de tarde en tarde, Matilde llamaba a su prima para que la ayudara. Matilde, que siempre se había dedicado a trabajar fuera de casa, no era muy experta en la cocina.

La improvisada cena consistió en huevos fritos con productos de la matanza, guardados en ollas en la bodega, y ensalada de lechuga, tomate y cebolleta, recién cogidos del huerto.

—Lo que siento es no tener un postre de los que te gustan —se disculpó Dolores con pena.

Los postres de Dolores tenían fama en el pueblo y Ramiro era uno de sus más sibaritas catadores. Cuando era pequeño, siempre tenía un trocito de la última tarta, de las rosquillas o de los bombones, guardados en casa de los primos.

La cena transcurrió, como siempre, en buena armonía. Ramiro les contó la confesión de Álvaro. Pero no lo hizo por el mero hecho de informarles, ni por limpiar el nombre de Álvaro. Lo hizo para borrar de sí mismo la herida de haber sido traicionado, de haber sido burlado por su mejor amigo y la mujer amada. Aquella sensación, que tanto daño le hacía, de ser el hazmerreír de la gente, de volver a ser tratado sin respeto como «el hijo de los empleados», de imaginar la sonrisa de doña Clotilde por el «triumfo» de su hijo, todo se había convertido, de tanto pensar en ello, en una dolorosa espina que tenía que sacar de su corazón. Pero esa espina no salió mientras escuchaba a Álvaro porque, en el fondo, era la voz de un enfermo el que le relataba los hechos, y los enfermos movían las fibras más sensibles de su corazón; mientras escuchaba a su amigo solo sentía pena por él. Pena de ver su abatimiento, sus ojeras, su tez amarillenta. No, por él no sentía ningún rencor; era un enfermo y tenía que ayudarlo a salir de su postración.

Pero, cuando lo relataba durante la cena en casa de Marcelo y Dolores, la cosa era diferente. Iba notando como una liberación. Se vio de nuevo restituido en su puesto de hombre que perdona, que olvida, que no guarda ningún rencor. La espina había salido y su corazón no sangraba. Se daba cuenta que llegó a odiar a la persona equivocada. Álvaro siempre le fue fiel; la infiel fue ella. Y ella nunca fue merecedora de su amor.

Marcelo guardaba un silencio absoluto y las dos veces que Dolores intentó intervenir, notó la mano de su marido apretando la suya para hacerla callar. Él sabía que Ramiro necesitaba sacar el odio de años de su corazón y lo estaba haciendo; no había que interrumpirle; había que dejarle hablar.

Cuando terminó, Ramiro se recostó en la silla y los miró para terminar diciendo:

—Y ahí está, en La Casona del Indiano, enfermo y con necesidad de cariño. Cariño que pienso darle, porque todo ha vuelto a ser como antes. El mismo cariño que le tuve siempre, hasta que ella apareció en nuestras vidas. Lo primero que haré es curarlo; luego ya veremos.

—¿Cuándo se piensa marchar? —preguntó Dolores

—No lo sé. Supongo que se quedarán hasta que el tiempo empeore. Quizá venga todos los fines de semana mientras ellos estén aquí. Pero no puedo hacer planes por adelantado; cuando llego allí y algún enfermo reclama una atención especial sé que no consentiré que muera solo, si yo puedo ayudarle a morir con resignación.

—No nos has dicho nada de cómo se porta contigo doña Clotilde.

—Doña Clotilde siempre se ha mostrado como una enemiga y sigue igual. No espero de ella más que lo que tuve siempre: desprecios y malas caras. Pero ella no me preocupa. Hace muchos años mi madre me dijo que lo mejor era no mirarle a la cara, porque siempre la encontraría con un gesto desagradable. Y eso es lo que he hecho y haré. Mi madre la conocía bien; tampoco a ella la trataba con respeto.

Al decir esto, a Ramiro le pasó inadvertida la significativa mirada que se dirigieron Marcelo y Dolores.

Cuando Ramiro salió de casa de sus primos, casi eran las doce de la noche. Se sentía optimista y descansado. Se dirigió a su casa y abrió la grabadora:

«Hoy ha sido un día intenso de confidencias, emociones, y arrepentimientos. Álvaro me da tanta pena que no pienso volver a tocar el tema Dely nunca más. Todo queda en el pasado. Ahora tengo que esforzarme por recuperar su salud para recorrer el pueblo juntos, ir a la playa, bañarnos, buscar nidos aunque en esta época no los haya, y sobre todo, querernos sin barreras, con sinceridad, como cuando éramos niños».

A las siete de la mañana, Álvaro se despertó sobresaltado. A esa hora los pajarillos, en el abandonado jardín, canturreaban; presagio de un día luminoso y alegre. Sin embargo, Álvaro sintió cómo un escalofrío le recorría el cuerpo y pensó que algo raro iba a pasar. Era el mismo escalofrío que erizó su piel cuando murió su padre, y el mismo que azotó su cuerpo cuando le dijo Candelaria que estaba embarazada. «Sí, algo va a pasar».

Se puso el batín y salió al pasillo. Todo estaba en calma. Abrió despacio la habitación de su madre; dormía tranquilamente. No se oía ningún ruido.



Volvió a la cama y se arropó, pero no consiguió conciliar el sueño. Su cabeza buscaba insistente el motivo de su presentimiento. Hacía mucho tiempo que no le pasaba, ¿por qué ahora?

Deseaba que pasaran las horas aprisa para que volviera Ramiro y charlar con él... ¿Y si lo había perdido de nuevo? Anoche se fue muy rápido, como si le molestara estar allí con él.

Volvió a mirar el reloj; las ocho y media.

Un rayo de sol le llegaba hasta el lecho inundando la habitación de claridad. Siempre le gustó el sol, el buen tiempo, el verano. Deleitándose con aquel intenso rayo de sol, pensó en la posibilidad de quedarse para siempre en La Casona. «Pero lo malo es el invierno, cuando vienen los días de niebla, la lluvia; cuando hace tanto frío que se te mete por dentro hasta los pulmones».

No, él ya no podría volver a habitar en Asturias más que en los meses cálidos. Quizá le podría servir La Casona del Indiano para algún fin bueno... Algún fin benéfico; para acogida de niños desamparados, o enfermos terminales, o ancianos. Seguro que a Ramiro se le ocurriría algo. Porque él tenía que estar en Tenerife para seguir viendo, como decía de pequeño, mariposas en diciembre. Sus delicados pulmones agradecían la temperatura cálida y seca de la isla. Es lo único que tenía que agradecer a Candelaria. Por ella se fue a vivir allí aunque luego convirtiera su vida en una pesadilla.

A las nueve en punto, cuando parecía que se quedaba de nuevo dormido, unos leves golpes en la puerta le sobresaltaron.

—Adelante

—Está aquí el practicante para ponerle la inyección.

—Que pase

El practicante, antes vivía a sesenta kilómetros y nunca tenía hora de llegada. Pero, gracias al progreso del pueblo, don Zacarías se había encargado de darle alojamiento para que permaneciera allí. Era además, el farmacéutico.

—Buenos días —saludó al entrar—. Me manda don Ramiro para que le pinche. ¿Cómo se encuentra?

—Hasta que le he visto a usted, muy bien. Ahora peor —contestó Álvaro riendo.

—Son unas vitaminas muy buenas. Esto le fortalecerá; ya lo verá. Además me ha mandado que le traiga estas pastillas para tomar, una cada cuatro horas.

Darío, el farmacéutico, era un hombre joven; apenas tendría treinta años. Desgarbado y feo, vestido con un pésimo gusto y algo brusco en sus modales; pero era noble y sincero; pertenecía a la clase de personas que gustaban tanto a Álvaro como a Ramiro. Había estudiado farmacia por su afinidad con

la medicina, carrera que tuvo que abandonar al desmayarse cuando vio la disección de un cadáver. Cuando terminó la carrera sus padres no pudieron montarle una farmacia por motivos económicos y tuvo que colocarse de mancebo en una de Oviedo. Allí lo conoció don Zacarías y allí le habló de su futuro puesto de trabajo. «Si no te importa vivir en un pueblo pequeño de la costa», le había dicho.

A Darío se le dilataron sus pequeños ojos ante la perspectiva de tener su propia farmacia y aceptó al instante sin tomarse tiempo para pensarlo, como le recomendaba don Zacarías.

—Está pensado —fue su respuesta—, mañana mismo voy para allá.

—No, mañana no —contestó riendo el alcalde—, tengo que ver donde ubicamos la farmacia y montarla. Todo ello lleva un tiempo. Dentro de un mes posiblemente esté dispuesta para abrirla al público.

—¡Cuando se lo diga a Charito! Figúrese que estamos deseando casarnos, pero no podíamos con lo poco que gano aquí.

—Ten en cuenta que, de momento, tampoco ganarás mucho en la nueva farmacia. La gente tiene que acostumbrarse a comprar en el pueblo en lugar de tener que desplazarse como hacen ahora.

Darío y Charito se casaron el día anterior de ir al pueblo. El estreno de las nuevas casa y farmacia fue su estreno también como matrimonio.

Álvaro y él simpatizaron enseguida y, después de ponerle la inyección, se sentó al lado del enfermo y hablaron largo rato.

—Tenía gana de conocer a los habitantes de La Casona del Indiano. He oído hablar tanto de vosotros...

—¿Bueno o malo?

—Naturalmente bueno. Sobre todo de tu padre la gente habla maravillas. Debió de ser un hombre muy caritativo.

—Mi padre era todo corazón. El mejor de todos. Cuando murió perdí hasta las ganas de seguir viviendo. Amaba esta casa, este pueblo. Hasta el clima le parecía maravilloso.

—Eso dice la gente, que si él hubiera vivido nunca os habríais marchado de aquí.

—Si él estuviera vivo, como lo está mi madre, nada sería como es. Muchas cosas de las que ocurrieron, se habrían evitado. Yo le echo mucho de menos. No pasa día, sobre todo desde que llegué a La Casona, que no añore su presencia.

—¿Has ido al cementerio?

La pregunta sorprendió a Álvaro. Se quedó pensando antes de contestar; salvo el día del entierro no había pisado el cementerio. Quizá a Darío le resultara raro pero para Álvaro ir al cementerio no significaba nada. Allí nunca estuvo con su padre; nada le recordaba su persona, ni sus palabras, ni su cariño. El cementerio solo sirve para alimentar el morbo, decía siempre, porque la gente va a sufrir mirando una lápida con una inscripción.

—No. No me gusta ir. No entra dentro de mis costumbres; pienso que a las personas hay que atenderlas en vida; cuando mueren ya no nos necesitan.

—Sí. Eso es cierto. Pero te he preguntado esto para decirte que la tumba de tu padre está siempre con flores frescas.

—Quizás las ha puesto mi amigo. Él le quería mucho.

—No; las que tiene ahora quizás las haya puesto Ramiro. Pero hay flores recién cortadas todo el año. Quiero hacerte ver lo mucho que le quieren por aquí.

Álvaro visualizó la figura de su padre: corpulento, de tez colorada, siempre sonriente, pelo blanco y, sobre todo, escuchó su voz. Aquella voz que igual le hablaba con cariño cuando estaba enfermo, que le reprochaba sus notas de mal estudiante. Un hondo suspiro se escapó del pecho de Álvaro. Miró a Darío con ojos vidriosos y habló con voz emocionada:

—Sí. Mi padre sabía ganarse el respeto y el cariño de la gente como se lo ganaba de los suyos — hizo una pequeña pausa para cambiar de tema; el recuerdo de su padre le resultaba doloroso—. Me han dicho que te has casado hace poco tiempo.

—Cierto. Fue para mí como el premio gordo de la lotería conocer a don Zacarías. Él me proporcionó el puesto en la farmacia y así pudimos casarnos.

—¿Le gusta a tu mujer estar aquí?

—¿A Charito...? Es feliz. Además tenemos una casa preciosa con jardín, al lado de la farmacia. En Oviedo, tanto ella como yo, vivíamos en un piso y no es lo mismo. A mi mujer le encantan las flores y cuida personalmente el jardín. A ver cuando te pones bueno y venís, tú y Ramiro, a casa a almorzar. Te aseguro que también es una buena cocinera.

—No tengo la menor duda. Acepto la invitación en nombre de los dos.

La charla con el farmacéutico le sentó bien a Álvaro. Cuando se marchó se encontraba reanimado. Se levantó al cuarto de baño para asearse y, al mirarse al espejo, vio la figura de un hombre pálido, ojeroso y con aspecto de tener un pie en la tumba. «Maldita: llevas rondándome casi desde que nació. Pero ahora estoy muy protegido por buenos amigos. Si antes no has podido conmigo, ahora menos...». Se apartó del espejo y se metió bajo la ducha. El agua corría a lo largo de su delgada figura y parecía que arrastraba sus temores de morir prematuramente. Mientras se secaba, sintió una vitalidad de la que carecía desde hacía mucho tiempo y hasta tuvo deseos de vestirse y no volver a la cama. Sin embargo no quería adelantar acontecimientos, y se volvió a acostar, esperando la llegada de su amigo. Quizá fuera la charla con el farmacéutico, o el recuerdo de su padre lo que le infundió aquella animosidad; fuera lo que fuera él se sentía bien.

Miró el reloj: «Ya falta poco». Abrió un cajón de su armario y sacó un álbum de fotos. Él de pequeño, luego un poco mayor, de jovencito, y posteriormente universitario... siempre con su padre al lado. Algunas con su madre, muy pocas. Luego en las que estaba con Candelaria y Ramiro... «¡Aquel maldito verano...!»

Cerró el álbum y cerró los ojos. Cuando parecía que el sueño le vencía, le sobresaltaron unas palabras muy alteradas de su madre que discutía con alguien; aunque no podía discernir lo que se decían, se impacientó. No era normal escuchar a su madre tan alterada.

Mientras tanto Ramiro, que ya estaba finalizando sus vacaciones, rompiendo su costumbre, hizo una llamada a la clínica. Se puso una enfermera que trabajaba con él.

—Hola, Naty. ¿Hay alguna novedad?

—¿Qué tal le va? —y siguió sin esperar respuesta—. No. Lo de siempre. Unos que se han ido, otros que se van ya, y otros que se irán en breve...

Naty era una de esas personas que no tienen grandes sufrimientos ni grandes alegrías. «Las que viven a medio camino entre la risa y el llanto», como decía Ramiro. Por eso, el puesto que ocupaba, no afectaba en absoluto a su estado de ánimo ni a su escasa sensibilidad. Los enfermos terminales eran para ella cadáveres en potencia y por esta razón no intimaba con ninguno ni se interesaba por unas vidas que estaban, desde el momento que entraban allí, condenadas a finalizar en breve. Su misión se reducía a atenderlos con solicitud, darles la medicación y asearlos; pero su parte emocional quedaba siempre al margen; cuando uno moría, preparaba con frialdad la cama para el siguiente.

Ramiro era todo lo contrario; su interés por esos desgraciados era superior al que tendría si estuvieran llenos de salud; hablaba con ellos hasta que le quedaba la boca seca para distraerlos un poco y allanarles el inexorable y triste camino que tenían por delante. Cuando alguien moría, los días siguientes se sentía inquieto y triste, hasta que llegaba un nuevo caso y requería toda su atención.

—¿Siguen ahí Rodolfo, Marta y Eloisa?

—Marta murió a los dos días de marchar usted. Eloisa está bastante mal y Rodolfo más o menos como lo dejó. Está contando los días que faltan para verle.

Rodolfo era un niño de nueve años, hijo de padres drogadictos, que había nacido con SIDA. Vivía en una casa de acogida hasta que la enfermedad llegó a extrema gravedad. Hacía seis meses que lo habían internado en la clínica y Ramiro le tomó un gran afecto. Muchas noches se había quedado a su lado, contándole cuentos, hasta que se dormía. Rodolfo tenía una ilusión: hacer la Primera Comunión. Ramiro le había prometido que la haría a la vuelta de sus vacaciones y que le llevaría el misal y el rosario que llevó él en la suya.

Por eso, cuando Naty le dijo que Rodolfo le estaba esperando, ya no tuvo duda de que tenía que marchar en la fecha prevista y cumplir su promesa.

Lo primero que hizo Ramiro fue buscar el rosario y el misal de su Primera Comunión, que su madre habría guardado en alguna parte. Después de revisar varios cajones sin éxito, pensó en el desván.

Desde que llegó no había visitado esta parte de la casa, pues la recordaba como un lugar lleno de trastos inútiles, polvo y desorden, que nunca le agradó. De pequeño hasta le daba miedo subir allí.

Cuando entró, no se veía nada; un pequeño ventanuco que se abría hacia el tejado, era su único punto de luz; lo abrió y, después de apartar varias telarañas, recorrió con la vista los innumerables trastos que se amontonaban en la pequeña estancia: su bicicleta, unos guantes de jardinero, una cama vieja, un colchón apolillado, aperos de jardinería, un palanganero, varios botijos desportillados... Sus ojos se fijaron en un antiguo baúl que, tapado con una vieja y raída manta, estaba situado en un ángulo oscuro, algo apartado de todo aquel caos de trastos. Apartó la manta y esperó a que se disipara la nube de polvo; lo abrió y empezó a buscar en su interior, del que salió un fuerte olor a naftalina. Era el sitio más lógico para encontrar lo que buscaba. Había varias telas, una blusa de seda, una falda de terciopelo, un traje de asturiana que su madre se ponía el día de la fiesta, puntillas de ganchillo, un abanico y..., metida en un saquito de raso, ¡una polvera de nácar! Le pareció raro el hallazgo, puesto que su madre no se maquillaba nunca y sonrió pensando que también tenía derecho a ser una mujer presumida. Más abajo, casi en el fondo, tocó algo duro y reconoció al tacto su misal. Estaba envuelto en un pañuelo y junto a él estaba el rosario. Los acarició con cariño; fueron regalos de don Santiago al igual que el traje de comunión.

Cuando ya iba a cerrar el baúl, se fijó en un envoltorio, de forma rectangular, metido en una bolsa de tela. Era duro, lo sacó para llevarlo a la luz y ver lo que contenía. Era un precioso estuche de terciopelo rojo. Lo abrió, y dentro apareció un valioso collar de perlas. La sorpresa de Ramiro le hizo sentarse en el suelo a pesar de estar muy sucio. «¿De donde ha salido este collar...?»

Con los regalos para Rodolfo y el misterioso estuche rojo, bajó al saloncito para volver a ver el collar. Ninguna factura lo acompañaba por lo que dedujo que sería un regalo, pero... «¿De quién y para quien?». Su padre nunca habría hecho un regalo tan caro y él nunca vio a su madre con el collar. «¿Es que ha estado siempre en el fondo del baúl?». Un montón de ideas disparatadas acudían

a su mente pero estaba seguro de la honestidad de su madre. Ella y su recta moral... «¿Cómo soy capaz de pensar en algo así...? Estoy seguro de que nunca ha habido más hombre para ella que mi padre.»

Ramiro no entendía mucho de perlas pero, las del collar, eran, sin duda, australianas. Y el cierre de brillantes; en esto no tenía ninguna duda. Parecía que aquel collar le había hipnotizado hasta el punto de olvidarse de Álvaro y del pequeño Rodolfo que esperaba su regreso con ilusión. No dejaba de mirarlo y pensar en la personalidad de su madre: siempre tan sumisa, tan decente, tan sincera; ella no podía ser la dueña de aquella joya. «Aquí hay algo que yo no sé, pero quizá lo sepa Dolores. Ella y mi madre siempre se han hecho confidencias».

Llamó a Álvaro para preguntarle qué tal se encontraba y para decirle que iría más tarde. Envolvió de nuevo el estuche como estaba y sin dudarle se encaminó a casa de Dolores. Estaba en el jardín, cortando unas rosas. A Dolores siempre le gustaba tener flores en el jarrón de la entrada que sabía confeccionar con arte: unos helechos para darle volumen, unas varas de nardos para terminar el conjunto con rosas y claveles.

Cuando vio a Ramiro lo recibió con una amplia sonrisa:

—¡Qué alegría! ¿Te quedas a almorzar?

—En realidad solo venía para preguntarte una cosa. Luego tengo que ir a ver qué tal sigue Álvaro; me está esperando.

Mientras hablaban, Dolores metió las rosas cortadas en el cestillo y entraron en la casa. Estaban los postigos medio cerrados y el interior se mantenía muy fresco; olía a limpieza. Dolores abrió un poco la persiana del salón y allí se acomodaron. Reparó en el envoltorio que traía Ramiro en las manos, y su semblante cambió. A Ramiro no se le escapó el pequeño azoramiento de su prima.

—Quiero que seas sincera conmigo; veo que has reparado en esto y me parece que no te va a resultar agradable decirme de dónde lo sacó mi madre.

—No, hijo. No sé lo que es eso —mintió señalando el paquete.

Ramiro comenzó a desenvolver el collar y se lo mostró. Dolores trató de sonreír.

—¿De dónde has sacado esa maravilla?

—Del baúl que hay en la buhardilla. ¿Cómo ha llegado a manos de mi madre?

—¿Qué te hace suponer que es de tu madre?

—Dolores, ¿pero es que soy tonto? Parece que me tratas como si tuviera dos años.

—Y tú, parece que quieres culpar a tu madre de algo. No me gusta tu aptitud ni la forma de interrogar que tienes. Solo te digo una cosa: tu madre te adoraba y dedicó su vida a tu bienestar. Se sentía muy orgullosa de ti. Tú debes hacer lo mismo.

—Te estás adelantando a los acontecimientos. Si no sabes nada sobre este collar, y perdona que lo ponga en duda ya que mi madre y tú os lo contabais todo, ¿por qué te has puesto tan nerviosa? Yo solo quiero que me digas cómo llegó a manos de mi madre un collar tan caro.

Dolores apartó la vista del collar como si le dañara mirarlo. Se levantó inquieta, colocó un tapete de una butaca y volvió a sentarse.

—No tengo la menor idea. ¿Dónde lo encontraste?

—Ya te lo he dicho... Donde mi madre lo escondió: en el baúl del desván.

—Creo que no tienes derecho a juzgar a tu madre, ni a deducir cosas raras por semejante hallazgo. Si se lo regaló tu padre en alguna ocasión, sería porque se lo merecía, y...

—No, Dolores —atajó Ramiro bastante molesto—. Con toda seguridad que no es un regalo de mi padre. Y, lo que más me extraña es que nunca se lo vi puesto. Aquí hay algo que, aún sabiéndolo, tú me ocultas y eso da más intriga a mis preguntas sin respuesta.

—Ella no era presumida; quizás por eso no se lo puso nunca.

—¿Pero tú sabes lo que valen unas perlas tan buenas? ¡Cómo quieres hacerme creer que se compra esto —Ramiro sacudió el collar en el aire—, para meterlo en un viejo baúl, arrinconado en el desván de nuestra casa! Además, también había una polvera de nácar; me figuro que en alguna ocasión sí ha sido presumida... ¿O no?

Dolores no quiso contestar; estaba muy nerviosa. Ramiro la miró fijamente con rabia. Guardó el collar, envolvió el estuche y se levantó para marchar.

—Volveré aquí cuando tengas algo que decirme. Mientras tanto no me volverás a ver.

—¡Por favor!, Ramiro. No seas injusto conmigo. Tu madre está muerta. A ella corresponde darte explicaciones pero, por desgracia, no puede. No me hagas cargar a mí con lo que no me corresponde.

Ramiro salió sumamente enfadado, sin despedirse de Dolores. Tropezó con Marcelo que llegaba en aquel momento.

—¿Qué pasa aquí?

—Que te lo cuente tu mujer.

Cuando la puerta se cerró tras él con brusquedad, Dolores se puso las manos en la cara y rompió a llorar. Había sido demasiada tensión para una persona que, como ella, llevaba una vida serena, sin sobresaltos. Cuando se calmó un poco le explicó a su marido la discusión y el hallazgo del collar.

—Creo que tenías que habérselo dicho —fue la contestación de Marcelo—. Está en su derecho.

—Le prometí a mi prima que nunca lo contaría a nadie.

Cuando Ramiro llegó a la Casona del Indiano, era la hora del almuerzo. Pensaba estar el tiempo justo para saludar a Álvaro, ver cómo se encontraba y marchar de nuevo poniendo una disculpa. No deseaba hablar con nadie; necesitaba estar solo. Almorzaría, a base de pescado y marisco en El Puerto y tomaría una botella entera de vino. Luego una buena siesta. En breve se marcharía de allí y... «¿Quién sabe cuando volveré de nuevo?»

Álvaro le esperaba con impaciencia.

—¡Por fin! Se me ha hecho el tiempo eterno —dijo en cuanto le vio entrar, dedicándole una amplia sonrisa—. He mandado cocinar el plato que más te gustaba... ¿Recuerdas?

A Ramiro le costó trabajo disimular optimismo; estaba realmente lleno de fantasmas; fantasmas que le llevaban a sospechar un comportamiento de su madre que nunca pudo imaginar en ella. Pero estaba acostumbrado a reaccionar ante los enfermos siempre de forma positiva y, con su amigo, no sería diferente.

—Vengo a ver cómo te sientes y a auscultarte. Luego, sintiéndolo mucho, no me puedo quedar a almorzar —al ver la cara de desilusión de Álvaro, siguió—. Pero vendré a cenar contigo, ¿de acuerdo?

—Si no hay otro remedio. O sea que vienes a hacer la «visita del médico»

—Eso es. Y espero que hayas sido buen chico y estés mejor, porque si no...

Se sentó al borde de la cama y, después de ponerle el termómetro, le auscultó. La fiebre había bajado y el desagradable silbido de sus pulmones había cedido un poco.

—Bueno. Esto va mejor. Si todo sigue así mañana dejaré que te levantes y des un paseo por el jardín.

—Pero contigo



—Por supuesto. Mañana vendré temprano y estaremos todo el día juntos.

—¿Prometido?

—Prometido.

Ramiro salió de La Casona sin ver a doña Clotilde ni preguntar por ella. Era la persona que menos deseaba ver nunca, mucho menos ahora, con todo lo que tenía encima después del hallazgo del misterioso collar. Su madre la había criticado muchas veces de no atender a su marido y, hasta dio a entender que su comportamiento, en cuanto a moral, dejaba mucho que desear. ¿Había sido el comportamiento de su madre tan intachable como él pensó siempre? ¿Tenía derecho a censurar a otras mujeres como lo hacía?

Se encaminó al restaurante y llevó a cabo su proyecto. Mientras le preparaban la comida, tomó en la barra una sidra, escanciada por él mismo, con una tapita de cecina. Luego se sentó a la mesa y comió con apetito. Los disgustos siempre le daban hambre y, tanto la merluza, como el marisco, estaban deliciosos y muy frescos. Cuando se levantó para salir notó, por un leve mareo, que había bebido en exceso, pero también se dio cuenta de que ya no le daba tanta importancia al collar. «A mí qué me importa de donde vino este collar», dijo a media voz con la lengua estropajosa.

Durmió toda la noche sumamente inquieto. No solía beber en demasía y le había sentado mal la mezcla de sidra y vino. En sus sucesivas pesadillas aparecían tan pronto sus padres, como Álvaro, como Rodolfo, como el desván con sus múltiples trastos. Se despertó a las siete de la mañana empapado de sudor. Trató de seguir durmiendo pero no le fue posible. Se levantó, se duchó y salió al jardín. Hacía una bonita mañana; a esa hora olía a rocío y la humedad que venía del mar llenaba el ambiente de olor a salitre; el sol luchaba por salir pero, desde el mar, se acercaban unas nubes que amenazaban lluvia. «No le gustará a Álvaro»

Al pensar en su amigo, recordó su promesa de pasar todo el día con él. También pensó en Dolores y sabía el disgusto que le había dado marchando sin darle el beso de despedida. «Tengo que hablar con ella antes de ir a La Casona. No tengo derecho a comportarme como lo he hecho; si está encubriendo alguna falta de mi madre, seguro que lo hace por mí. Después de todo ha pasado ya demasiado tiempo; es mejor dejarlo todo en el olvido».

El estuche con el collar, había permanecido toda la noche sobre la mesilla de noche. Al verlo por la mañana, su primer pensamiento fue guardarlo en el baúl donde lo dejó su madre, pero sabía que si subía al desván de nuevo, no podría resistir la tentación de seguir buscando, y no quería hacerlo. Desde que él vino al mundo, su madre se había comportado como una santa. Como bien decía Dolores, siempre estuvo pendiente de él y fue un niño lleno de amor materno. No tenía derecho a rebuscar en su pasado.

Lo dejó por tanto donde estaba y salió en dirección al faro para ver a sus primos. El aire le daba en la cara y notó una considerable bajada de temperatura con relación al día anterior. Se empezaba a notar que agosto tocaba a su fin. Pronto llegarían las primeras lluvias y con ellas la humedad y más tarde el frío, que tanto temía Álvaro.

Cuando llegó a casa de Dolores y Marcelo los encontró desayunando. Dolores acudió a su encuentro y le abrazó con lágrimas.

—Te quiero mucho, hijo. No quiero por nada del mundo que te enfades conmigo.

—Perdona. Ayer tuve un día pésimo y has pagado tú por lo que no has hecho. Te ruego que me perdones. Soy un bruto.

—¿Has desayunado? —para la buena de Dolores todas las ofensas estaban saldadas con ver a Ramiro de nuevo en su casa. No había podido dormir en toda la noche y al ver a Ramiro se le iluminó el semblante.

—No. ¿Por qué crees que vengo a pedir perdón, si no es por desayunar?

Marcelo se rió y Ramiro se sentó a la mesa sin esperar a que se lo indicaran.

—¿Te quedas también a almorzar?

—No puedo. He de ir con Álvaro; se lo prometí ayer.

—Pues ven mañana. Ya quedan pocos días.

—Si puedo vendré. Ya os lo diré.

El desayuno transcurrió sin que se hiciera mención al tema del collar, cosa que agradeció Dolores.

Eran las diez y media cuando Ramiro se encaminaba a La Casona del Indiano. Subió la Cuesta de la Fuente, despacio, deleitándose en el brumoso paisaje. Al contrario que a Álvaro, a Ramiro estos días de niebla o lluvia le agradaban. Notaba la humedad en las manos y el pelo se le llenaba de pequeñas gotas de agua.

Al llegar, le extrañó ver la verja de La Casona abierta. Delante de la escalinata principal había un coche parado. «Tienen visita», pensó.

Recorrió despacio el sendero de acceso a la entrada, mirando con pena las plantas que crecían sin orden a ambos lados y recordando las hermosas flores que lucían cuando su padre las cuidaba; en los días de lluvia, los colores se iluminaban y las pequeñas gotas de agua que se iban depositando

sobre ellas les daban un toque mágico; el olor a humedad, tan cotidiano en Asturias, alteraba el ritmo cardíaco de Ramiro y su estado anímico se colmaba de emoción.

Cuando se disponía a llamar al timbre de la puerta, escuchó unas voces destempladas que, desde el interior se iban acercando a la puerta. Sin duda doña Clotilde discutía acaloradamente con un hombre, aunque Ramiro no reconoció quien era, hasta que la puerta se abrió con brusquedad.

—¿Y tú qué haces aquí? —la destemplanza de doña Clotilde, encarándose a Ramiro, demostró una vez más su desprecio.

—Iba a llamar a la puerta. He prometido ayer a Álvaro dedicarle todo el día.

El otro personaje era don Carlos, el administrador de la familia Romeral durante tres generaciones. Anciano de 80 años que seguía administrando los bienes de La Casona ayudado por un nieto que acababa de terminar los estudios de Comercio. Bondadoso y honesto, atendió los intereses de los Romeral durante todo el tiempo que estuvieron ausentes y había venido a rendir cuentas.

—Hola Ramiro, ¿cómo te va?

—Don Carlos, ¡cuánto tiempo!

Don Carlos era muy querido en la casa y en el pueblo. Su espíritu de entrega a todo el mundo que lo necesitara, le había hecho merecedor del respeto de todos; de todos, hasta de doña Clotilde. De ahí la extrañeza de Ramiro al verla tan alterada con el administrador.

Ramiro estrechó la mano de aquel anciano con verdadero cariño. Desde que murió don Santiago, él fue el encargado de cumplir sus órdenes pagando la carrera de medicina y no consintió que doña Clotilde interviniera y revocara la orden de su marido como era su deseo.

Don Carlos empezó a bajar la escalinata y, a la mitad, se volvió gritando a doña Clotilde que ya hacía rato había dado la espalda a los dos:

—Y ya lo sabes, Clotilde. O se lo dices tú o se lo digo yo. No me importará romper una promesa.

Se quedó mirando a Ramiro y le dijo adiós con la mano, antes de entrar en su coche y alejarse.

Ramiro quedó con la extraña sensación de que, don Carlos, tenía el deseo de que él escuchara sus últimas palabras.

Se dirigió directamente a la habitación de su amigo. Parecía que tenía mejor color y esto le animó.

—¿Cómo te encuentras?

—Desde que me has mandado las inyecciones he tomado la determinación de ponerme bueno para no quedar como un colador.

Tenía buen humor y unas ganas tremendas de salir de la cama. Miró a Ramiro mientras abría su maletín y acercaba una silla a la cama. Luego le auscultó.

—¿Qué tal está hoy la música?

—Mucho mejor que ayer. Mañana ya te podrás levantar.

—Esperaba que me dieras el alta hoy.

—El tiempo está cambiando. Hoy hay una niebla que trae mucha humedad. Ya sabes que estos días no te sientan nada bien. Por la tarde quizá te deje levantarte un poco.

—Pues te lo agradezco porque estoy cansado de cama. ¿Crees que lloverá?

—En realidad está llovisnando un poco. Mira mi pelo.

Se agachó para mostrarle el pelo húmedo y Álvaro le pasó la mano por él.

—¡Qué pena que se terminen tus vacaciones! He llegado demasiado tarde.

—Ya te he dicho que, mientras estés aquí, vendré todos los fines de semana.

—Eso me tranquiliza. Aunque no creo que estemos mucho tiempo en La Casona con mal tiempo. Ya sabes que a mi madre no le gusta este clima y a mis bronquios le sienta fatal.

Álvaro se quedó un momento callado, escuchando a su madre que reprendía a una de las muchachas del pueblo que había sido contratada para la limpieza.

—Y si no sabes limpiar, que es para lo único que te han preparado —decía con gran acritud—, ¿me puedes decir para qué demonios sirves?

—Mi madre está muy alterada últimamente. Vino aquí en contra de su voluntad y no está a gusto. Si el tiempo empeora no podré retenerla mucho más. Un poco antes de venir tú, la oí discutir con don Carlos. Una persona tan buena y tan honrada, que siempre gozó del cariño de los Romeral y que, a pesar de su edad, sigue atendiendo nuestras cosas; y mi madre le chilla. No me lo puedo explicar.

—Todos tenemos días malos.

—Pero ella está demasiado alterada. Antes nunca perdía la compostura pero ahora. ¿Qué te parece si te digo que no ha ido un solo día a ponerle unas flores a mi padre?

—Bueno; eso no quiere decir nada. Hay mucha gente que no quiere ir al cementerio.

—Pero ella iba antes todas las semanas. Luego dejó de ir sin saber por qué.

—Quizá pensó que era mejor así para no recordar su muerte.

El día empeoró notablemente y Ramiro no salió de la habitación de su amigo. Volvieron sus muchos recuerdos de niños a flotar en la alcoba del enfermo y el tiempo pasó rápido; miraron las fotos que Álvaro amontonaba en una caja de cartón y sacó un tirachinas que guardaba en su mesilla de noche, recordando lo diestros que eran en su manejo.

La sombra del collar de perlas quedó olvidado durante todo el día. Estaba con su amigo. El amigo que adquirió gracias a la intervención de su madre. Porque a su madre le daba pena que el «niño de los señores» no tuviera con quien jugar. Sí. Su madre era una extraordinaria mujer con un gran corazón; nadie, ni siquiera su hijo, tenía derecho a indagar en su vida pasada.

A la hora del almuerzo, Ramiro no quiso bajar al comedor. Allí tendría que almorzar con doña Clotilde y no le apetecía tenerla delante. Por lo tanto lo hizo al lado de Álvaro, en la habitación. Sobre la mesa camilla puso la doncella el servicio y allí se sentaron los dos amigos apurando, entre plato y plato, las primeras horas de una tarde desapacible.

Mientras almorzaban, la lluvia arreció. Álvaro miró con ojos tristes las gotas de agua que resbalaban a lo largo de los cristales de la ventana.

—¿Qué piensas? —preguntó Ramiro—. Mañana quizá cambie el tiempo y podremos salir al jardín.

—Tu sabes que para mí, esté como esté el tiempo, hay pocas cosas que me hagan sentir feliz. He nacido con la estrella cambiada y estoy condenado, desde que salí del vientre de mi madre, a una muerte prematura después de una vida insípida, sin ilusiones, sin grandes alegrías. Cada vez que me veo postrado en cama, que por desgracia es bastante a menudo, hago repaso de mi vida y no encuentro nada; tengo las manos vacías.

—No digas eso. No ofendas a Dios. Tienes una casa de ensueño, una posición económica inmejorable, vive tu madre y conservas el recuerdo de un padre excepcional —se quedó pensando un momento, reparando en lo triste que debe ser estar siempre enfermo, y cambió el tono de voz para continuar sonriente—. Además tienes la gran suerte de haber conseguido tus deseos de vivir en un lugar cálido.

—Sí. Por ahí se cumplieron nuestros deseos: yo veo mariposas en diciembre y tú eres médico.

—Gracias a tu padre.

—Y a ti; fuiste un gran estudiante. Mi padre nunca te habría pagado la carrera si tú no respondieras con notas excelentes. Recuerdo la envidia que me dabas; yo siempre fui un mal estudiante.

Después del almuerzo, Álvaro se quedó levantado. Hacia las cinco vino Darío el farmacéutico a ponerle la inyección.

—¡Hola! Hoy estás muy bien acompañado.

—Ya lo creo. ¿Sabías que Ramiro es, ha sido y será mi mejor amigo?

—Sí. Él me lo ha contado. Entonces su visita te habrá mejorado, ¿no?

—Pues no, porque dentro de poco me dejará para marchar a Madrid.

Darío miró a Ramiro que permanecía callado.

—¿Te marchas ya?

—Sí, el miércoles. Mis enfermos me reclaman.

—Yo también soy un enfermo tuyo —dijo Álvaro con el ceño fruncido

—Estás en buenas manos, Zacarías, y Darío te cuidarán bien.

Darío arrimó una silla y se sentó a charlar con ellos, hasta que sonó el móvil. Alguien reclamaba su presencia.

—Lo siento pero os tengo que dejar. El deber me llama —ya de pie y cerca de la puerta se volvió dirigiéndose a los dos—. Antes de que te marches, me gustaría que vinierais a mi casa a almorzar; mi mujer es una buena cocinera.

—Muchas gracias —contestó Álvaro— yo no sé si podré.

—Te lo agradezco, trataré de ir; no sé si a almorzar porque estoy algo justo de tiempo, pero sí a saludar a tu mujer.

Desde la puerta les hizo un saludo militar y salió. De nuevo solos, siguieron recordando trastadas de niños:

— ¿Te acuerdas cuando dejamos el piso rayado arrastrando las mecedoras?

—Casi le da un ataque a Florinda que le fue enseguida con el cuento a mi madre.

—La verdad que lo acababa de encerar y se lo dejamos como para volver a empezar el trabajo.

—Mi madre nos castigó sin merienda y nos escapamos a casa de Dolores. ¡Qué merienda nos dio!

—Jamón, chorizo, un huevo frito y pan del que ella hacía con corteza de dos dedos. Luego no queríamos cenar y tu madre pensó que era por el disgusto de habernos portado mal.

—Sí. Pero se lo dijimos a papá y se reía a carcajadas. Siempre se reía con nosotros, ¿verdad?

—Tenía un corazón de oro. Fui al cementerio a mi llegada y quiero volver mañana, antes de partir.

—Déjale unas flores de mi parte. Cuando esté bien iré un día.

Se habían puesto serios y Ramiro no quería que decayera el buen humor.

— ¿Sabes qué he recordado varias veces? —comentó Ramiro, sonriendo—. Cuando encontramos en la buhardilla un nido de ratas, con diez crías y las metimos en una caja de cartón para darles leche y verlas crecer.

—Es verdad. ¡Qué grito dio Gloria porque las escondimos debajo de mi cama y las encontró al limpiar!

—El castigo esta vez consistió en no dejarnos salir al jardín y nos dedicamos a jugar al escondite por toda la casa.

—La verdad que lo pasábamos muy divertido. La niñez no debía de pasar nunca.

—Yo pienso que es mejor quemar etapas. En todas encuentras algo digno de ser recordado.

El día había pasado rápido y una fugaz y oscura tarde dio paso a la noche. La lluvia siguió insistiendo hasta convertirse en chaparrón. Se escuchó dar las ocho al reloj de pared de la sala contigua. El reloj que llenó de admiración a Ramiro cuando entró en La Casona por primera vez; aquel brillante péndulo, que se movía pendiendo del infinito y haciendo «tic, tac, tic, tac» y las profundas y melodiosas campanadas que retumbaban en la sala.

Fuera, solo se oía el viento silbar y todo recordaba un día otoñal, frío y húmedo.

—Me gustaría que te quedaras en casa a dormir. Mira como llueve —fue la propuesta, casi una súplica, de Álvaro.

—No puedo. Mañana tengo un día muy ocupado ultimando cosas. Vendré por la tarde a verte. Además no me necesitas. Se puede decir que estás bien del todo.

—Pero puedes dormir y marchar en cuanto te levantes —insistió.

Ramiro se acercó a su amigo y le dio dos palmaditas cariñosas en la espalda.

—Volveré mañana en cuanto pueda. Que tengas felices sueños.

—Gracias Ramiro... Por todo. Muchas gracias.

—Lo mismo digo. He pasado un día feliz.

Cuando Ramiro llegó a su casa, encontró el estuche del collar sobre la mesilla donde lo había dejado y volvió a su mente la intriga de cómo llegó a su casa aquella joya. Después de la charla con Álvaro, recordando anécdotas de la niñez, y su felicidad de entonces, cuando era un muchachito dependiente solamente del amor de su madre, creía que lo del collar tendría menos importancia de la que le había dado cuando lo encontró. Pero, al volver a la soledad de su hogar, sin nadie con quien hablar para distraer la mente, volvieron los fantasmas que le hacían ver en su madre un pasado borrascoso.

Desde que alcanzaba su memoria, fue una mujer entregada a su familia; nunca vio muy unidos a sus padres pero tampoco nunca los vio discutir más que por pequeñas cosas. Podríamos decir que se habían acoplado con una mezcla, a partes iguales, de amor e indiferencia. Formaban un matrimonio rutinario, sin más aliciente que el trabajo de cada día, comer y dormir.

El pensamiento con que se durmió Ramiro aquella noche fue el de subir de nuevo al desván por la mañana y seguir rebuscando hasta llegar al fondo del baúl. «Quizá haya más cosas».

Tuvo un sueño agitado donde se entremezclaron, en confusas pesadillas, doña Clotilde con los ojos dilatados por el odio, su madre luciendo el collar de perlas muy sonriente, Rodolfo, el niño enfermo vestido con traje de marinerito, don Santiago muy serio reprochándole algo y Álvaro, con el rostro amarillo y ojeras moradas, que jugaba con unos ratones muertos. Se despertó sobresaltado creyendo oír unos golpes en la puerta:

—¿Quién es? —preguntó nervioso, sentándose en la cama.

Nadie contestó. Estaba sudando. Miró el reloj: las cuatro de la madrugada. En la calle, ni un ruido humano, solamente el repiqueteo de la lluvia contra el pavimento. Se volvió a tumbar aunque sabía



que ya no podría dormir. Hacía mucho tiempo que no usaba la grabadora y le pareció un buen momento para hacerlo.

«He estado todo el día en La Casona del Indiano acompañando a Álvaro. Ha sido un día feliz porque dimos un repaso a nuestra infancia, con anécdotas simpáticas y pequeñas travesuras propias de esa edad. Me vino muy bien esta distracción para no pensar en ti, madre. Porque te quiero contar que encontré el collar que con tanto celo ocultaste en el baúl del desván, donde quizá no pensabas que apareciera nunca. Este hallazgo me ha llenado de dudas, madre; las dudas de un hombre harto de ver y sufrir comportamientos infieles en mujeres de todo tipo. Pero no quiero pensar nada indigno de ti. Por eso te pido que me hagas ver la verdad; que disipes, si puedes, las dudas que me asaltan desde que lo encontré. Hablé con Dolores, hasta me enfadé con ella; estoy seguro que sabe de tu vida mucho más que yo, pero ha preferido callar. Esto aumenta mis sospechas de que ha habido algo que debo ignorar. Dentro de unos días me marcharé de nuevo. Salvo este incidente, que ha amargado las últimas horas de mi estancia en el pueblo, puedo considerar este verano como muy feliz. He vuelto a estar en contacto con Álvaro y volveré los fines de semana para ver cómo sigue. Ahora intentaré dormir otro poco. Madre, sea lo que sea, házmelo saber; sabré perdonar».

Apagó la grabadora y se tumbó de nuevo, tapándose los ojos con el brazo. La lluvia seguía cayendo fuera, estrellándose contra los cristales de la ventana.

Desde la aparición del collar, en su cabeza giraba como un tiovivo, un nombre: Tomás Vega. Él llegó al pueblo un día lluvioso, desapacible y frío del mes de octubre, después de haber vivido en Venezuela siete años. Había partido pobre y volvía cargado de dinero de procedencia ilícita, según se comentaba en el pueblo. Se trajo un descapotable rojo con el que recorría el pueblo causando la admiración de los niños que, como Ramiro, no conocían su vida anterior. No era el caso de las personas que lo conocían bien y recordaban perfectamente el rastro de amargura que dejó en varios hogares.

Ramiro tenía entonces cinco años y recordaba el impacto que le causó aquel personaje. Quizá fuera por el reloj de oro, por sus trajes tan elegantes o porque siempre fue muy cariñoso con él. Cuando lo encontraba por la calle le daba golosinas o dinero. Un día enseñó a su madre las monedas que le había regalado Tomás «el venezolano» y su madre se puso furiosa.

—Que no me vuelva a enterar yo que admities dinero de nadie y menos de semejante sinvergüenza.

Le pidió el dinero que le había dado y le llevó casi a rastras a casa de Tomás. Ramiro no comprendía aquel enfado de su madre.

—No te consiento que quieras comprar el afecto de mi hijo dándole dinero. Sé que no sabes hacerlo de otra forma, pero él no necesita ni tu cariño ni tu dinero.

Y diciendo esto le tiró a la cara las monedas. Ramiro se quedó helado. El enfado le duró a Matilde todo el tiempo que duró la estancia de Tomás en el pueblo. Un buen día desapareció conducido por unos policías y se hicieron toda clase de conjeturas sobre su vida en el extranjero. Alguien dijo que se había apropiado de la fortuna de una viuda rica con quien convivió; que se había quedado con sus joyas y que había sido denunciado por los hijos de ella. Otros aseguraban que se había metido en el comercio de la droga.

El caso es que a Tomás nunca más se le vio por el pueblo. Ramiro trataba de encontrar cierta relación entre el collar de perlas y las joyas robadas a la viuda pero, por otra parte, ¿cómo iba a admitir su madre un regalo así? Ella, estaba claro, odiaba a este personaje. Pasaron muchos años antes de que Ramiro supiera las razones que tenía Matilde para odiar a Tomás Vega. Se enteró poco antes de que muriera; fue ella misma quien se lo confesó.

—Por si algún día volviera por el pueblo —dijo tomando las manos de su hijo entre las suyas—, quiero que sepas que fue mi primer novio, se portó muy mal conmigo haciéndome sufrir, dejó embarazada a Jacinta y fue el causante de que el matrimonio de los molineros se separara. No me gustaría que nunca se acercara a ti; es una persona que todo lo que toca lo destruye. Por suerte no me casé con él. Nuestro noviazgo se rompió en cuanto tuve noticias del embarazo de Jacinta. Hubiera sido muy desgraciada a su lado.

Jacinta tenía dos hermanos que juraron matarle si no se hacía cargo del niño que venía en camino y él, para no tener que casarse con Jacinta, se marchó una noche a Venezuela, huyendo como un cobarde sin decir a nadie donde iba.

Jacinta dio a luz un precioso niño y tomó la determinación de dedicar su vida a sacarlo adelante sin más ayuda que su trabajo.

Cuando Tomás volvió rico, encontró a la que había sido su novia casada y a Jacinta que le prohibió acercarse a su hijo. Dos mujeres cargadas de odio hacia el hombre que les había hecho tanto daño. Ahí quedó todo... hasta ahora. La aparición del collar traía dudas, especulación y sospechas.

A las seis de la mañana Ramiro se despertó, se levantó y lo primero que hizo fue subir al desván. Abrió el baúl y empezó a vaciar todo su contenido. Una carpeta con documentos fue lo que llamó su atención. Escrituras de la compra de un terrenito en el Prado Bajo; la venta del mismo terrenito dos años después. Los pagos de la reforma de la casa. Los recibos del banco donde Matilde recibía el pago mensual del administrador de La Casona del Indiano. Algunas cartas del administrador con alguna notificación sobre estos pagos. Cartas de pésame cuando murió Juan... A Ramiro le llamó la atención una con el escudo de los Romeral. Era de don Santiago. Conocía muy bien su letra por las muchas cartas que recibía de él mientras cursaba estudios de medicina en Madrid.

«Querida Matilde: Mucho hemos sentido, tanto Clotilde como yo, la inesperada y trágica muerte de tu marido. En estos momentos tan penosos para ti, me gustaría encontrar las palabras oportunas que llevaran algo de consuelo a tanta tristeza. Sé que el tiempo lo cura todo y tú siempre has sido una

mujer fuerte. Me tienes a tu entera disposición para cuanto necesites de mí. No dudes en pedirme lo que necesites y, en cuanto a la parte económica, seguiré enviándote el sueldo de Juan. Recibe el cariño de esta familia que te acompaña en tu dolor y ruega a Dios para que pronto vuelvas a ver la luz del sol. El pequeño Ramiro hará la carrera de medicina que parece es su máxima ilusión. Este es también mi deseo. Nuestro cariño y nuestro apoyo lo tendrás siempre. No lo olvides».

En un primer momento, la carta le pareció a Ramiro demasiado protocolaria para ser de don Santiago. Sin embargo, al releerla, la encontró muy protectora. Recordó las facciones de don Santiago y le resultó curioso que las viera más nítidas que las de su propio padre. Guardó la carta en el sobre y la devolvió a la carpeta. Luego miró una serie de postales: una era de Dolores que escribía desde San Sebastián, durante un viaje de seis días que hizo con la parroquia, en la que también firmaba Marcelo. Otra de su amiga Lolita desde Gijón. Una muy curiosa de su padre: sobre un corazón sangrante las iniciales M y J. Por detrás se leía: «Mis felicitaciones y agradecimiento por tan espléndido regalo». Al ver la fecha, Ramiro sonrió: «El regalo era yo, sin duda».

Todo lo que había en la carpeta eran misivas familiares, postales de amistades y recibos varios. También estaba el Libro de Familia que Ramiro ojeó sin demasiado interés. Sin embargo, cuando lo iba a guardar de nuevo, algo llamó su atención. Era cuestión de fechas. Él había nacido, según el libro, seis meses después de la fecha de casamiento de sus padres. Fue algo que nunca pudo sospechar. «¡Mi madre se casó embarazada!». Volvió a repasar las fechas. No había la menor duda. «¿Cómo es que nunca lo supe?»

Estaba sentado en el suelo, con el libro sobre las rodillas y no acababa de creer lo que había descubierto. Nunca nadie le habló del asunto, y las dudas acudieron en tropel. » ¿Se habrían casado sus padres si no fuera por mi nacimiento? ¿Estaban realmente enamorados o fue un matrimonio forzado por mi llegada? ¿Mi padre me quiso realmente o fui un altercado que cambió sus planes de futuro?

Recordaba la cantidad de veces que le oyó decir a su padre «Yo nunca quise quedarme en este pueblo para siempre. Quería vivir en una capital grande, pero...».

Ese «pero» que nunca supuso nada para Ramiro, ahora se le antojaba que se trataba de él; un «pero» que vino de improviso para desbaratar sus planes.

En el baúl no quedaba nada más. Volvió a meter todo lo que había sacado y se quedó con el Libro de Familia. Fue a casa de Dolores con él.

—Vengo a desayunar con vosotros —dijo con una amplia sonrisa.

— ¡Telepatía! En estos momentos estábamos hablando de ti —Marcelo le hizo pasar a la cocina—. Dolores, mira quien viene.

— ¡Hola, hijo! En estos momentos te estábamos mentando.

Ramiro se sentó en la silla que le señaló Dolores y esperó mientras ella preparaba el plato y la taza que faltaba.

—Mira —dijo mientras le mostraba la fuente—. He hecho freisuelos... ¡Como si adivinara que ibas a venir!

Mientras decía esto no dejaba de mirar el libro que traía Ramiro y que colocó a su lado encima de la mesa. Como Ramiro advirtiera sus miradas quiso tranquilizarla y, mientras ella servía el café, explicó de qué se trataba.

—He visto en el baúl del desván el Libro de Familia de mis padres y me ha extrañado que nunca supiera que yo venía en camino cuando se casaron. Me figuro que no será un secreto para nadie en el pueblo. ¿Cómo es que nunca me enteré?

—En efecto, no es ningún secreto —intervino Marcelo—. En un pueblo pequeño como este todo se sabe. Ni creo que tus padres hicieran nada por ocultarlo. Tu madre se sentía muy feliz de tenerte y aunque no se hubiera casado, nunca hubiera renunciado a la felicidad de ser madre.

—Además, ¿qué importancia tiene que hayas nacido antes o después? —interrogó Dolores que acababa de sentarse a la mesa y estaba pasando el azucarero—. En los tiempos que corren, muchas mujeres se casan embarazadas; incluso muchas parejas deciden vivir juntas sin llegar a casarse.

—Tú Dolores, como siempre, te sales con evasivas. Solamente he dicho que estoy extrañado de haberme enterado después de tantos años.

—¿Algo más o desayunamos ya?

Dolores estaba tan sensibilizada a cualquier comentario del pasado de su prima que a Ramiro le quedaba una desagradable sensación de desaliento. Por eso, después de mirar a Dolores un rato y ver cómo ella esquivaba la mirada, se dirigió a Marcelo.

—Espero que tú, Marcelo, seas un poco más comprensivo conmigo. Desde que abrí el baúl y empecé a encontrar cosas inexplicables e ilógicas, he tropezado con un muro llamado Dolores, que rehúye mis preguntas y hasta parece que las teme. Pero, quisiera haceros comprender que no puedo irme de aquí sin saber algo que siempre he ignorado. Quizás mis dudas sean mucho peores que la realidad. Primero fue un collar de perlas que mi madre ocultaba en el fondo del olvidado baúl...

—Lo guardaba, no lo ocultaba. Supongo —fue la rápida réplica de Dolores.

—Bueno, me da igual. Y ahora con el Libro de Familia me encuentro otra sorpresa. ¿Es que queréis que le pregunte a cualquiera del pueblo para poder enterarme? —los miró a los dos alternativamente. Luego depositó la mirada en Marcelo—. Te ruego Marcelo que me digas algo de la vida de mis padres; mejor dicho, de la de mi madre.

—¿Qué quieres saber? —hizo un preámbulo—. Fueron, como tantos otros, una pareja que se amaba y que, un buen día, perdió la cabeza. Eso no es raro si tienes en cuenta que tu madre no tenía padres, vivía sola y estaba necesitada de cariño. Tu padre lo tuvo fácil. Yo creo que no tienes que darle más vueltas.

—Le doy vueltas por culpa vuestra; tengo el convencimiento de que me ocultáis algo o que tratáis de envolverlo en papel de seda sin daros cuenta que tengo demasiados años para tragarme las verdades a medias. Pero te haré una pregunta muy directa y si tienes intención de decirme una mentira, mejor cállate.

Marcelo y Dolores se miraron inquietos. Mirada que advirtió Ramiro.

—¿Soy hijo de mi padre o de Tomás Vega?

—¡Pero qué dices, muchacho! —se escandalizó Marcelo—. Claro que no eres hijo de Tomás Vega. ¡Pero qué ocurrencia! ¡Si supieras lo mucho que odiaba tu madre a ese personaje!

—No sabes cuanto te agradezco lo que me dices. Llevo unos días que no deja mi cabeza de dar vueltas.

—Ya te lo dijo Dolores el otro día; ahora te lo repito yo: tu madre te adoraba. Eras lo más grande y más importante para ella. Si hubiera cometido algún error, tendría que ser totalmente disculpado por tu parte.

—Sí. Así es. Pero me sigue intrigando el collar que tenía mi madre oculto —al decir esto miró a Dolores que se empezaba a tranquilizar después de las palabras de su marido— en el fondo del baúl. Porque digas lo que digas, mi querida Dolores, hay algún misterio que tarde o temprano averiguaré.

El desayuno terminó y Ramiro se levantó para salir. Antes le pasó el brazo por los hombros a Dolores y le habló con cariño:

—Perdona si soy algo brusco contigo a veces. Mi vida, aunque parezca lo contrario, no es fácil ni agradable. Cuando vuelva a Madrid, me esperarán enfermos que se despiden de este mundo escuchando a personas que les mienten con palabras que no les curan, y reviviendo días pasados a los que se agarran antes de partir. Aquí dejo un amigo que está muy enfermo. Y, por si esto no fuera bastante, me voy con dudas sobre la honestidad de mi madre. ¡Mi madre a la que creía perfecta!

—Y fue perfecta para ti. Ven a cenar.

—No sé si podré. Si pudiera os lo haría saber hacia las cinco.

Ramiro salió de casa de sus primos y se fue directamente al malecón. Necesitaba aire de mar. Había una fuerte resaca y las olas se levantaban transformando sus crestas en una espesa espuma que llegaba hasta él, salpicándolo. Las gaviotas alborotaban, confundiendo su piar con el bronco sonido de las olas al chocar contra los acantilados. En la lejanía, las nubes habían borrado la línea del horizonte y los barcos de pesca no habían salido a faenar. La borrasca se acercaba al pueblo y se presentía otro día de lluvia. Ramiro se hubiera quedado allí horas y horas, contemplando aquella maravilla de la naturaleza. En el puerto, además de innumerables barcas de pescadores, había dos veleros de veraneantes rezagados, cuyo palo mayor se balanceaba al compás del oleaje. También el yate del alcalde estaba en su amarre. Esos días de borrasca, en años pasados, la taberna del pueblo se llenaba de gente. Eran los pescadores al no poder hacer otra cosa para matar el tiempo que tomar unas copas con los amigos y lamentarse de la pérdida del día. Pero ahora, con los avances del progreso, los pescadores tenían muchas formas de matar el tiempo. En todas las casa o en casi todas, había televisión. Disponían además de un centro deportivo con dos piscinas climatizadas, un hogar del pensionista donde se reunían los mayores, varios bares y un teleclub. Un buen abanico de posibilidades para poder olvidar que, en estos días infames, sus sueldos se verían mermados al no tener pescado qué vender.

Ramiro se sentó en un banco contemplando el mar y pensando en el poco tiempo que le quedaba ya y, al mirar hacia un lado, reparó en una mujer que salía de una casa vecina; la vio acercarse a él y, cuando estaba más cerca reconoció a Maribel, la esposa de su amigo Roque.

—¡Hola! ¡Qué sorpresa!

—Hola, Ramiro.

—¿Qué tal estáis?

—Bien y esperando que cumplas tu promesa de venir a almorzar un día a casa.

—Tienes razón. He estado muy ocupado desde que llegó Álvaro. Está algo delicado y fui todos los días a hacerle compañía.

—¿Ya está mejor?

—Sí. Ya está bien pero me queda muy poco tiempo. No sé si podré...

—Poder es querer.

—Quizá pueda o quiera mañana. ¿Os va bien?

—Estupendamente —Maribel se quedó pensativa y añadió—. Sé que Roque y tú sois buenos amigos y hasta pienso que si tú le hablas te hará caso.

—¿A qué te refieres?

—Él te habrá contado que nuestro matrimonio no marcha muy bien y te habrá dicho por qué —se quedó callada esperando el asentimiento de Ramiro, pero él no dijo nada—. Te quisiera pedir un favor —hizo otra pausa y como Ramiro seguía expectante sin pronunciar palabra, continuó—. Que le hablaras; yo le quiero mucho y me gustaría traer a mi hija conmigo. Sé que seríamos muy felices si viniera mi niña porque es un encanto. Sin ella y con nuestros problemas matrimoniales, creo que no aguantaré mucho aquí.

—No te preocupes. Hablaré con él. Mañana voy a almorzar con vosotros. ¿De acuerdo?

—Muchas gracias. Le daré una alegría cuando se lo diga —contestó apretando el brazo de Ramiro con los ojos llenos de lágrimas. Luego, muy despacio, se marchó luchando contra el viento que ondeaba su leve vestido.

Ramiro siguió con la mirada a la mujer de su amigo mientras se alejaba. Tenía andares gráciles y elegantes. «Roque es afortunado», pensó.

La unión entre los dos fue mucho más sencilla de lo que pensó. Aunque Roque se puso algo terco en un principio, se veía con claridad que deseaba admitir a la pequeña Maribel a su lado. Estaban lo suficientemente enamorados para olvidar el pasado y disfrutar un presente que era todo de ellos y para ellos.

Cuando Ramiro dejó la casa de su amigo, tenía la dulce sensación que se siente tras cualquier buena acción. Pero una pregunta le vino a la mente: «¿Por qué yo no lo tendré tan fácil?».

Dolores ultimaba los preparativos de la cena, cuando llegó Marcelo, muerto de frío.

—Hace un día infame. ¿Qué hay de cena?

—¿Tienes apetito?

—Más que apetito..., necesito algo caliente.

—Entonces he acertado —contestó solícita mientras le ayudaba a quitarse el chubasquero.

—¿Sabes si va a venir Ramiro?

—No sé nada de él en todo el día. Me ha dicho Lucas que lo vio entrar en casa de Roque este mediodía.

—Habrá almorzado con ellos.

—Eso pienso yo.

Dolores terminó de poner la mesa, mientras Marcelo se aseaba para la cena. Volvió al momento y fue a sentarse, pero, después de mirar el teléfono que colgaba de la pared, se dirigió hacia él.

—Voy a llamarlo y, si está en casa, que venga a cenar con nosotros. Creo que tenemos que decirle lo que sabemos aunque caigan algunos de sus ídolos.

—Espera un momento —Dolores se interpuso entre él y el teléfono—. Lo primero que tenemos que pensar es si saber la verdad le va a hacer bien o mal. Yo opino que es mejor que siga con sus dudas y con el tiempo olvidará.

—Pues yo no opino igual. Creo que sabrá comprender a su madre y, después de todo, ella no fue más que una pobre víctima.

—Pero, ¿cómo asimilará saber lo del collar? —Dolores seguía pegada al teléfono; Ramiro la apartó y descolgó.

El teléfono sonaba sin que nadie lo descolgara. Ramiro estaba entrando en su casa en el momento en que se oyeron los dos últimos timbrazos antes de colgar.

—No está —dijo Marcelo—. Se lo diré mañana. No quiero perderlo y, si se marcha sin una explicación por nuestra parte, sé que su afecto hacia nosotros sufrirá un cambio que no estoy dispuesto a afrontar. Lo quiero como a un hijo y no puedo dejar que se vaya así. Quiere una explicación sobre el collar y la tendrá.

Se presentó aquel domingo, como los últimos días de agosto, oscuro y triste. Ya no quedaban más días. El miércoles, a primera hora, pensaba Ramiro dejar el pueblo. Y lo dejaba con un sabor agridulce. Sus amigos de la infancia cada cual con sus problemas. Álvaro con su delicada salud. Todos los personajes que habían formado parte de su niñez, unos muertos, otros demasiado viejos. El pueblo tan cambiado que a duras penas era reconocible. Sin embargo se alegraba haber pasado las vacaciones allí, entre tantos recuerdos, aunque aquella punzada en el corazón le seguía haciendo mucho daño.

Acudió a misa de diez, como hacía siempre con su madre. La iglesia estaba desierta; la mayoría iba a misa de doce.

Le gustó aquella soledad, aquel silencio únicamente alterado por el oficiante. Durante la homilía su imaginación voló por el arco de crucería, por las vidrieras, recorrió las imágenes de los distintos santos de las hornacinas y se posó en el escote de una forastera que lucía un collar de perlas. Se tapó la cara con las manos y pidió a la Virgen del Carmen que le miraba allí cerca, que eliminara de su



mente las sospechas sobre su madre, sobre su origen. Rezó con más intensidad y recogimiento que en toda su vida y, cuando terminó la misa, se sentía mejor.

En la calle le esperaba Marcelo. Ramiro presintió que algo había cambiado en la actitud de sus primos y se alegró al verlo.

—Vengo a invitarte a almorzar. Anoche te estuve llamando por teléfono pero no estabas en casa.

—Entré en el momento en que se cortó la comunicación. Pensaba, no obstante, ir a veros hoy para despedirme. El miércoles parto temprano.

—Entonces, ¿vendrás a almorzar? —Marcelo casi suplicante, le puso una mano en el hombro para continuar—. Ya sabes lo mucho que te queremos. A Dolores y a mí nos gustaría tenerte hoy en casa.

Ramiro no sabía cómo interpretar las palabras de Marcelo.

—Cuenta conmigo. Yo también os quiero mucho. Sois mi única familia aquí —pasó su brazo por los hombros de Marcelo y este le dio unas palmaditas en la espalda—. Antes tengo que ir a ver cómo sigue Álvaro.

—¿No está ya bueno?

—Está casi bien, pero ya sabes que su salud es delicada y el tiempo no ayuda. Menos mal que en La Casona hay buena calefacción.

—Bueno, ven cuando quieras, no hay prisa. Saludos de mi parte.

Ramiro comenzó a subir la Cuesta de la Fuente, despacio, dejando que el viento le diera en la cara, disfrutando de aquella tranquilidad que en breve perdería. El cielo mostraba negros nubarrones que presagiaban lluvia, sin embargo, tenía en aquel momento un atractivo especial para Ramiro. En apenas unas horas, se vería de nuevo metido en el Madrid bullicioso y contaminado, aguantando cada mañana y cada noche los atascos, la polución y la tensión que produce el caos de la gran ciudad, después de haber estado todo el día codeándose con la muerte tratando de arañar un día más de vida para alguno de sus enfermos.

Al llegar al llano se paró y contempló la mole renegrida por los años de La Casona del Indiano. Necesitaba una reparación urgentemente pero Álvaro no estaba en condiciones de pensar en ello. En cuanto se ponga bien se marchará al calor, y La Casona se ira cayendo a trozos, desintegrándose poco a poco, sumiéndose en el olvido.

Absorto en estos pensamientos, vio salir a doña Clotilde en su coche. Ella no le vio y se dirigió hacia la autopista, bajando la Cuesta del Cantarín a excesiva velocidad. Ramiro se sobresaltó y, lo primero que le vino en mente, era que Álvaro hubiera recaído.

Al entrar encontró a don Carlos, el administrador, que le estaba esperando. Cuando iba a preguntar por su amigo, lo vio salir de la biblioteca.

—¿Cómo te encuentras? —Ramiro se aproximó a él y le tomó del brazo—. Temí que estuvieras peor.

—Me encuentro muy bien, a pesar del comportamiento de mi madre.

—¿Qué ocurre? Si puede saberse. La vi conducir demasiado deprisa.

—Hemos tenido una fuerte discusión porque quiere despedir a don Carlos y yo no estoy dispuesto a consentirlo —Álvaro tragó saliva; estaba muy alterado y sus ojeras se hacían muy ostensibles sobre la palidez de su cara. Se dirigió a don Carlos que mostraba una gran preocupación—. Ahora, don Carlos hará el favor de decirme qué ocurre entre mi madre y usted para que ella le despida.

Don Carlos miró a Ramiro, luego a Álvaro, de nuevo a Ramiro. Pero le costaba trabajo hablar.

—Creo que será mejor que estéis solos —propuso Ramiro haciendo intención de salir del despacho.

—No, por favor —Álvaro se levantó del sillón y se interpuso entre Ramiro y la puerta—. Lo que tenga que decir, quiero que lo diga aquí y ahora.

—En realidad —don Carlos desgranaba con esfuerzo las palabras, sin dejar de mirar alternativamente a los dos amigos—, se trata de una carta.

—¿Qué carta? —Álvaro estaba muy excitado y gritaba fuera de sí—. Vamos, diga. ¿A qué carta se refiere?

—Hace muchos años tu padre me entregó una carta para guardarla hasta su muerte.

—¿Y dónde está esa carta? ¿Por qué no la entregó?

—Se la di a tu madre.

—¿Era para ella entonces?

—No, era para ti y, según me dijo tu padre, incluía otra para Ramiro.

—Entonces, ¿por qué no nos las diste a nosotros? —Álvaro, cada vez hablaba más alterado. Se había levantado de su asiento y daba vueltas nervioso por el despacho.

—Al día siguiente del entierro de tu padre —comenzó a narrar con entrecortadas palabras de emoción, haciendo largas pausas—, no sé si recuerdas que te ingresaron unos días —esperó una afirmación de Álvaro pero este esperaba impaciente sin decir nada—. Entonces le hablé a tu madre de la carta que te tenía que entregar y ella dijo: «Dámela a mí. Voy esta tarde al hospital y se la llevo» —volvió a hacer otra pausa, mientras limpiaba los cristales de sus gafas, empañadas por un sudor nervioso—. Hasta hace unos días no me enteré que no te la había entregado. Siempre pensé que te la habría dado y no me acordé más de la carta.

—Pues ahí le falló a mi padre. No cumplió lo que le pidió.

—Ya lo sé. Por eso le pregunté a Clotilde donde estaba la carta y por qué te la había ocultado.

—Y qué te contestó.

—Que la había destruido y que lo que ponía la carta nadie lo sabría jamás.

Álvaro se echó las manos a la cabeza mientras gemía: «Dios, Dios». Ramiro trató de tranquilizarle y le condujo hacia la butaca para que se sentara.

El timbre de la puerta principal, comenzó a sonar con tanta insistencia que los tres miraron hacia la puerta abierta del despacho.

—Ramiro, cierra la puerta, por favor.

Ramiro iba a cerrarla en el momento que se abría la principal y el horrorizado chofer del autocar de pasajeros que llega todas las mañanas al pueblo, con la gorra de plato en la mano, gritaba a la doncella:

—¡Avisa a don Álvaro! ¡Su madre ha tenido un accidente!

Ramiro salió corriendo mientras preguntaba al chofer dónde había sido.

—En la curva de la Cuesta del Cantarín. Yo no pude evitar el choque. Iba demasiado deprisa y perdió la dirección. Se me echó encima.

Alrededor del coche había un grupo de pasajeros del autocar, observando incrédulos el dantesco espectáculo.

—Apártense —gritó Ramiro, abriéndose paso hasta doña Clotilde.

De una rápida mirada se dio cuenta de la situación crítica en que se encontraba y las pocas esperanzas de que sobreviviera al accidente. El amasijo de hierros en que se había convertido su bonito descapotable la tenía atrapada. Se acercó y le puso el dedo índice sobre las venas del cuello notando unas leves pulsaciones. Doña Clotilde entreabrió los ojos vidriosos y mirando fijamente a Ramiro, apenas pudo susurrar:

—Per...do...na...me... La carta...es... Cuida de Álvaro... La carta...está...

Inclino la cabeza, mientras un hilillo de sangre le salía por la nariz. Había muerto.

Álvaro llegó jadeante y se encontró con los brazos de Ramiro que lo apretó contra él. Así permanecieron largo rato hasta que Álvaro fue asumiendo la realidad. ¡Se había quedado solo!

—Hay que ser fuertes. La vida es un conglomerado de tristezas y alegrías y tenemos el deber de sobreponernos a las tristezas y hacer que se impongan las alegrías para poder llevar una vida digna. Te toca vivir un mal momento pero no quiero que pienses que te has quedado solo. Yo estaré siempre a tu lado. Las últimas palabras de tu madre fueron para pedirme que te cuidara y eso haré.

Ramiro llamó a sus primos para contarles lo ocurrido:

—Ya no me puedo marchar. Tengo que ver lo que pasa con Álvaro. Quisiera llevármelo a Madrid.

Después de los trámites del entierro, Álvaro se encontraba muy decaído. Se sentía culpable por haber discutido con su madre:

—Ella salió enfadada por culpa mía. Yo no admitía que despidiera a don Carlos. Por otra parte, ¿qué decía la carta de mi padre para que la destruyera sin dármela?

—Creo que tu madre no ha destruido la carta.

—¿Por qué dices eso?

—Además de decirme que cuidara de ti, sus últimas palabras fueron: «La carta está...». Ya no pudo decir más.

—¿Crees entonces que la guardó en algún sitio? —Álvaro se puso la mano en la barbilla—. Y, si es así, ¿dónde puede estar?

Al día siguiente de los acontecimientos, Ramiro fue a ver a sus primos para despedirse. Se sentía satisfecho porque, de momento, había convencido a Álvaro para que se fuera unos días a Madrid.

—Esto me facilita las cosas. Tengo mi trabajo y mis enfermos pendientes de mi vuelta. Ya tenía que estar allí.

—Nosotros queríamos tener una larga charla contigo. Para esclarecer lo del collar que tanto te ha dado qué pensar. Fue un regalo de...

—¡No!, ¡por favor! No estoy preparado en estos momentos para más emociones. Ahora lo considero una nimiedad después de lo que ha pasado. Vosotros tenéis razón: lo único que me tiene que interesar, es la clase de madre abnegada que he tenido. Desde que nací hasta que murió, solamente me proporcionó felicidad. No soy quien para permitirme juzgar su vida anterior.

Dolores y Marcelo, respiraron tranquilos y satisfechos por el nuevo giro que dieron los embarazosos acontecimientos que a punto estuvieron de separarlos.

En La Casona del Indiano, Álvaro, después de pasar una mala noche, preparaba su equipaje. Se iba con su gran amigo y él se ocuparía de cuidar que se distrajera y no pensara en la trágica muerte de su madre. Escuchó el timbre de la puerta y oyó a la doncella hablar a media voz. Cuando la puerta se cerró de nuevo, esperó recibir algún recado, sin embargo la doncella no se acercó al despacho.

—¿Quién era? —preguntó intrigado, mirando un envoltorio que la doncella trataba de ocultar.

—Es que han traído estas pertenencias de la señora que quedaron en el coche.

—Tráelas acá.

La doncella obedeció y Álvaro abrió el envoltorio. Eran cosas personales, el bolso, el móvil, las gafas rotas, los zapatos, una pamea y un chal. Dentro del bolso: barra de labios, un espejo, un pañuelo, la funda de las gafas, una carterita con varias fotos de él, los carnets, la VISA, el monedero y una llave.

Álvaro llamó a la doncella:

—¿De dónde es esta llave?

—No lo sé. No parece de la casa.

Álvaro se quedó con la llave en la mano, dándole vueltas y pensando. Tenía poco tiempo pero era preferible dejar el viaje con Ramiro para más adelante y esclarecer ciertos hechos. Aquella llave era de alguna puerta. Si no era de la casa, ¿de dónde podría ser? Llamó a Ramiro por teléfono:

—He pensado que me tengo que quedar unos días aquí. Pero me iré contigo más adelante.

—¿A qué se debe el cambio?

—Me han traído las cosas que llevaba mi madre en el momento del accidente y hay una llave que no sé de donde es. Creo que tengo que tratar de encontrar la carta de mi padre y este puede ser el principio.

—¿No crees que tienes tiempo más adelante para ello? Ahora estás demasiado sensible para cualquier emoción. Pienso que será mejor que lo dejes para dentro de unos meses.

—Estoy decidido. Me quedo y si puedes te vienes los fines de semana como me prometiste.

Álvaro no pensaba en el sacrificio que suponía para Ramiro desplazarse desde Madrid, en los únicos días que tenía para descansar después de sus agotadoras sesiones de trabajo. En realidad no pensaba en nada ni en nadie. Ni siquiera en su salud, que no soportaría las húmedas y frías temperaturas que se avecinaban. Su pensamiento estaba anclado en una carta que le dejó su padre y que no había llegado a sus manos. Si como pensaba Ramiro, su madre no la había destruido, tenía que encontrarla.

Al día siguiente, como habían quedado, Ramiro paró el coche enfrente de La Casona. Eran las ocho de una fría mañana. Álvaro lo recibió en el despacho y le enseñó la llave.

—Parece de una caja de banco —aseguró Ramiro nada más verla—. Yo tengo una parecida en Madrid.

—Veré si tienes razón. Iré luego al banco y me informaré. Dentro de poco tiempo estaré contigo, pero quiero antes encontrar esa carta si es que existe.

Se despidieron emocionados con un fuerte abrazo. Ramiro emprendió el viaje con la pereza de tener que ir solo. Ya se había hecho a la idea de llevarse a su amigo con él.

El tiempo fue cambiando de lluvioso y frío, a caluroso y seco. En las inmediaciones de Madrid los consabidos atascos retrasaron su llegada. Durante todo el viaje no volvió a pensar en el pueblo; era como si la vida tan distinta que le esperaba se hubiera antepuesto a cualquier otro acontecimiento.

Ramiro estaba llegando a Madrid. Fue un viaje muy cansado. Lo hizo de un tirón descansando apenas media hora para tomar un frugal almuerzo. Durante todo el viaje fue pensando en Álvaro; tenía que traerlo lo antes posible con él. Le constaba que doña Clotilde se había desvivido por su hijo y estaba entregada completamente a su cuidado. «Habrás tenido sus fallos como todo el mundo pero nadie duda que ha sido una buena madre». Recordó el día que perdió a su madre, lo desamparado que se sintió, lo que necesitaba verla, escuchar su voz, la angustia que le envolvió durante tanto tiempo. «No. Álvaro no puede estar solo en La Casona mucho tiempo. En cuanto llegue, si no es muy tarde, le llamaré por teléfono para apremiarle a que venga».

Las luces de la ciudad brillaban cercanas. Comenzaba la etapa de trabajo tenso y agotador, pero traía las «pilas bien cargadas» para afrontarlo. ¿Cómo seguirían sus enfermos? ¿Cuántos faltarían desde que se fue? Repasó la lista de los que estaban más afectados y pensó en ellos sabiendo que quizás ya no los encontraría. Recordó al pequeño Rodolfo: ¿Cuánto se alegraría con los regalos! Ahora le tenía que comprar el traje y prepararle una fiesta. Sí, aquel niño sería feliz y, por un día al menos, olvidaría su enfermedad.

La pesadilla del collar carecía ahora de importancia. Era como si, al alejarse del pueblo y acercarse a Madrid, su vida diera un giro que no tenía ningún nexo en común con su estancia en el pueblo. Su personalidad se desdoblaba y, ahora, lo único que tenía en la cabeza eran sus enfermos.

Cuando por fin llegó a su apartamento, dejó el equipaje en el salón y sin cambiarse de ropa se tendió en la cama; se sentía muy cansado y soñoliento. Estuvo un buen rato mirando al techo y poco a poco se le cerraron los ojos y se durmió.

Eran las doce de la noche cuando se despertó recordando que no había llamado a Álvaro y sonó el teléfono. Lo tomó.

—Ramiro, ¿ya has llegado? Muy tarde, ¿no?

—Llegué hace unas horas pero me tumbé en la cama y me quedé dormido. ¿Cómo estás?

—Te cuento: nada más despedirnos fui al banco como te dije y resulta que la llave no era de la caja fuerte que mi madre tiene allí. Cuando volví a casa recordé un resorte que hay en el escritorio de mi madre y que de pequeño me llamaba mucho la atención, lo accioné y vi una puertecita cerrada con llave que se abría precisamente con la que llevaba mi madre en el bolso. La abrí y allí estaba la llave de la caja fuerte del banco además de otras cosas, pero no la carta de mi padre. Mañana iré de nuevo para abrir la caja fuerte. Espero tener más suerte.

—Ojalá sea así para tu tranquilidad; pero si no está la carta mira hacia adelante y no le des más vueltas. Quizá tu madre la destruyó para evitarte algún disgusto.

—¿Con qué derecho? No, no puedo verlo de esa manera. La carta era para mí, no para ella. Bueno, Ramiro, no te entretengo más. Pronto estaré a tu lado con carta o sin ella.

—Hasta mañana. Voy a ver si ceno algo.

Ramiro salió a la calle. Muy cerca había un bar que cerraba tarde y tomó una cena ligera y una buena jarra de cerveza. En realidad tenía más sed que hambre. Luego dio un paseo para estirar las piernas. Cuando entró en casa sonaba el teléfono.

—¡Hola!, hijo. Estábamos intranquilos. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Perdona Marcelo por no llamar. Cuando llegué me quedé dormido y después salí a cenar. El viaje tranquilo pero cansado.

—Pues te dejo para que descanses. Ya me quedo tranquilo.

—Besos para los dos.

—Igualmente, también de Dolores.

Álvaro durmió mal aquella noche. Se sentía desprotegido sin la presencia de su madre; fue cuando se dio cuenta de la realidad. «Estoy solo, completamente solo», gimió. Sabía que Ramiro no le iba a abandonar y dentro de unos días se reuniría con él en Madrid, pero esa noche, mientras el aire hacía temblar los mal ajustados cristales de las ventanas de la gran Casona, él no escucharía las palabras de su madre, ni volvería a tener el beso de buenas noches. Ni esa noche ni nunca más. Desde siempre la tuvo a su lado. Ni un solo momento de su existencia estaba desligado de la vida de su madre. En aquel duermevela, angustioso y febril, un insistente pensamiento se mezclaba con el recuerdo dulce de su progenitora: «¿Qué me ha ocultado durante tanto tiempo? ¿Cuál fue la última voluntad de mi padre que ella no cumplió?». Tenía que buscar la carta. Comprobaría si la llave que tenía en la mano correspondía a la caja fuerte de alguno de los bancos donde tenían cuenta.

Ramiro durmió bien y se despertó temprano. Llamó a Naty para que le pusiera al corriente de los enfermos, mientras tomaba una taza de café. Ella, con su habitual desinterés, le informó después de preguntarle qué tal lo había pasado:

—¿Y el tiempo bueno? Porque lo que es en Madrid ha hecho mucho calor. El aire acondicionado ha estado funcionando a tope y aún ahora lo tenemos puesto. ¿Viene mañana?

Naty tenía la mala costumbre que exasperaba a Ramiro de hacer preguntas y afirmaciones sin dar opción al oyente a responder; era una especie de monólogo tedioso.



—Sí, Naty. Ha hecho buen tiempo, voy dentro de un momento a trabajar y, ahora, si es posible, dime algo de los enfermos. ¿Cómo está Rodolfo?

—Ya lo verá. Está soñando con verle. Últimamente le ha subido la fiebre y lleva varios días en cama.

—Voy para allá.

Ya no esperó más. Sacó de la maleta el misal y el rosario y los envolvió en papel de regalo.

Cuando llegó a la clínica Rodolfo dormía. Ramiro le puso una mano en la frente y con el dorso le acarició la mejilla. El niño entreabrió los ojos:

—¡Ramiro!

—¡Hola campeón!

—¿Me has traído?...

Ramiro agitó el envoltorio en el aire. La cara del pequeño se iluminó con una amplia sonrisa. Naty contemplaba la escena con total indiferencia, sin la menor emoción. Sonó el móvil de Ramiro. Rodolfo desenvolvía el presente con manos temblorosas.

—Diga.

—Ramiro —la voz de Álvaro sonaba alterada—, encontré la carta. No te puedes imaginar la sorpresa tan feliz que me he llevado con su contenido. También hay otra para ti. Necesito que vengas mañana mismo.

—Álvaro, no puedo. Me es imposible. Tengo obligaciones...

—Te aseguro que si no fuera importante no te llamaría.

—Álvaro. Te hablé en cierta ocasión de Rodolfo, ¿no?

Ramiro había salido al pasillo, alejado del pequeño.

—Sí, creo recordar.

—Pues está bastante peor de lo que esperaba y yo le hice una promesa que por nada rompería. En este momento está mirando el misal y el rosario de mi primera comunión y voy a tratar de bajarle la fiebre para que pueda comulgar. Es su gran ilusión. Cuando esto haya pasado ya te podré atender.

—Te comprendo, pero ¡estoy tan impaciente! Quizá vaya a Madrid porque me consume el deseo de hablarte.

—Eso sería lo más acertado. ¿Cómo está el tiempo?

—Lloviendo sin parar y con frío.

—Pues cuídate no vayas a recaer. Abrígate bien y procura no salir a la calle cuando baja la niebla. Ahora te dejo que me está llamando Rodolfo.

Álvaro había telefoneado desde el banco. Se quedó mirando la alargada caja de la que tenía conocimiento por primera vez. Nunca su madre le habló de ella y a Álvaro le dio cierto reparo abrirla temiendo encontrar algo que posiblemente debería estar oculto a sus ojos. Había joyas de gran valor que Álvaro conocía y que doña Clotilde usaba para grandes ocasiones. Fotos de la infancia de ella con sus padres. Álvaro reparó en una de la fiesta de puesta de largo, donde doña Clotilde, con un vaporoso vestido blanco y apenas dieciocho años, lucía todo el esplendor de su belleza. Aquella foto había estado en una mesita del salón durante muchos años; un buen día desapareció y cuando Álvaro preguntó a su madre por ella, obtuvo una extraña respuesta:

—Me he cansado de añorar un pasado feliz que murió hace mucho tiempo.

Nunca más volvió a saber de la foto y con el tiempo se fue olvidando de su existencia. Ahora la encontraba allí, abandonada en la caja fuerte de un banco. La guardó en su cartera con la intención de devolverle su antiguo puesto en la mesita del salón de La Casona del Indiano.

A un lado de la caja había una serie de cartas atadas con una cinta de seda, un diario y varios documentos. Las cartas eran de su padre dirigidas a ella y Álvaro no quiso saber las delicadas palabras amorosas que guardaban. Entre los documentos estaba lo que buscaba con tanto interés. Era un sobre con letra de su padre que ponía: «Modificar testamento». Con dedos temblorosos abrió el sobre y leyó lo que su padre había dispuesto como última voluntad. Lo que su padre deseaba que se hiciera y no se hizo. El gran secreto de su vida que su madre interceptó y ocultó creyendo hacer bien.

Dentro del sobre había dos cartas dentro de dos sobres con el lacrado saltado: «A mi hijo Álvaro», y la otra: «Para Ramiro». Era la letra de su padre. No tuvo paciencia para llegar a La Casona. Allí mismo leyó su carta con la intención de respetar la de Ramiro, pero cuando terminó, en vista de su contenido, abrió el sobre de la de Ramiro y la leyó también. Primero fue estupor y luego una gran alegría lo que se albergó en su corazón. Tenía que comunicarlo a su amigo de inmediato: «No quiero dar explicaciones por teléfono; será mejor decírselo cara a cara». Guardó las cartas, volvió a meter en la caja todo lo demás y se marchó.

Cuando salió a la calle la lluvia arreciaba y el aire frío traspasaba su ropa haciéndole tiritar. Al llegar a casa se arrimó a la chimenea y removió los leños; la calefacción estaba encendida desde

hacía varios días; estornudó varias veces y pidió un café muy caliente y un coñac. «Ahora no me quiero morir; tengo que cuidarme».

Pasaron quince días antes de que Rodolfo mejorara un poco y entonces se cumplió su sueño. Ramiro le había comprado un traje de marinero, que era lo que él quería y en la capilla del mismo sanatorio, con el rosario y el misal apretados en su mano, tomó la Primera Comunión. Fue un acto muy emotivo hasta para Naty que en un momento de la ceremonia se enjugó alguna lágrima. Luego hubo celebración y, por unos momentos, todos los enfermos olvidaron su pesadilla para festejar el acontecimiento.

Cuando Ramiro llegó a su casa se sentía muy cansado. Era un cansancio del alma, no del cuerpo. A Rodolfo le quedaban, a lo sumo, dos meses de vida, aunque en esos momentos nadie podía sospecharlo.

Ramiro, durante esos dos meses y medio, apenas había tenido comunicación con Álvaro. No tuvo tiempo de pensar en él. Ahora sí. Hasta le vendría bien pasar un fin de semana en el pueblo. Olvidar los últimos acontecimientos y reír con su amigo recordando pasajes de la infancia. Llamó por teléfono:

—Don Álvaro no está. Le han tenido que ingresar.

—¿Dónde?

—En Oviedo. Él quería ir a Madrid pero han preferido entonarlo antes un poco.

—¿Cómo es que no he sido informado?

—Don Álvaro prefería recuperarse un poco y marchar a Madrid, a su lado.

—¿Se ha llevado el móvil?

—Sí señor.

Ramiro miró el reloj. Las cinco de la tarde: «No le llamaré; mañana iré a ver cómo está y le daré una sorpresa y si, como dice la empleada, está entonado, me lo traeré a Madrid».

Hizo el viaje cómodo y rápido. En la clínica se presentó como médico y tuvo todas las puertas abiertas. Primero habló con el médico que seguía la evolución del enfermo:

—Se tiene que cuidar más. No creo que el clima asturiano le siente bien. Debe marchar a Tenerife en cuanto pueda. Sus bronquios están muy delicados.

—Sí, cierto. Veo que tiene fiebre bastante alta. ¿Qué le estás dando?

—Sí, mira. Este es su tratamiento y parece que le va bien, aunque tenemos que esperar un poco. Eres un buen amigo si has hecho el viaje desde Madrid para verlo.

—Nos conocemos desde pequeños y siempre estuvimos muy unidos. Su padre me pagó los estudios.

—Si quieres verlo, está en la habitación 105. Le darás una buena sorpresa.

La habitación 105 estaba al final de un largo pasillo. Era amplia y cómoda. Ramiro entró sin llamar. Álvaro estaba con los ojos cerrados, algo amodorrado.

—¡Vamos, vamos! ¿Es que he venido desde Madrid para ver cómo duermes?

—¡Ramiro, hermano! ¡Qué alegría! Esto es telepatía, estaba pensando en ti —se sentó en la cama de un salto y se abrazaron; emocionado siguió—. Siento mucho lo de Rodolfo.

—Fue feliz los últimos días de vida y ahora ya descansó, el pobre; yo me entregué demasiado a él, algo que no podemos hacer los médicos.

—Tengo que ponerme fuerte pronto. Te tengo que entregar, con muchos años de retraso, la carta que mi padre dejó para ti. Es decir, «nuestro padre».

—¿Qué quieres decir? —Ramiro se quedó mirando a su amigo sin comprender.

—Lo que has oído. Sé que es una sorpresa para ti como lo fue para mí, pero eres hijo de mi padre. Me lo dice a mí en su carta y lo dice también en la que te escribe a ti.

Álvaro estaba feliz, sin embargo Ramiro le miró con rabia:

—¿Me quieres decir que mi madre fue una cualquiera y que se entendía con tu padre? ¿Y te llamas mi amigo?

—Por favor, no me digas eso. Yo lo interpreté de otro modo: pensé que surgió el amor entre ellos y de ese amor naciste tú. Mi padre te nombra heredero a partes iguales conmigo y me pide que te acepte como hermano.

—Que se guarde su herencia y a ti no se te ocurra llamarme hermano. Yo no tengo hermanos y mi padre fue... —Ramiro se quedó callado recordando el poco cariño que demostró su padre hacia él y el mucho que siempre le prodigaba el padre de Álvaro; la ayuda que siempre tuvo su madre al quedar viuda y a quién debía la carrera de médico. Ahora tenía la explicación del caro regalo que su madre ocultó en el baúl, el silencio de Dolores, los desprecios de doña Clotilde. «¡Que vergüenza!» —gimió tapándose la cara con las manos.

—Ramiro, te lo ruego —Álvaro se había levantado de la cama y descalzo se acercó a Ramiro—. Presiento que no me queda mucho de vida y me gustaría que el tiempo que me reste me dejes llamarte hermano. No sabes la de veces que he soñado que lo fueras. Esperaba poder comunicártelo y pensé, torpe de mí, que te alegrarías como me he alegrado yo, sin embargo veo...

—No, no sigas. ¿Qué opinarías si te enteraras que tu madre fue la querida de un tipo y tú hijo de esos amores clandestinos? Es muy bonito decir, «qué bien somos hermanos», pero, ¿en qué lugar queda mi madre?

—Desde mi punto de vista, en el lugar de una mujer que amó a mi padre por lo que le estoy muy agradecido, pues me ha permitido conseguir el sueño de toda mi vida: ser tu hermano.

Álvaro estrechó a Ramiro entre sus brazos:

—No me rechaces, te lo ruego. Comprendo que es una noticia difícil de asimilar pero, ¿por qué yo me he alegrado tanto y tú no haces más que reproches? Quizás no debí decírtelo pero era la voluntad de mi padre que lo supieras. Ya sabes cómo y cuánto te quería. Eso es lo único que deberías tener presente, además de lo mucho que yo te quiero. En cuanto a tu madre, trabajaba en casa, surgió el amor entre ellos. ¿Es tan raro o tan difícil de comprender?

—Álvaro me voy. Tengo algo en el pueblo que te corresponde como hijo y heredero de tu padre. Hasta ahora no sabía de quién era. Voy por ello y luego me volveré a Madrid.

—Ramiro, no quiero perderte. Me encuentro muy mal y te necesito. Si no me reconoces como hermano, al menos permíteme seguir siendo tu amigo.

Álvaro se volvió a la cama y temblando, se echó a llorar. Ramiro no estaba preparado para escuchar el llanto de su amigo y marchar sin consolarle.

—¡Vamos, vamos! Estoy algo cansado. Últimamente he tenido días difíciles, tanto en el pueblo como al llegar a Madrid, y ahora esto. Tengo que ver a mis primos y luego volveré por aquí. Espero encontrarte bueno del todo.

Cuando Ramiro salió a la calle, un aire húmedo y frío le hizo temblar. Caminó deprisa hacia su coche y sin más dilación se encaminó al pueblo. Ahora sabía lo que sus primos intentaban callar y quería hablar con ellos. Si era cierto que era hermano de Álvaro, ¿por qué no sentía la llamada de la

sangre? Por el contrario, se había desarrollado hacia el que seguía considerando su amigo una cierta animadversión.

Cuando empezó a subir la Cuesta del Cantarín y pasó delante de La Casona del Indiano, no se detuvo, ni siquiera miró hacia ella.

Llegó a casa de Marcelo y Dolores, cuando estaban terminando de cenar.

—Admitís un huésped —dijo desde la puerta.

—¡Ramiro!, ¡hijo! ¡Que sorpresa! —se limpiaron la boca con la servilleta y le abrazaron—. ¿Cómo por aquí?

—Primero decidme si me puedo quedar aquí con vosotros; mi casa estará como una nevera y voy a estar poco tiempo.

—¡Qué pregunta! —contestó Dolores—. Es lo mejor que nos puedes decir. Nos quedamos algo inquietos cuando te fuiste.

—Ya. Me queríais ocultar algo que probablemente conoce todo el pueblo menos yo.

—¿A qué te refieres?

—Al secreto del magnífico collar y los amores de mi madre con el señor Romeral.

—¿Quién te lo dijo?

—Álvaro —Ramiro relató en pocas palabras su conversación con Álvaro y el hallazgo de las cartas que doña Clotilde ocultó.

Marcelo y Dolores estaban mudos. Parecía como si les estuvieran contando un cuento imposible de creer. Luego se miraron y se encogieron de hombros.

—No me digáis que no sospechabais nada —siguió diciendo Ramiro—. Era eso lo que no me queríais decir cuando hallé el famoso collar, ¿no?

—Pues estás equivocado —hablaba Dolores—. Es más, si bien es cierto que el collar se lo regaló él, no creo que tú seas su hijo, mejor dicho, estoy segura. Mi prima me lo hubiera confesado como me confesó que estuvo muy enamorada y se casó con tu padre por huir de él.

—Entonces, ¿por qué se casó embarazada? ¿Embarazada de quién?

—De tu padre. Se dejó seducir por tu padre para casarse con él y no caer en los brazos de su verdadero amor. Si don Santiago no hubiera estado casado...

—¿Qué? ¿Crees inocente que se hubiera casado con mi madre? El gran señor Romeral enamorado de una empleada de hogar ¡Vamos, Dolores, los cuentos de príncipes y cenicientas, ya hace mucho que pasaron de moda!

—Estuvieron muy enamorados pero fue un amor platónico, nunca hicieron nada de lo que tuvieran que arrepentirse; tú eres hijo de Juan, ¿está claro?

Dolores había ido subiendo el tono de voz hasta casi gritar.

—Entonces, si no hubo nada entre ellos, ¿por qué tanto misterio cuando os pregunté sobre el collar de perlas?

—No he dicho que no hubiera nada. Ya te he dicho que se enamoraron. Si te oculté quién le había regalado el collar a tu madre fue para evitar que pensaras mal porque es un regalo muy caro. Se ve que no he acertado. Él se lo regaló a tu madre cuando naciste. Matilde no quería aceptarlo pero, ante su insistencia, lo guardó en el baúl, nunca se lo puso; quizás tu padre no supo que lo tenía — Dolores se tomó un respiro—. Pero estoy segura de una cosa y pondría mi mano sobre el fuego: no eres hermano de Álvaro. Tu madre me lo habría confesado. Teníamos mucha confianza.

Dolores se echó a llorar y Ramiro la abrazó.

—Bueno, basta ya de todo esto. Le diré a Álvaro lo que me habéis contado y, si es necesario, nos haremos la prueba del ADN. Y ahora, si me admitís como huésped, me quedaré a dormir aquí.

Dolores hizo con primor la cama para Ramiro y preparó el calentador de cobre metiendo en él las últimas brasas de la chimenea; luego lo pasó una y otra vez por toda la cama. Cuando Ramiro se metió entre las sábanas notó un agradable y envolvente calorcillo.

Por la mañana, escuchó unos golpes en la puerta de entrada y la voz de Dolores:

—Ya va.

Era el administrador de la familia Romeral:

—¿Está Ramiro?

—Sí, pero aún no se ha levantado.

—Cuando se levante dile que tengo un encargo para él de parte de Álvaro.

—Bien, se lo diré. De todos modos, si quiere desayunar con nosotros, he hecho rosquillas de las que le gustan tanto, de anís y cominos.

—¿Quién se resiste a ello? Tengo que hacer un recado y dentro de media hora estaré aquí.

La puerta se cerró de nuevo y Dolores subió al cuarto de Ramiro para comunicarle el encargo de don Carlos:

—Vendrá a desayunar con nosotros dentro de media hora. Dice que te trae un recado de Álvaro.

—Espero que no sea que se ha puesto peor. Tengo intención de llevármelo a Madrid.

En cuanto llegó el administrador se dirigió a Ramiro y le entregó un sobre lacrado, con el sello de los Romeral y muy abultado:

—Esto me lo dejó Álvaro, en depósito, antes de partir para Oviedo por si le ocurría algo, con el fin de que te lo entregara a ti. «Y no hagas como mi madre», me dijo muy serio. Aquí lo tienes.

—Pero a él no le ha pasado nada ni le pasará. Entonces, ¿por qué me lo entregas?

—Anoche me llamó por teléfono anunciándome tu venida al pueblo y me encargó que te lo diera. Me apremió para que lo leyeras lo antes posible.

Dicho esto entregó a Ramiro el sobre. Ponía: «Para mi querido Ramiro, en caso de fallecer sin haberlo visto».

Ramiro miró el sobre, le dio varias vueltas como queriendo adivinar su contenido y lo depositó en la mesa a su lado. Luego se dirigió a los demás que le observaban callados:

—Bueno, este café huele a gloria. Empecemos a desayunar. Ya habrá tiempo para la lectura.

Acabado el desayuno, Ramiro se disculpó:

—Me vais a perdonar pero tengo que ir a mi casa a buscar una cosa y luego iré a ver cómo sigue Álvaro para seguir viaje a Madrid. Como veis será un día muy movido.

—¿Te vas ya? —preguntó con tristeza Dolores—. ¿No te quedas por lo menos a almorzar?



—No puedo. Pero volveré pronto.

Al entrar en su casa notó un fuerte olor a humedad, hacía un frío espantoso y el aliento se convertía en vaho al salir por la boca: «Como para pasar aquí la noche», se dijo. Fue directamente a buscar el collar y se lo guardó.

Después se acurrucó al lado de la ventana de la cocina por donde entraba un tímido rayo de sol, y abrió el sobre que le entregara don Carlos. Lo primero que vio fue una nota de Álvaro al lado de dos sobres con el lacrado roto. Leyó su nota despacio, masticando las palabras y con la emoción a flor de piel:

«Querido Ramiro: Me he pasado la vida deseando que fueras mi hermano y mira por donde lo eres de verdad. Espero que esta carta te sea entregada, junto con las otras dos de mi padre, según he ordenado, a mi muerte; esa muerte que me ha rondado tantas veces y que es ya como mi amiga...».

Sonó el móvil y a punto estaba de no contestar para seguir la lectura de las tres cartas.

—Dígame.

—Ramiro, ¿te ha entregado don Carlos el sobre que le indiqué?

—Sí. Hace apenas unas horas.

—¿Has leído las cartas?

—Todavía no he tenido tiempo.

—Entonces te ruego que no leas mi nota porque está escrita por si moría.

—¿Por qué piensas tanto en la muerte? —reprochó Ramiro—. Parece que la estés llamando. No leeré tu nota, tranquilo. Dentro de unas horas estaré ahí a ver cómo sigues. Hasta entonces un abrazo y toma todas las porquerías que te receten, ¿de acuerdo?

Ramiro volvió a la lectura sin hacer caso de la recomendación de Álvaro:

«Las dos cartas que te adjunto son las que mi madre ocultó, espero que no se lo tengas en cuenta y hayas perdonado la mala acción de una madre celosa. Después de todo no las destruyó y así han podido llegar hasta nosotros aunque más tarde de lo que mi padre, es decir nuestro padre, hubiera deseado. ¿Que por qué digo «nuestro padre»? Lee sus cartas y espero que no malinterpretes lo que nos dice. Fue un amor sincero y tener que renunciar a él cobra, desde mi punto de vista, un valor especial. Lo único que siento es no poder disfrutar de nuestro recién estrenado parentesco. Mi testamento está en regla según los deseos de mi padre. Nada más, hermano, trata de leer entre líneas y no busques nada sucio en un amor tan puro como el que ellos vivieron. Mi cariño es para ti y si no me quieres reconocer como tu hermano me alegraré de estar muerto».

Ramiro miró los dos sobres y sacó primero la carta dirigida a él.

«Mi querido Ramiro: Cuando leas estas líneas yo habré dejado de existir. Me hubiera gustado asistir a tu fin de carrera pero el destino manda y hay que acatar su voluntad.

»Ahora quiero hacerte una confesión. Algo que hemos ocultado por el qué dirán y estoy muy arrepentido de no haber seguido con nuestro amor adelante, sin pensar en nada ni en nadie. Poder llamarte hijo delante de todos y darte mis apellidos. Como también dejo una carta para Álvaro, tu hermano, sabrás a qué me refiero. Matilde, tu madre, y yo, nos amamos en silencio con un amor transparente como el agua. Cuando murió tu padre le propuse vivir nuestro amor abiertamente, sin esconderlo por más tiempo, pero ella se negó: por Clotilde, por ella misma y sobre todo por ti. ¡Ya ves! Si ella vive cuando leas esta carta pregúntale lo que quieras pero no te permito que le hagas ningún reproche.

»Álvaro y tú siempre os habéis querido como hermanos, por algo sería: ¿la llamada de la sangre quizás?

»Mi querido hijo. No hace falta que te diga lo mucho que te he querido en silencio. Ahora, cuando sé que me quedan pocos días de vida, dejo esta confesión en sobres lacrados, a nuestro administrador, con el encargo de entregároslos a mi muerte.

»Os quiero mucho a los dos. Vuestro padre...».

Ramiro tenía los ojos llenos de lágrimas, se limpió con el puño y siguió la lectura de la otra carta:

«Querido hijo: Hace mucho tiempo que quería hablar contigo de hombre a hombre, pero tu quebrantada salud me lo ha impedido. Sin embargo, cuando leas esta carta ya no estaré en este

mundo. Ahora el enfermo soy yo y sé que me quedan pocos días de vida. Espero que no me juzgues a la ligera; por un momento ponte en mi lugar y trata de comprenderme.

»Antes de nacer tú, entró en La Casona, como doncella, una criatura excepcional. Era como si hubiera entrado un rayo de sol que iluminara los rincones más oscuros. Tu madre y yo nunca fuimos un matrimonio ejemplar; nos tolerábamos, nos aguantábamos y discutíamos con demasiada frecuencia. Aquella preciosidad de mujer enseguida ocupó un lugar en mi corazón, pero, sumamente honesta, se mostraba inalcanzable. Tuve un rival en la casa que me ponía enfermo por estar más cerca de ella que yo: el jardinero. Los celos me consumían; estaba casado y no tenía más remedio que guardar mi amor en secreto. Un día se encontraba ella en el jardín, cogiendo unas flores y bajé a su encuentro. Le confesé mis sentimientos pero me dijo que se iría de la casa si volvía a decirle algo así.

»No se fue y poco a poco me la fui ganando. Nos veíamos a escondidas, siempre nerviosos por si éramos sorprendidos. Ella mostraba una palidez que me preocupaba y muchas veces me rogaba que la ayudara a terminar con todo aquello. Ninguno de los dos teníamos la suficiente fuerza de voluntad y seguimos, hasta que un día tu madre anunció que estaba embarazada. Poco después también Matilde lo estaba. Salió de la casa y se casó con el jardinero, haciendo creer a todo el mundo que era el padre de su hijo.

»Supongo que ya te habrás dado cuenta de quien estoy hablando. Naciste tú y nació al poco tiempo Ramiro. Dos niños preciosos de los que me sentía orgulloso. Ella volvió a trabajar en La Casona, el jardinero no ganaba suficiente, pero estaba tan alejada de mí que parecía que nunca hubiera habido nada entre nosotros. Fuisteis creciendo juntos, como hermanos que erais, aunque nadie lo supo nunca. Por eso te lo digo ahora para que lo tengas presente a la hora de compartir la herencia. Es tu hermano, no lo olvides.

»Tenéis que apoyaros mutuamente; ya sabes que a tu madre, Ramiro no le es simpático. Quizás sea ese sexto sentido que según dicen tienen las mujeres porque yo he seguido siempre enamorado de Matilde.

»No sé si esta noticia te alegrará o por el contrario te causará rechazo. Es la realidad de un amor puro y sacrificado.

»Con todo mi amor, tu padre».

Ramiro se quedó pensando que no tenía por qué ser don Santiago su padre y no Juan, el jardinero. Quizás su madre hizo lo que contó Dolores ya que Juan no era fácil presa para el matrimonio.

Lleno de dudas fue a despedirse de sus primos. Llevaba el sobre con las cartas y el collar en una cartera. Les contó el contenido de las cartas que le entregara don Carlos.

—No eres hijo de don Santiago. Te lo afirmo categóricamente —Dolores casi estaba enfadada—. Es más, haceros las pruebas del ADN y ya me contarás.

—Pero si don Santiago pensaba que él es mi padre, mi madre no fue tan honesta como a mí me gustaría que fuera. No todo fue platónico.

—Me molesta que se ponga en duda la moral de mi prima, sobre todo porque ella no está aquí para defenderse y me molesta aún más que sea su propio hijo el que más desconfía. Entre ella y don Santiago no hubo contacto carnal en absoluto. No me explico por qué quiere dar a entender en sus cartas lo contrario.

—Yo tampoco. He querido mucho a don Santiago y siempre le estaré agradecido ya que gracias a él soy médico. Y quizás su paternidad sea la explicación a tanta ayuda.

—No sé por qué lo ha hecho pero quítatelo de la cabeza: él no es tu padre. Tu padre es Juan, el jardinero y lo único que te puedo decir es que tu madre se casó con él para no caer en las redes de don Santiago.

—¿Luego ella también le quería?

—Mira, hijo —intervino Marcelo que hasta ese momento se mantuvo silencioso—. Don Santiago, cuando llegó a La Casona, era el tío más guapo que habitó nunca por aquí. Todas las jóvenes casaderas, hasta Dolores, suspiraban al verle pasar. Tu madre entró muy joven a trabajar en La Casona; era bonita, con un cuerpo perfecto y don Santiago, a pesar de estar casado, se fijó en aquella criatura tan singular que trabajaba en la casa. Solo tenía un defecto: salía con el jardinero. Juan me contó en cierta ocasión que don Santiago le abordó para preguntarle si iba con la doncella con buenas intenciones. «No te permitiré que le hagas daño», le había dicho.

—¿Qué contestó mi padre?

—Tu padre era un buen hombre, también la quería pero el matrimonio no entraba en sus proyectos y Matilde no estaba dispuesta a ser una más en el repertorio de conquistas de Juan. Cuando vio que se empezaba a enamorar de don Santiago...

—Eso lo cuento yo que lo sé directamente de ella —intervino Dolores poniendo una mano delante de Marcelo como queriendo interceptar sus palabras—. Ella se enamoró completamente pero, como dice Marcelo, don Santiago era de esas personas que te envuelven con palabras bonitas, tenía mucho mundo y entendía a las mujeres. Nadie en el lugar de mi prima se habría podido resistir a sus encantos. Muchas veces llegaba a casa y me pedía consejo. «Estoy enamorada de él pero está casado y aunque no lo estuviera cómo se va a fijar en una persona como yo si no es con malas intenciones», decía angustiada.

—Y tenía razón —dijo Ramiro—. Nunca creí que don Santiago fuera un ser tan despreciable.

—De despreciable nada —gruñó Dolores—. Él también la quería y no poco. Fue tu madre la que se apartó por temor a cometer una tontería, y ya ves, la cometió mucho mayor al casarse con Juan.

—Me parece que no sabes lo que dices, Dolores. ¿Preferías que tu prima estuviera liada con el señor de la casa antes que verla casada con un buen hombre?

—Tú nunca has visto llorar a tu madre como la vi yo tantas y tantas veces. Al lado de Juan no supo el significado de la palabra felicidad hasta que llegaste tú.

—Ella le llevó a un matrimonio no deseado por forzar el embarazo. Mi padre no quería casarse.

—No creas que ella lo hizo con premeditación. Si quieres que lo cuente todo...

—¡Dolores! —esta vez fue Marcelo quien la mandaba callar—. Creo que ya está claro lo que pasó.

—Si hay más quiero saberlo —Ramiro estaba con el ceño fruncido y una expresión de desconsuelo en la cara. Ahora era don Santiago, el hombre al que había adorado en vida, el que se estaba convirtiendo en un ídolo caído.

—Pues creo que debes saber que tú viniste al mundo como consecuencia de una violación.

—¿No crees que eres demasiado dura? Anda ve a hacer la comida, Ramiro se queda porque es la hora de almorzar.

Dolores salió hacia la cocina, nerviosa, parecía arrepentida de haber dicho aquello y miró a Ramiro con expresión de dolor. Marcelo se acercó a Ramiro, le llevó hasta el sofá junto a la ventana, sacó dos copas y una botella de jerez seco.

—Tomemos el aperitivo mientras ella prepara el almuerzo. Le tienes que perdonar su torpeza pero ten en cuenta lo mucho que quería a su prima; eran como hermanas, siempre estaban juntas.

—No trates de desviar la conversación, Marcelo. ¿Qué ha querido decir con lo de la violación?

—Eran las fiestas del pueblo y ya sabes; se bebe demasiado y se pierde la noción de las cosas. Juan, después de arreglar el jardín de los señores, la llamó para que le ayudara con unos sacos de abono que pesaban demasiado. En realidad era una disculpa para encerrarse con ella en el invernadero.

—No sigas, por favor. Cuando salga de aquí esta tarde, no sé quien me quedará digno de recordar con agrado el resto de mi vida.

—Lo siento pero la vida es dura a veces. Ahora está claro que no eres hijo de don Santiago. Tu padre, después de lo ocurrido, se mostró muy arrepentido; vino varias veces a casa para que intercediéramos porque estaba muy enamorado de tu madre, pero Dolores le cerraba la puerta por deseos de su prima. No quería volver a verlo, pero cuando se enteró que estaba embarazada, tuvo que casarse con él.

—¡Qué tristeza saber todo esto! —Ramiro estaba a punto de romper a llorar. Recordaba la de veces que oyó decir a su padre: «Mis planes no eran estos, pero las cosas vinieron así». Pasó por su mente como una película lo poco que se ocupaba de sus progresos escolares, de sus juegos, no recordaba que le besara; nunca fue un confidente como lo era don Santiago. Y por un momento, después de saber que forzó a su madre, le hubiera gustado no ser su hijo. Luego recordó la trágica muerte de su padre, la desolación que sintió cuando se quedaron tan solos; la ayuda de don Santiago para que pudiera estudiar y sobre todo la dedicación de su madre, su amor, su entrega constante. Miró a Marcelo que lo contemplaba esperando su reacción y, con lágrimas en los ojos, le dio dos palmaditas en la espalda—. Gracias por contármelo todo. Me costará asimilarlo, pero los fantasmas que me rondaban por la cabeza ya han desaparecido. Voy a ver a Dolores.

Ramiro observó cómo Marcelo respiraba tranquilo. Fue a la cocina, se acercó a Dolores que estaba de espaldas, la giró hacia él y la abrazó con ternura:

—He sido duro contigo. Ahora sé lo injusto de mi comportamiento. Has querido a mi madre, has sufrido a su lado por sus desgracias tratando de ayudarla siempre, y su estúpido hijo te ha llenado de reproches —metió la mano en la cartera y sacó el estuche con el collar—. Quiero que lo tengas tú; nadie se lo merece más que su prima. Y quiero vértelo puesto el día de la fiesta, no guardado en un baúl como hasta ahora.

Mañana me marcho de nuevo. Pasaré por Oviedo para despedirme de Álvaro y nos haremos las pruebas del ADN para que no siga con la cantinela de la fraternidad.

Ramiro salió de casa de sus primos con una extraña sensación de odio y recordó las palabras de su madre cuando llegaba disgustado de la escuela por los agravios de algún compañero: «Nunca odies a nadie por mucho daño que te haga porque el odio se infiltra en tu corazón y es a ti a quien más daño hace. Aprende a perdonar y sobre todo a olvidar».

—¿Cómo olvidar todo lo que acabo de descubrir? ¿Esta es la verdad de nuestra vida o queda algo más? ¿Por qué no vives, madre, para poder hablar contigo, cara a cara, sin intermediarios? Tengo la seguridad de que me dirías la verdad de todo este embrollo, porque no sé por qué siguen mis dudas acerca de tu relación con don Santiago.

—Al día siguiente marchó a Oviedo para despedirse de Álvaro. Lo encontró levantado y con bastante buen aspecto:

—Cuanto me alegro verte tan animado ¿Te encuentras bien?

—Mucho mejor que ayer y ahora que has vuelto, casi bien del todo. ¿Te vas a quedar algunos días en Oviedo?

—No puedo. Te olvidas que tengo obligaciones. Pero espero que pronto vengas conmigo.

—¿Sabes quién ha venido a verme?

—Dímelo tú.

—Laura, ¿sabes quién es?

—No.

—Una de las hijas de Zacarías, el alcalde. Según me ha dicho te conoce.

—Sí, ya recuerdo. Una chica muy simpática. Muy amable viniendo a verte, ¿no?

—También venía en plan negocios. Me preguntó por ti y cuando le dije que estabas en el pueblo sintió no poder verte.

—¿Y qué negocios tenía entre manos?

—Es algo que nos atañe a los dos y, la verdad, me parece una buena idea. Es sobre La Casona del Indiano. Me ha dicho que si no nos parecía una buena idea dedicarla a una residencia benéfica ya que nosotros no la vamos a usar casi nada.

—Vamos a ver, Álvaro. Estás hablando como si fuera de mi incumbencia lo que hagas o dejes de hacer con La Casona. Me gustaría que no le dieras más vueltas a nuestro parentesco porque no hay nada que nos una más que una grande y antigua amistad que nos seguirá uniendo para siempre. He hablado con mis primos; ya sabes lo hermanadas que estaban Dolores y mi madre. Me ha asegurado que entre tu padre y mi madre solo existió un amor platónico. Pero no obstante nos haremos las pruebas del ADN para que no tengas la menor duda de lo que digo. Por lo tanto lo que hagas con la Casona es cosa tuya nada más.

Álvaro miraba a su amigo con extrañeza; no comprendía cómo se obstinaba en negar tan palpable evidencia. Él había escuchado una conversación entre sus padres que de aquella no comprendió. Después de leer las cartas de su padre, todo estaba claro:

—Te voy a contar algo que escuché de pequeño, cuando tú empezaste a venir a la casa. Mi madre estaba disgustada porque no quería que vinieras, ya sabes cómo era y que nunca te tuvo simpatía. Tenían una discusión acalorada:

«¿Por qué tiene que venir el hijo de unos empleados a jugar con nuestro hijo?», decía enfadada mi madre. «Porque Álvaro está muy solo y este niño rebosa salud y es un crío muy simpático; creo que a nuestro hijo le vendrá bien» «Ya. ¿Es solo por eso? —mi madre estaba fuera de sí—. ¿No será porque es hijo tuyo?». «Pero mujer, qué barbaridades dices. ¿De donde sacas una cosa así?». «Tú crees que soy tonta pero lo veo todo aunque me calle, y veo cómo la miras cuando pasa delante de ti y os he observado varias veces en el jardín. Las miradas, los susurros. ¿Me vas a negar que te atrae?». «Que me atraiga es una cosa y que sea el padre de su hijo otra muy distinta».

Nunca te dije nada pero desde ese momento deseé que fueran ciertas las sospechas de mi madre y mira por donde, ahora, me lo confirman las cartas de mi padre. Por eso ocultó mi madre las últimas voluntades de papá pero, por suerte, todo se ha aclarado.

Ramiro empezó a sentir deseos de salir corriendo. Ya estaba todo claro con lo que le dijo Dolores, ¿por qué tenía que volver a tener dudas? No dijo nada a Álvaro porque un mar de dudas se agolpaba en su cerebro. Se acercó a su amigo y le puso la mano en la cabeza:

—Bueno Álvaro. Las pruebas nos sacarán de dudas.

—Yo no tengo dudas, ni necesito saber el resultado del ADN. No obstante me gustaría que me dijeras qué te parece la proposición de Laura. Creo que sería bueno para La Casona que estuviera habitada todo el año. Podemos fundar una institución con el nombre de nuestro padre: «Santiago Romeral», y estarían acogidos niños como Rodolfo, atendidos por Zacarías y tú, con todos los medios médicos y lo necesario para que disfrutaran de una vida plena y feliz. O sea que La Casona del Indiano se convertiría en un albergue para niños con enfermedades terminales. Creo que a nuestro padre le gustaría eso.

Ramiro no escuchaba las palabras de Álvaro, solo le hacía daño en los oídos lo de «nuestro padre» que Álvaro repetía. De pronto le asaltó un pensamiento:

—¿No le habrás dicho a Laura que somos hermanos?

—Sí. Y me dijo que ya lo sospechaba. Cuando le pregunté por qué, se encogió de hombros y contestó: «Intuición femenina». Es posible que te visite en Madrid. Me pidió tu dirección.

Entró el médico en la habitación y la conversación se cortó dejando a Ramiro nuevamente con sus dudas y a Álvaro con la seguridad de ser su hermano. El día se puso desapacible y la lluvia comenzó a encapotar el cielo. En esas condiciones no quería que Álvaro saliera a la calle a pesar que el médico que lo trataba le dio el alta.

—En cuanto mejore un poco el tiempo, toma un avión y vente conmigo. Entonces saldremos de dudas respecto a nuestro parentesco. Sea como sea, te querré lo mismo y te cuidaré siempre.

Se abrazaron con emoción y se despidieron con un: «Hasta pronto»



Cuando Ramiro se encontró de nuevo en su apartamento madrileño, notó una sensación de liberación. «Ojalá Álvaro decida irse a Tenerife a gozar del buen tiempo y ver esas mariposas que decía de pequeño. Hasta que tenga el resultado de las pruebas me resultará un tanto molesta su presencia». Tomó la grabadora y habló:

«Vuelvo a mis dudas después de creer que todo estaba aclarado. ¿Por qué tiene que ser tan difícil la vida? Yo quiero a Álvaro pero como a mi mejor amigo; sin embargo me repugna el hecho de que sea mi hermano. Lo de la Residencia me parece una buena idea, pero igual se puede hacer sin que seamos hermanos. Espero que todo se aclare y, de una vez por todas predomine la verdad. Estoy dispuesto a admitir lo que sea. Ahora me voy a acostar; estoy cansado».

Apenas había pasado una semana cuando recibió una llamada de Álvaro: «Mañana voy para allá», le dio el vuelo y la hora de llegada. Su voz sonaba jovial y esto animó a Ramiro. En esa semana le dio tiempo a pensar en todos los acontecimientos y ya no tenía seguro nada: «Igual puede ser don Santiago mi padre, como Juan». Solo necesitaba el ADN para salir de dudas.

Fue a esperar a Álvaro; lo encontró con muy buen aspecto. Se abrazaron y cuando llegaron al apartamento, Álvaro se frotó las manos feliz:

—No te puedes imaginar las veces que soñé con estar aquí contigo. Al fin en Madrid, aunque también hace frío.

—Ya no se puede esperar nada bueno. Vamos hacia el invierno.

Salieron a cenar, Álvaro tenía apetito y Ramiro se alegraba de verlo tan animado. Mientras le traían el primer plato, Álvaro apretó con fuerza la mano de Ramiro mirándole con ternura:

—¡Si supieras lo relajado y feliz que me siento a tu lado!

—Yo también me alegro que hayas venido. Así te vigilaré de cerca para que te cuides un poco.

Cenaron bien y luego volvieron al apartamento. La calefacción estaba fuerte y Álvaro empezó a quitarse prendas de abrigo. Ramiro le había preparado su habitación y él se trasladó a otra pequeña donde tenía el ordenador, el teléfono, una estantería con libros y varias fotos de su madre. También había una donde estaban los dos con Dely, hecha en el jardín de La Casona. Álvaro reparó en ella pero no hizo ningún comentario.

A la semana de estar en Madrid, Álvaro notó una gran mejoría; sus pulmones ya no tenían música, como decía Ramiro, y comía con gran apetito. Por las mañanas, cuando Ramiro se iba a trabajar se despedía de él y le arrojaba como si fuera un niño pequeño:

—Quédate hoy en casa. Mandaré traer comida hecha para que no tengas que salir; hace mucho frío.

Uno de estos días, mientras Ramiro estaba en la clínica, sonó el teléfono:

—No, Ramiro no está, soy Álvaro.

—Hola, Álvaro, soy Marcelo, ¿cómo te encuentras?

—Desde que estoy aquí divinamente. Ramiro me cuida y casi me considero una persona normal.

—Me alegro. A él también le viene bien un poco de compañía. Estoy seguro que lo estaréis pasando estupendamente.

—Ya lo creo. ¿Le digo que te llame cuando venga?

—Solamente queríamos saber si estaba bien; ya sabes cómo es Dolores: «Llama, llama, llama...»

—se oyó la risa de Dolores que escuchaba, luego le quitó el teléfono a Marcelo.

—Cómo es Dolores y cómo es él, que le pasa como a mí. Me alegro de tu mejoría, cuidaos los dos, besos.

—Besos también para ti Dolores. Me alegro de escucharos.

—Por cierto, me encontré con Laurita, la hija de don Zacarías y me preguntó por ti; dijo que había estado en Oviedo y que habías volado.

—Gracias. Ya la llamaré yo.

Colgó e inmediatamente llamó a Laura:

—¿Dónde estás?

—En Madrid con mi hermano. Y muy bien atendido, por cierto.

—Me alegro. ¿Le has comentado lo de la Residencia?

—Sí. Pero está obcecado con que no es mi hermano. Ha pedido las pruebas del ADN y hasta que lleguen los resultados no le quiero insistir más porque dice que es cosa mía no de los dos.

—Aunque fuera solo cosa tuya, ¿le ha parecido buena idea o no?

—Pues claro. Nadie puede pensar que no sea un acierto: La Casona se caerá a trozos si no se le da una salida. Yo no quiero estar allí por el frío, y Ramiro tiene la casa de su madre. Por lo tanto es lo mejor que se puede hacer con ella. Volveré a sacar el tema con Ramiro esta noche cuando venga.

—Mejor déjalo. Uno de estos días voy a Madrid y os visitaré. Entonces hablaremos todos del tema, ¿te parece?

—De acuerdo, pero le diré que te he llamado.

—Bien, y dale muchos recuerdos; un abrazo para ti.

Cuando colgó, Álvaro se quedó mirando la foto de Dely entre ellos dos, de fondo los rosales que cuidó Juan mientras vivió y que siguieron dando bonitas rosas muchos años después, hasta que el abandono y la maleza los marchitaron: «Esta vez no será como entonces. Laura siempre me pregunta por él y se ve que le admira. Aunque a mí me gusta a rabiar, no me interpondré si surge el romance ente ellos».

El sábado, a las cinco de la tarde, sonó el teléfono. Contestó Álvaro: era Laura.

—¿Qué planes tenéis para esta tarde?

—Pues con el frío que hace, quedarnos en casa. Ramiro está muy ocupado con un trabajo de la clínica y yo me disponía a leer un rato. ¿Dónde estás?

—Pues aquí, en Madrid. Llegué anoche. Si me invitas a tomar un café voy a veros.

—Eso está hecho. Te esperamos.

Cuando colgó, Álvaro pensó si no se habría anticipado a invitarla sin contar con Ramiro:

—Ha llamado Laura. Está en Madrid y la he invitado a tomar café. No te parecerá mal, ¿verdad?

—Estupendo. Iba a ser una tarde aburrida, yo con mi trabajo y tú leyendo. Podemos salir luego a cenar, si te apetece.

—Yo casi me quedo. Ahora estoy muy bien y no me gustaría resfriarme.

Álvaro miró a Ramiro: vestía ropa cómoda como siempre que estaba en casa sin esperar visita; barba sin afeitar y zapatillas de felpa. Él, sin embargo, siempre estaba como si fuera a salir a la calle; su madre le acostumbró desde pequeño a estar preparado «para cualquier eventualidad: una visita, una salida repentina...». Álvaro no había saboreado nunca lo que es estar en casa con ropa deportiva e informal. Desde la mañana hasta la noche, camisa, corbata y zapatos. Solamente, cuando estaba enfermo, se permitía poner un batín de seda encima del pijama y unas zapatillas abrigadas.

—¿No te vas a arreglar un poco? —preguntó a Ramiro.

—¿No estoy bien así? —contestó, mientras hacía un repaso por su ropa y se pasaba la mano por la incipiente barba.

—Bueno... Estarás mejor un poco arreglado, por lo menos afeitado.

Ramiro miró sonriente a Álvaro y le dio unas palmaditas de agradecimiento en la espalda:

—Tienes razón. Aunque no sea más que por educación, debo estar más presentable. Voy a afeitarme.

Mientras Ramiro se metía en el cuarto de baño, Álvaro se dedicó a colocar los cojines del sofá, los periódicos en su sitio, retirar el vaso de agua que había dejado hacía un rato y despejar la mesita de centro. También retiró y guardó en un cajón la foto de Dely. Luego fue a la cocina y preparó el servicio para el café, colocó pastas en una bandeja de plata, se perfumó discretamente y se sentó a esperar. Cuando volvió Ramiro, afeitado, vestido con pantalón de pana, camisa blanca, corbata, y chaqueta de punto verde musgo, le miró con satisfacción de hermano: «Es como papá de elegante».

Laura tardó poco en llegar. Venía muerta de frío, frotándose las manos que puso sobre un radiador nada más saludar.

—Hace un día infernal. ¡Qué bien estáis aquí! Es un apartamento muy acogedor. Vivís como marqueses.

Laura hablaba mientras se despojaba del abrigo, la bufanda, y una chaqueta gruesa, dejando a la vista un jersey rojo, de cuello de cisne, muy ajustado, y unos pantalones pitillo negros, mientras ellos contemplaban sonrientes y extasiados, la metamorfosis de la libélula en bella mariposa de perfectas formas.

—Pues a ti el frío te sienta muy bien, te sale colorete natural y te brilla la cara.

Había hablado Ramiro mientras le mostraba el sofá, al lado de la chimenea donde ardía un discreto fuego.

—¿Qué tendrá el fuego que siempre da sensación de dulce hogar?

—Quizás venga desde nuestros ancestros, cuando era lo más importante para ellos —contestó Álvaro riendo—. Voy a preparar el café.

—¡Ah! Así que tú preparas el café, espero que lo hagas bien. Si quieres te ayudo.

—No hace falta. Si no sale bueno siempre está el recurso de la cafetería de abajo. Pero te aseguro que tengo fama de ser algo cocinilla; si hubiera sabido con antelación que venías, habría hecho una tarta muy rica, receta de mi madre.

—¿La puedo probar otro día?

—Cuando quieras —habló Ramiro—. Esta es tu casa mientras estés en Madrid.

—Muchas gracias, pero no te ofrezcas demasiado que después no me podréis sacar de vuestro lado ni con escoplo.

Cuando Álvaro desapareció tras la puerta de la cocina, Ramiro dirigió una mirada pícaro a Laura:

—Creo que deberás ir a ayudarlo, te tiene mucha simpatía.

Laura cambió la sonrisa que había mantenido desde la llegada, por un mohín de contrariedad. Calló un momento, miró a Ramiro que ya estaba arrepentido de haber hablado y, muy seria, jugando con el cinturón de su pantalón, contestó a media voz:

—Si es cierto lo que dices, no puedo alimentar falsas esperanzas, porque a mí quien me interesa eres tú —miró de frente a Ramiro—. Sí, tú; desde el primer momento que nos conocimos en el pueblo. Sé que no te intereso nada pero nunca coquetearé con Álvaro porque le haría daño.

Ramiro no pudo contestar porque se abrió la puerta de la cocina y apareció Álvaro con el servicio de café en una bandeja. No obstante, nunca vio en Laura más que a la hija de Zacarías, una muchacha bonita, simpática y moderna, muy alejada de lo que a él le gustaría para formalizar una relación. «Tampoco yo te quiero hacer daño y veo que, si sigues pensando así, te lo vas a hacer tu solita».

La tarde transcurrió rápidamente, entre bromas e interesantes proyectos para La Casona del Indiano. Laura miró el reloj:

—¡Qué tarde es! Se me ha pasado el tiempo volando. Me voy ya pero aún estaré varios días en Madrid. Os haré otra visita y probaré esa tarta, ¿no?

—De acuerdo. Ven cuando quieras, para nosotros será un placer volver a tenerte aquí, ¿verdad Ramiro?

—Por supuesto. Además hemos de ultimar muchos detalles de nuestro proyecto.

—¿Me podéis llamar un taxi?, por favor.

—Ramiro, ¿por qué no la llevas tú y de paso cenáis por ahí. Yo me quedo porque temo al frío. Me encuentro muy bien y no quiero estropear los cuidados de mi hermano.

Ramiro no tenía intención de salir pero quizás cenando con ella le haría saber cuáles eran sus proyectos de futuro donde no entraba, de momento, el romance, y menos el matrimonio. Conducía despacio mientras hacía comentarios sobre lo mucho que le gustaba que Álvaro estuviera con él:

—Ahora tengo un buen aliciente para llegar a casa; es entretenido, sabe cuando tiene que hablar o cuando callar. Me ayuda, me acompaña y tiene un corazón de oro. Se merece ser muy feliz y si el hecho de considerarme su hermano le da cierta tranquilidad que antes no tenía, pues seguiremos con el cuento.

—¿Es que tú piensas que no sois hermanos?

—Estoy hecho un lío pero pronto saldremos de dudas con el resultado de las pruebas.

—Si fueran negativas él se llevaría un disgusto.

—Pero el honor de mi madre quedaría a salvo.

—¿Quién duda del honor de tu madre? Solamente tú. Nadie le da importancia a los amores sinceros de dos personas; yo, por el contrario, lo encuentro de un romanticismo absoluto.

Ramiro la miró; ella miraba al frente. Se habían parado en un semáforo y esperaron a que se pusiera verde para seguir la conversación.

—Creo que tú y yo tenemos muchos puntos opuestos sobre la manera de pensar en cuanto a moralidad.

—¿Qué quieres decir que eres más puritano que yo?, ¿qué mi moral es algo liberal?

—Dejemos el tema. Ya estamos llegando. Abrígate para salir del coche.

Laura le miró con gesto displicente. «Quieres hacerte el paternal pero, en el fondo, eres frío como la noche»

Cenaron en un restaurante cercano al hotel donde ella se hospedaba, apenas hablaron, era una situación tensa. Fue una cena frugal; ninguno tenía apetito: Una sopa de pescado, chuletillas de cordero y postre.

—¿Tomarán café los señores?

—No —contestaron al unísono—. La cuenta —pidió Ramiro.

Se miraron en silencio. Laura fue la primera en hablar:

—Ramiro, cuando aceptaste acompañarme, tuve el presentimiento de que querías hablar, decirme algo que debía saber, marcar ciertos límites para que no intentara propasarlos, ¿es así?

—Cierto, solamente te diré que estoy muy volcado en mi profesión, en mis enfermos y que no tengo la menor intención, por ahora, de entrar en compromisos amorosos. Haremos lo de La Casona que es una idea que me entusiasma, agradezco tu colaboración y tu entusiasmo, pero ahí termina un romance que no va a comenzar nunca, para dejar paso a una muy buena amistad. Tendremos que trabajar duro y muy unidos, sin interrupciones amorosas, dedicados a lo que tendremos entre manos que será mucho trabajo y poner los cinco sentidos en ello. ¿Me comprendes?

—No. Pero he entendido y se dar marcha atrás sin aspavientos, sin traumas. Sin embargo no eres suficientemente sincero. Te falta decirme: «Estoy quemado por un desengaño anterior y no confío en las mujeres».

—¿Te veremos mañana? —Ramiro le tomó de la mano mientras se dirigían a la entrada del hotel, se puso delante de ella y le dio un beso en la mejilla mientras le subía el cuello del abrigo—. Te esperamos mañana a almorzar, es domingo y hasta te daremos la sorpresa de obsequiarte con algo cocinado por nosotros.

—No, gracias. Mañana ya tengo compromiso. Ya os llamaré cuando pueda ir.

—Aún tenemos que ultimar muchos detalles del proyecto.

—Sí, no me vuelvas a recordar que eso es lo único importante.

Laura dio media vuelta y entró en el hotel sin volverse a mirar a Ramiro, que esperó hasta que ella desapareció de su vista.

Álvaro le esperaba viendo televisión, con una bandeja en la mesita de centro donde había puesto unas lonchas de jamón y una cerveza: era su cena.

—¿Qué tal? ¿Habéis cenado bien? ¿Cuándo vuelve?

—No lo sé. Me pareció algo contrariada al final, casi no cenó y se despidió como si tuviera prisa por entrar en su hotel.

—¿Habéis discutido por algo?

—No. Me parece que es una niña un tanto caprichosa, acostumbrada a recibir el mimo de sus padres y que no aguanta ser una más en este mundo.

Álvaro miró a Ramiro sin comprender bien a qué se refería, pero no quiso preguntar.

—¿Te apetece una lonchita de jamón? Está muy bueno.

—No, que te aproveche. Has hecho bien quedándote, no sabes el frío que hace con la helada que está cayendo.

—¿Por qué no la has invitado mañana a almorzar en casa?

—Lo hice pero tenía un compromiso. Ya llamaré cuando pueda volver. Perdona, me voy a dar una ducha para entrar en calor.

Cuando Ramiro entró en el cuarto de baño, Álvaro tomó el auricular y marcó el número de Laura.

—Laura, ¿ha pasado algo entre vosotros?

—No, nada de nada.

—¿Por qué no vienes mañana a almorzar? Y no me digas ese cuento del compromiso porque no lo voy a creer.

—¿Y si no me apetece? ¿No se te ha ocurrido pensar eso?

—Sí, pero ahora vuelvo a decirte que no me lo creo.

Laura guardó un minuto de silencio. Luego se oyó una risita y un resoplido:

—Iré, pero dile a tu hermano que he llamado yo y que, después de pensarlo cambié de opinión.

—Bien, así lo haré. Ven a la hora que quieras pero ten en cuenta que si vienes demasiado pronto te tocará trabajar.



—Eso no me asusta. Como quizá no tenga muchas ocasiones de hablar contigo a solas te quería preguntar algo —Laura hizo una pausa que Álvaro no quiso interrumpir—. ¿Ramiro ha tenido algún desengaño amoroso que le haga huir de las mujeres?

Álvaro tragó saliva. Laura, sin saberlo, había metido los dedos en la herida. Pero no estaba dispuesto a contar toda la historia ni tampoco a rememorar aquellos años de infierno al lado de Dely. Por eso se limitó a contestar:

—Es una larga historia, algún día te la contaré.

La mañana se presentaba soleada pero las temperaturas no subían de los cinco grados. Desde bastante temprano los dos anfitriones confeccionaban un almuerzo lo más selecto posible: prepararon variación de canapés para el aperitivo, hicieron un caldo sabroso, abrieron dos latas de perdiz escabechada, dos de melocotón en almíbar para el postre, y pusieron a enfriar cava. Ramiro siempre tenía buena provisión de regalos entre los que no faltaban varias cajas de bombones que harían un buen papel en la sobremesa mientras hablaban de los futuros trabajos.

Álvaro disfrutaba de una animación contagiosa y Ramiro le miraba complacido porque hacía muchos años que no le había visto tan feliz; quizás desde que eran unos niños y se escapaban al pinar de Manín para ver nidos de pájaros. Entonces recordó el cambio tan brusco que había experimentado el niño enfermizo de los Romeral y la transformación de su cara cuando reía al colocarle Ramiro una cría de jilguero entre las manos. Sus juegos, alejados de la imponente Casona del Indiano, sus escapadas a la playa, sus tardes merendando juntos mientras trazaban el plan para el día siguiente: «Mañana iremos...». Siempre eran palabras de Ramiro con las que revivía aquel gorrioncillo, enjaulado y triste, que por primera vez saboreaba las mieles de la libertad. Y Álvaro también por primera vez en su vida, aprendió a mentir a su madre, la altiva doña Clotilde, cuando le prohibía salir del entorno de La Casona: «¿Dónde has estado toda la tarde?». «Por aquí, mamá». «¿No habrás salido al pinar?». «No». Entonces doña Clotilde le removía el pelo como aprobación a su obediencia y Álvaro se sentía culpable por haberle mentido. ¡Pero era tan divertido salir fuera de la verja, pasar al otro lado de la carretera, serpentear por el sendero de las tierras del marqués e introducirse entre los pinos de Manín, trepar por su tronco, como le había enseñado Ramiro, para llegar al nido donde una hembra acababa de poner unos huevecillos, verlos eclosionar y seguir, día a día, la evolución de estos nuevos seres: «No podemos verlos muy a menudo porque la hembra puede asustarse y abandonar el nido». Y siempre la misma pregunta: «¿Ramiro, podemos hacer esto o lo otro, ir aquí, ir allá...?»